
CUANDO LA ÚNICA OPCIÓN ES ESCAPAR
HUYE
GEMA MONTOIRO
Selecta

Huye

Gema Montoiro

Selecta

A quienes alguna vez han deseado
soltar el volante y empezar de nuevo

Prólogo

La lluvia no daba tregua. Azotaba la carretera con furia, como si el cielo quisiera borrar cualquier rastro de su paso. Las gotas golpeaban el parabrisas y la oscuridad era tan densa que parecía tragárselo todo.

Sara sujetaba el volante con fuerza. Los pensamientos le cruzaban la mente a mil por hora.

No había marcha atrás; eso lo tenía claro.

Cada kilómetro la alejaba un poco más de la vida que la asfixiaba, de los años en los que había permanecido atrapada.

Lo había planeado todo. O eso creyó. Había trazado cada movimiento con precisión, pero no había contado con el temporal ni con el error en su ruta de escape.

Un chirrido. Un golpe seco. Metal contra asfalto.

El coche perdió el control y, un segundo después, todo se volvió negro.

Cuando abrió los ojos, la tormenta seguía allí. Pero ya no estaba sola. Entre las sombras, una silueta avanzaba hacia ella y le tendía la mano.

David.

No sabía quién era. Solo que, al mirarlo, sintió que podía salir de aquel coche.

Porque, a veces, cuando todo parece perdido, alguien aparece dispuesto a salvarte... sin condiciones.

Capítulo 1

CORRE

Ahora tenía la certeza de que no había escogido un buen día. Aunque, si lo pensaba bien, ningún día lo habría sido.

Llevaba demasiado tiempo retrasando ese momento. Demasiados años.

La tormenta se acercaba poco a poco, tiñendo el cielo de un gris plomizo tan espeso que parecía poder tocarse con los dedos.

El viento soplaba con fuerza, inclinando las copas de los árboles y arrancando las hojas de cuajo, que formaban montones junto a la acera.

La temperatura descendía con rapidez. Aún no llovía, pero el aire ya olía a humedad.

Una ráfaga helada se coló en la casa cuando Sara abrió la puerta. La corriente golpeó la hoja contra la pared y la figura sobre el estante vibró sin llegar a caer.

Cargaba un bolso Louis Vuitton, regalo de Jaime tras un viaje de negocios a París. No era grande, pero bastaba para guardar los últimos cinco años de su vida. Así de sencillo. Su existencia había sido tan simple y vacía que todo cabía en un bolso que apenas

llegaba a los cuarenta y cinco centímetros.

Lo apoyó en una esquina de la cocina y fue a buscar su cartera.

Tenía que darse prisa. Había repasado de forma milimétrica, casi enfermiza, cada detalle en su cabeza, pero no había previsto que una tormenta pudiera arruinarlo todo. Intentó no pensar en ello y centrarse en lo esencial: salir antes de que Jaime sospechara.

Él estaba en el aeropuerto esperando su vuelo a Ámsterdam. Tenía una reunión con un grupo empresarial interesado en ficharlo para abrir una filial en Barcelona. Un cargo directivo, un equipo bajo su mando, un futuro prometedor. Sara ya sabía lo que eso significaba: más estrés, más tensión, más irascibilidad.

En una palabra: problemas.

Abrió el maletero del Mercedes y arrojó una caja de cartón con algunos de sus recuerdos más preciados: los libros que se había traído de su piso de soltera, el pisapapeles de su viaje de estudios a Roma, cuando aún era una adolescente ingenua, y algunas fotos antiguas.

¡Qué ironía! Todo lo que se llevaba eran cosas de antes de conocer a Jaime, cosas sin su huella.

Abrió la puerta del conductor y pulsó el botón de *Start/Stop*, pero un mensaje apareció en pantalla:

«Llave no detectada».

—¡Mierda! —exclamó golpeando el volante con el puño—. ¿Dónde he dejado las llaves?

Sara salió corriendo hacia la casa. Era un chalet moderno e independiente, en una lujosa urbanización a las afueras de Barcelona, con calles limpias y cuidadas, y farolas donde no verías una bombilla fundida. En la entrada había una garita con un guardia de seguridad que controlaba el paso de vehículos y Sara pensó que aquel hombre sería testigo involuntario de su huida y la primera

persona que Jaime interrogaría.

Comenzaba a llover y el aire se volvía cada vez más frío.

Entró por la puerta trasera del jardín, la que daba directamente a la cocina. Al pasar junto a la encimera, vio el móvil. No pensaba llevárselo. Había visto en muchos reportajes que, cuando buscan a alguien, lo primero que hacen es rastrear la señal del teléfono. No iba a ser tan tonta de caer en ese error.

De pronto, el iPhone comenzó a sonar.

—Jaime —susurró al ver la pantalla iluminada con su imagen.

El teléfono dejó de sonar al cabo de unos segundos. Tenía varias llamadas perdidas. Sara se quedó paralizada y por unos momentos no supo reaccionar.

—¿Qué querrá ahora?

En este preciso momento, él debería estar en un avión rumbo a la reunión de su vida. No podía estar llamándola.

Cogió el móvil, dudando en devolver la llamada, pero enseguida lo arrojó de nuevo sobre la encimera.

—¿Qué estoy haciendo? ¿Voy a caer en el mismo error?

Mientras revolvía los cajones buscando la llave del coche, percibió un sutil sonido metálico que la hizo parar para prestar más atención. Por un instante, Sara creyó escuchar el motor de un coche apagarse frente a la entrada, casi imperceptible, pero lo suficiente para cortarle la respiración. Sacudió la cabeza, convencida de que había sido la tormenta.

No se percató de que alguien venía hasta que oyó cómo gritaban su nombre desde el salón. La voz, tan familiar, la atravesó como una corriente fría.

—¿Sara?

Un hombre alto, moreno y de presencia impecable, con un traje oscuro hecho a medida, irrumpió en la cocina. No hacía falta que

hablara: su mirada bastaba para llenar la estancia.

Su corazón empezó a latir tan fuerte que por un momento creyó que sufriría un infarto. Intentó hablar, pero las palabras se deshicieron antes de salir.

—Jaime..., ¿qué haces aquí? ¿Tu avión?

Tragó saliva y cogió aire despacio. Tenía que calmarse, pensar con claridad o cualquier palabra mal dicha podría delatarla.

—¿Qué ha pasado con tu viaje? —preguntó pasándose un mechón de pelo detrás de la oreja, intentando disimular los nervios.

—Han cancelado el vuelo —respondió él, seco—. ¿No has visto que te he llamado una infinidad de veces? —añadió elevando la voz.

Se acercó a ella y le sujetó la muñeca con fuerza. Apenas pudo contener un gesto de dolor.

—¡Estaba preocupadísimo! Sabes que detesto estar sin noticias tuyas.

La voz de Jaime no era un grito, pero tenía ese filo cortante que Sara conocía bien.

Bajó la cabeza y trató de hacerse más pequeña.

—Lo siento... No lo escuché. Debo de tener el móvil en silencio.

—¿En silencio? Te he dicho mil veces que no lo tengas en silencio. ¡No soporto llamarte y que no contestes!

La voz de Jaime rebotó en las paredes, con un ligero temblor en la mandíbula. Sara se revolvió para intentar zafarse de esa garra que le aprisionaba la muñeca. Cuando las cosas se ponían feas, lo mejor era mantener la distancia.

Jaime la miró en silencio y luego exhaló con fuerza antes de soltarla. Ella, aliviada, sintió cómo la presión desaparecía y la sangre volvía a circular por la mano.

—Debí ponerlo en silencio por descuido. Ya sabes que siempre estoy localizable y... —murmuró buscando un tono conciliador.

Jaime no respondió. Cogió el teléfono y lo desbloqueó porque, por supuesto, conocía la contraseña. Ella no tenía secretos para él; o, mejor dicho, no se le permitía tenerlos.

Sin mediar palabra, pulsó el botón lateral. La barra de volumen apareció al máximo.

—¿Y bien? —preguntó girando el teléfono hacia ella, mostrándole la pantalla—. ¿Qué me vas a contar ahora? ¿Otra de tus excusas?

Jaime respiraba con fuerza, se pasó las manos por el cabello, ofuscado por algo que no comprendía.

Entonces lo vio.

El bolso. El mismo que le había traído de París, con aquellas flores de cerezo que a él le parecieron «tan alegres».

—¿Y esto? —preguntó señalándolo—. ¿Dónde te ibas?

—No..., no me voy. Solo estaba ordenando el armario —titubeó.

Sabía que mentirle era inútil, pero no tenía otra salida.

El rostro de Jaime se tensó al abrir el bolso y ver su contenido. Empezó a sacar la ropa, arrojándola al suelo, examinando cada prenda, como si buscara pruebas. Sara en un rincón apenas se movía.

—¿Qué estás tramando? —preguntó con la voz rasgada, como si olfateara una traición.

—Nada —murmuró ella negando con la cabeza.

No la creyó.

Dio un paso, luego otro.

Sara retrocedió hasta chocar con el mueble de la cocina.

—¿Nada? —rugió tan cerca que el aire caliente de sus palabras le rozó la mejilla.

Sara ladeó la cabeza y cerró los ojos.

—No quiero seguir aquí —se atrevió a decir por fin—. Ya no

puedo más.

Las piernas le fallaron y cayó de rodillas.

Jaime la miró desde arriba y soltó una carcajada.

—Eres una puta ingenua. ¿Crees que puedes irte así de fácil? ¿Qué puedes hacer la maleta y largarte como si nada?

Las venas de sus sienes palpitaban. La ira que intentaba retener se le escapaba con cada gesto, con cada respiración, y entonces ya no pudo contenerse más.

La sujetó del cuello y la obligó a ponerse en pie. La tenía frente a frente, tan cerca que podía respirar su aliento.

Sara intentó gritar, pero el sonido se quedó atascado en su garganta. Las manos de él se aferraban a su cuello con una facilidad pasmosa.

—¡No vas a ir a ningún sitio!

Luchó, arañó, pataleó. Pero Jaime era más fuerte. Tenía la cara roja por la ira, como una olla a presión a punto de estallar. Y los ojos... ¡Dios, esos ojos! ¡Se le salían de las órbitas! Apretaba los dientes con tal fuerza que podía oírlos rechinar y, mientras, los insultos y amenazas salían como murmullos distorsionados que no lograba entender.

—¿Cómo puedes hacerme esto a mí? —chilló—. ¡No te falta de nada! ¡Vives como una reina! ¡La gente mataría por tener lo que tú tienes y no lo valoras!

La lanzó contra el suelo. Sara cayó, se levantó y trató de llegar a la puerta, pero él la alcanzó antes de que diera dos pasos, agarrándola del pelo.

—¡Suéltame, cabrón!

—¡No me provoques más!

En un estallido de cólera la empujó contra la pared. El golpe fue tan fuerte que el impacto la devolvió de nuevo hacia él.

Ella intentó hacerle retroceder, pero era como chocar contra un tren de mercancías. Cada movimiento parecía inútil. Un nuevo empujón la estampó contra la vitrina donde se guardaba la vajilla y la cristalería.

El mueble tembló. Las copas tintinearon, tambaleándose como si dudaran en caer, hasta que el cristal cedió con un estallido seco. Todo se vino abajo: platos, copas, y luego fragmentos de vidrio por todas partes.

Sara parpadeó, aturdida, mirando de reojo el desastre. Todo el suelo estaba cubierto de cristales que reflejaban la luz. El decantador de vino yacía entre los restos, con la parte superior hecha añicos, con bordes afilados e irregulares. Lo tenía a un paso.

Se arrojó sobre él, pero Jaime fue más rápido y, como si hubiera leído sus pensamientos, lo agarró con fuerza.

—¿Quieres matarme? —preguntó bajando el tono—. ¿Eso es lo que realmente deseas?

El silencio que siguió fue insoportable.

Sara no contestó. Respiraba con dificultad, temblando, con la vista fija en el cristal que él sostenía. Una parte de ella le decía que parase, que pidiese perdón; pero la otra, la que quería marcharse, le gritó: «Basta».

Jaime la observó un segundo más y la furia de antes comenzó a resquebrajarse, dando paso a la desesperación.

—No voy a dejar que te vayas —murmuró bloqueándole el paso con su cuerpo.

Eso era algo que ella tenía muy claro.

—Quítate —suplicó.

—No.

Movida por un impulso instintivo, Sara se lanzó hacia un lado buscando por dónde escapar.

Pasó junto a él, y los dos cuerpos chocaron en un golpe seco, brusco. Sara notó una presión aguda bajo la camisa: algo frío y cortante que le abría la carne, como un cristal rajando el lateral de su abdomen. Pero él, la agarró del brazo, impidiéndole llegar a la puerta.

Fue entonces cuando lo vio.

Ahí estaba, esperándola, como si hubiese estado llamándola en silencio durante toda esa escena de pánico y, por fin, un foco lo iluminara como a un actor en el escenario.

Justo ahí, sobre la repisa, descansaba el imponente mortero de mármol de Macael.

«¡El mejor mortero del mundo, fabricado de manera artesanal!», rezaba el anuncio cuando lo compró.

Esta vez no dudó. Lo agarró con tanta fuerza que los dedos se le pusieron blancos, giró sobre sus talones y arremetió contra él.

Falló.

Jaime, furioso, seguía empuñando el decantador de cristal, que había convertido en un arma improvisada, y la respuesta lo sacó de quicio. Echó el brazo hacia atrás y lo alzó dispuesto a golpearla. Sara esquivó el movimiento y, al ver el cristal venir hacia su rostro, levantó el mortero con ambas manos.

El golpe del decantador rozó su hombro.

Ella, jadeando, contraatacó. Ambos forcejearon y entonces se puso de puntillas y, con un certero golpe, dejó caer la pesada piedra sobre la sien de Jaime. Él cayó desplomado al suelo, sin un gemido.

Sara se agachó, asustada, temiendo que el impacto hubiese sido demasiado fuerte.

¿Y si lo había matado?

Apoyó la oreja sobre su pecho y, aliviada, comprobó que el corazón le latía con fuerza.

Ahora ya no tenía más opción que huir de aquella casa.

—¡Mierda, el bolso! —Se detuvo súbitamente—. ¡El dichoso bolso!

Dio media vuelta, recogió la ropa que Jaime había dejado tirada y volvió a salir a toda prisa.

La lluvia le golpeó la cara al cruzar el umbral, obligándola a entrecerrar los ojos por un instante. Lejos de resultarle molesta, actuó como un bálsamo purificador.

El viento, que soplaba con intensidad, le alborotó el pelo y, al inhalar una bocanada de aire helado, sintió cómo la adrenalina que aún le corría por las venas comenzaba a disiparse.

No se dio cuenta de que temblaba.

Intentó abrocharse el cinturón de seguridad, pero los dedos le fallaron varias veces antes de conseguir encajarlo. Luego apretó el acelerador con tanta fuerza que el pedal hizo tope contra el fondo y el coche se puso en marcha dando tirones bruscos.

Salió sin mirar por el retrovisor. Ni siquiera se detuvo a pulsar el mando para cerrar la puerta corredera del jardín.

Las ruedas, por un instante, dejaron de tocar el suelo al tomar la última curva, la que conducía a la salida.

A lo lejos, un relámpago iluminó el cielo y un trueno estalló sobre su cabeza, como un mal presagio.

Y entonces comenzó a llover con fuerza.

Capítulo 2

NO MIRES ATRÁS

Pum, pum, pum...

El corazón le latía frenético, desbocado.

Ya no había vuelta atrás.

Esta vez lo había hecho.

En su cabeza llevaba años planificando ese momento. Lo imaginaba cada noche al meterse en la cama, en silencio, como un asesino que repasa una y otra vez su crimen. Pero nunca había tenido el valor de dar el paso.

Siempre temerosa, con miedo.

La pobre Sara que lo tenía todo y, a la vez, no tenía nada. Era como vivir en una casa sin ventanas: protegida, pero sin aire.

El golpeteo de la lluvia sobre el parabrisas la devolvió al presente.

El volante vibraba bajo sus manos.

—Tranquila... —susurró.

Respiró hondo y luego soltó el aire despacio.

Había pasado más de tres horas conduciendo por una carretera llena de curvas por la provincia de Huesca. Un viaje demasiado largo, pero no quería arriesgarse a ser grabada por alguna cámara

en una autopista de peaje.

Cuanto más invisible, más segura.

Un trueno retumbó sobre su cabeza y, por un segundo, el sonido del motor le recordó otro ruido muy distinto: el de la estación de tren de aquel día.

Cientos de personas se apelotonaban en el andén, todo era un caos y, para cuando consiguió llegar a la Facultad de Economía, la clase estaba casi terminando.

Tuvo que sentarse en el primer sitio libre, justo en primera fila, al lado de Jaime.

Llegó con el abrigo hecho un ovillo bajo el brazo, tropezando con sus propios apuntes y haciendo un ruido que atrajo todas las miradas.

—Perdón.

Se disculpó, justo cuando la carpeta se le resbaló y cayó sobre el pie de Jaime. Él la miró de reojo, molesto, como si lo hubiese hecho a propósito.

El retraso y los problemas con los trenes no fueron cosa de un día. Cuando no era el robo de un cable, era una avería en la catenaria o un fallo informático. Durante todo el semestre lo raro fue que Renfe cumpliera su compromiso de puntualidad.

Así que hubo muchos días en los que volvió a sentarse junto a aquel chico callado, que ocupaba un sitio en la primera fila y desaparecía en cuanto acababan las clases.

Con el paso de las semanas, empezaron a romper el hielo: un comentario sobre el profesor, una queja por la dificultad de la materia...

Y un día, un maldito día, sin saber por qué capricho del destino, se quedaron charlando a la salida.

Hablaron durante horas.

Él ya se había fijado en ella, y ella en él.

Una ráfaga de viento sacudió el coche.

Sara apretó los dientes y agarró con fuerza el volante.

El limpiaparabrisas se movía de un lado a otro con un ritmo hipnótico.

Necesitaba prestar más atención a la carretera, pero los recuerdos se colaban en su mente.

Al principio, Jaime era dulce. Atento. La escuchaba embelesado, aunque solo hablase de tonterías.

Pero pronto empezó a marcar los límites: «¿Por qué sales tanto con tus amigos?». Y a necesitarla de una forma constante. Entonces, ella dejó de salir y no lo vio mal porque estaban enamorados y con eso bastaba.

Pero no hay que confundirse.

El amor no es posesión, ni egoísmo, ni ese impulso de querer controlar a la otra persona. No es disfrazar los celos con palabras protectoras.

Y ella no lo vio venir.

Porque nadie está preparado para distinguir el amor del control hasta que ya lo tiene encima. Hasta que duele. Hasta que callas.

El coche culeó al tomar la curva y su corazón volvió a acelerarse.

—Despacio... —se ordenó a sí misma.

Miró por el retrovisor. Nadie la seguía, pero la sensación de peligro seguía ahí.

Se movió un poco en el asiento para tratar de aliviar el

entumecimiento de los músculos y entonces sintió una punzada que se extendía hacia el costado. Se palpó el lateral del abdomen y le pareció que la ropa estaba húmeda.

«En cuanto llegue a un área de descanso, me cambiaré —pensó —. Este mal tiempo no va a parar y estoy empapada».

La lluvia torrencial golpeaba el coche con fuerza, resultaba agobiante. Los limpiaparabrisas apenas despejaban el agua del cristal y la visibilidad era mínima. La conducción se había vuelto lenta: la carretera era un río; las curvas, cerradas y traicioneras.

Tenía que controlar cada movimiento: si giraba demasiado rápido, el coche se le iba. Ya había tenido un par de sustos. Solo debía mantener la calma y la concentración para llegar a salvo a su nuevo destino.

—Me han propuesto dirigir un nuevo departamento en la sede que tienen en Barcelona —le dijo Jaime una mañana, sonriendo—. Buscaremos una casa y será un nuevo comienzo.

El nuevo comienzo fue una jaula más grande.

Primero vino la boda, después el traslado y luego la soledad.

Sara intentó hablar.

—Voy a buscar trabajo —le dijo cuando ya llevaban un tiempo instalados—. Sí, ya sé que no lo necesitamos, pero me siento tan sola.

Él dejó la taza sobre la mesa, con un golpe seco.

—No. No hace falta que trabajes. Además, ya hemos hablado de tener hijos. Un trabajo sería un estorbo.

Y ella volvió a ceder.

Pero algo, dentro de sí, empezó a gritarle que ese no era el camino.

Un trueno la sacó del pensamiento.

—¡Qué manera de llover! —exclamó Sara.

Empezaba a acusar el cansancio de tantas horas al volante por carreteras secundarias. Viajaba hacia el norte, a algún lugar cercano a la frontera entre España y Francia. Allí, entre los turistas, pasaría desapercibida; si las cosas se complicaban, cruzar al otro lado haría más difícil que Jaime la encontrara. Había pensado trabajar en un bar o en un restaurante de la zona.

—Siempre se necesitan camareras, sobre todo con experiencia —reflexionó con una mueca de desilusión—. Aunque algo tengo: trabajé un par de meses en el chiringuito de la piscina del pueblo cuando tenía dieciocho años. Eso cuenta, ¿no?

Y, si era necesario, «engordaría» un poco el currículum. No era mentir. Todo el mundo lo hacía.

Era noche cerrada y apenas se había cruzado con un par de conductores. La carretera, con un trazado sinuoso, discurría por un puerto de montaña, entre enormes hileras de árboles cuyas copas formaban un túnel oscuro. Pasó junto a varios miradores e imaginó que, a plena luz del día, podrían contemplarse los Pirineos en toda su magnitud. El paisaje debía de ser espectacular, un lugar para detenerse y recorrerlo con calma.

Pero no ahora.

Tenía que seguir manteniendo la vista al frente, aunque la tentación de mirar fuese intensa.

Apretó el volante con fuerza, concentrada.

A lo lejos, los faros del Mercedes iluminaron una señal de curva peligrosa.

Redujo la velocidad.

Sara tomó el trazado con cuidado, la carretera era una pista

resbaladiza con charcos de agua acumulados en el arcén. El asfalto mojado reflejaba la luz de forma extraña.

Aceleró despacio para salir de la curva.

—Solo un poco más —se animó—. En cuanto llegue a la próxima salida, descanso. Prometido.

Pero la curva siguiente llegó de forma repentina hacia el lado contrario. Sara dio un volantazo para intentar corregir la trayectoria, pero fue demasiado tarde: el coche empezó a hacer eses, perdiendo el control.

Los neumáticos chirriaron.

El vehículo perdió todo el contacto con el suelo y se precipitó hacia la cuneta.

El impacto fue seco, brutal.

El metal crujió.

Los cristales estallaron en mil pedazos.

El coche se paró de golpe, con las luces encendidas y el motor humeante.

Y luego, nada.

Solo el silencio.

La lluvia seguía cayendo.

Capítulo 3

COGE MI MANO

David estaba seguro de haber visto dos líneas de luces moviéndose a lo lejos, delgadas, paralelas... Y, de pronto, se habían esfumado.

Se preguntó qué clase de loco se atrevía a circular por esos caminos en una noche así. Había alerta naranja por temporal y se recomendaba no salir si no era imprescindible. Él no había tenido elección: una urgencia veterinaria no entiende de tormentas.

Tenía la certeza de que las luces habían desaparecido justo en la Curva del Susurro. Los chavales la llamaban así por la historia de una chica que, volviendo de las fiestas de un pueblo vecino, se había salido de la carretera una noche de lluvia. Nunca encontraron el cuerpo.

Desde entonces, el fantasma se aparecía en noches de niebla espesa, susurrando del peligro a los conductores. Pero, si preguntabas en el pueblo, nadie sabía decir quién había sido aquella muchacha ni cuándo ocurrió el accidente.

—Todos los pueblos tienen su propia historia de fantasmas y todas se parecen —reflexionó David.

Detuvo su camioneta junto al arcén, al borde del barranco. Al

abrir la puerta, la lluvia le cayó encima como un jarro de agua fría.

Se acercó al borde y, al mirar hacia abajo, lo vio: un coche atrapado entre los árboles, ladeado, con una rueda aún girando, como si buscara apoyo. Las luces de freno, de un rojo intenso, resultaban cegadoras en medio de la oscuridad, y el claxon rompía el silencio de la noche. Un fuerte olor a gasolina lo alarmó aún más ante el riesgo de que el coche saliera ardiendo.

Por un instante, David se quedó inmóvil, con el corazón latiéndole a mil. Se llevó las manos a la cabeza y recorrió la carretera con la mirada, esperando que en cualquier momento asomara algún otro coche. Pero tras unos segundos supo que no vendría nadie.

Soltó un resoplido y con rapidez descendió por el terraplén. El terreno resbaladizo le obligaba a apoyarse con las manos mientras avanzaba; los pies se le hundían en el barro y sintió un estremecimiento de frío al notar agua dentro de una de sus botas. Resbaló al torcerse un tobillo y soltó varios improperios, odiaba trabajar bajo presión. Fue bajando poco a poco hasta que logró llegar al coche.

En el asiento del conductor había una mujer. Le tomó el pulso con las manos temblorosas.

—¡Bien! —exclamó con alivio—. ¿Puedes oírme?

Como si hubiera escuchado su voz, la mujer parpadeó y entreabrió los ojos. David la oyó maldecir entre dientes.

—Aguanta, vamos a salir de aquí —dijo con voz firme—. ¿Cómo te llamas?

—Sara —susurró ella.

—Vale, Sara. Soy David. Venga, coge mi mano.

Ella intentó hacerlo, pero cayó sin fuerzas sobre el volante.

—Voy a sacarte.

Pero David no tenía idea de cómo. Dudó un instante. No sabía si podía moverla sin empeorar alguna lesión.

Se echó la mano al bolsillo del pantalón para sacar el móvil y entonces se dio cuenta de que lo había dejado en su camioneta. Corrió cuesta arriba, pisando la tierra embarrada que se hundía en sus botas y cuando, por fin, lo tuvo entre sus manos marcó el número de emergencias.

—Señor, la zona está incomunicada —le explicó la operadora con voz tensa—. El río se ha desbordado y las lluvias han provocado un desprendimiento sobre la carretera. Los equipos están colapsados.

—¡Pero hay una mujer atrapada! —gritó David.

—Mantenga la calma y póngala a salvo, pero no intente moverla si hay riesgo. Los servicios llegarán en cuanto se despeje la carretera.

David no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—¡En qué maldita hora se puso de parto la vaca! —masculló.

Bajó de nuevo al coche. Buscó a ciegas el cierre del cinturón de seguridad y, al liberarlo, sostuvo el cuerpo de la mujer antes de que cayera. La sacó con cuidado, intentando no agravar sus heridas.

—Ya está. Te tengo —susurró.

Sara reaccionaba con dificultad a las palabras de aquel chico. ¿Cómo le había dicho que se llamaba? David, recordó.

Cuando él la agarró para sujetarla, un reflejo de alarma la hizo apartar el hombro, temerosa de que aquel desconocido pudiera hacerle daño.

Debía de tener la edad de Jaime, pero era más atlético, con hombros anchos y manos fuertes, curtidas por el trabajo. La barba de una semana asomaba por su rostro, marcándole la mandíbula con un aire descuidado, casi salvaje. El cabello le hacía juego con ese aspecto despreocupado: no lo tenía ni corto ni demasiado largo

y se le había mojado por la lluvia y el sudor.

—Tenemos que subir —dijo él—. Agárrate a mi cuello.

Ella obedeció, con la respiración acelerada. La levantó por la cintura y a rastras fueron ascendiendo. El terreno era empinado, resbaladizo y cada paso suponía un esfuerzo sobrenatural. Ya casi habían llegado.

—Vamos, solo quedan unos metros —jadeó David.

Un último tirón y por fin alcanzaron la camioneta.

David cerró los ojos un segundo, aliviado. Estaban a salvo.

Ayudó a Sara a recostarse en el asiento trasero. Ella soltó un quejido y se llevó la mano al costado.

Tenía la cara llena de barro y un hilo de sangre le cruzaba la frente. Aun así, le pareció una mujer hermosa, de esas que parecen inalcanzables.

Llevaba la ropa empapada por la lluvia, o eso le pareció a él, pero solo cuando se miró sus propias manos se dio cuenta de que estaban manchadas de rojo.

—¡Es sangre!

—No es nada —replicó ella, serena, como si lo supiera desde hacía rato.

David, asustado, pisó el acelerador directo al pueblo.

La *pick up* se detuvo al final de una calle estrecha llena de comercios que estaban cerrados. Aparcó frente a uno de ellos: era una clínica.

—¿Puedes caminar?

Sara intentó incorporase, pero un gemido de dolor la detuvo. Él no esperó más y la cogió en brazos tensando todos sus músculos para buscar el equilibrio. Ella le rodeó el cuello con timidez y a la vez con el cuerpo rígido, sin poder bajar la guardia. Sintió cómo el ritmo de su respiración acelerada le rozaba sin querer la piel.

Al cruzar la puerta, una oleada de calor los recibió y el frío acumulado empezó a desaparecer. Las luces se encendieron y pudo ver las paredes cubiertas con fotos de animales en poses divertidas. Había también varios carteles informativos sobre la campaña de vacunación de perros y gatos y un tablero de corcho donde ofrecían todo tipo de servicios: desde cursos de adiestramiento hasta gente que se dedicaba a las reformas.

David la llevó hasta una consulta, donde una mesa de acero ocupaba gran parte del espacio, y la acostó con cuidado. Sara se estremeció al sentir el frío del metal traspasando su piel.

—Lo siento, sé que esto no tiene nada que ver con una camilla de hospital.

—Puedo soportarlo —susurró conteniendo la respiración para que el dolor no fuese tan fuerte.

Él revisó la herida con rapidez.

—Tienes un corte profundo en el costado, pero parece que no ha afectado a ningún órgano.

Sara recordó el filo del decantador abriéndole la carne. Probablemente el cinturón de seguridad había estado taponando la herida y, al haberlo soltado, la sangre había empezado a salir.

—¿Eres médico?

—No. Veterinario. Pero técnicamente... es parecido.

Sara lo miró con incredulidad.

—Dime que estás bromeando —dijo en un tono de voz mezcla entre asombro y enfado—. Por favor, llévame a un centro de salud.

—Imposible. El médico más cercano está a doce kilómetros de aquí y estamos aislados. Agradece que aún tengamos luz —respondió con firmeza.

Ella suspiró resignada. La herida le martilleaba con un dolor que no podía soportar.

David colocó una gasa para detener la hemorragia.

—Voy a tener que hacerte una costura —dijo intentando mantener la calma. Las manos le temblaron al preparar el material; nunca había suturado a una persona.

Ella no respondió, cerró los ojos y se llevó la mano a la frente.

David desinfectó la zona y tras aplicar anestesia fue cerrando la herida con precisión.

—Listo. Te ha quedado un bonito zurcido.

Sara se incorporó en la mesa para mirar de reojo la costura que, después de todo, no parecía tan grave, o eso quería creer, porque no podía seguir allí ni un minuto más.

—Tengo que irme —dijo.

David la observó sorprendido.

—Ni hablar. Estás débil, has perdido mucha sangre y las carreteras están cortadas. Aunque pudieras irte no te dejaría. Puedes sufrir un desmayo en cualquier momento. Puedes quedarte en mi casa esta noche.

—¿En tu casa?

Por un instante, se sintió atrapada: «¿Y si me retiene por la fuerza?, ¿qué hago?». No iba a poder soportar otra pelea.

—Sí. Y tranquila, no soy un pervertido —añadió con una sonrisa que suavizó la tensión.

Sara vaciló. No tenía opción: sin coche, sin dinero y con las vías de comunicación cortadas, no sabía adónde ir. Parte de ella quería confiar, pero otra seguía alerta, incapaz de olvidar el día que acababa de vivir.

Al bajarse de la mesa, sus piernas cedieron. David la agarró antes de caer.

—¿Ves? ¡Odio tener razón!

—Creo que disfrutas teniéndola —replicó ella con una débil

sonrisa.

Sara se agarró a su brazo y notó que la piel alrededor de la herida se tensaba, provocando un ligero dolor.

—Vámonos ya, estamos calados y los dos necesitamos cambiarnos de ropa —dijo él.

David condujo la camioneta hacia la salida del pueblo. En un cruce, giró a la izquierda y se adentró en una zona donde ya solo se veían viviendas aisladas. En pocos minutos se detuvieron frente a la fachada de una casa de piedra con el tejado de pizarra.

Él se apresuró a abrir el coche y le tendió la mano para ayudarla a bajar.

—Estás muy pálida —dijo mientras abría la puerta—. ¿Tienes mareos, visión borrosa o náuseas?

—Solo cansancio.

—Normal, has perdido mucha sangre.

Dentro, el calor de la chimenea la envolvió. Aún tenía brasas que ardían bajo la ceniza, desprendiendo un resplandor cálido que iluminaba la estancia. Olía a madera quemada. El ambiente era agradable y acogedor, y sin pedir permiso se dejó caer en el sofá, exhausta.

David desapareció por un pasillo y regresó con ropa limpia.

—Toma, ponte esto. Me vas a decir que no te vale, pero lo siento, no tengo nada de mujer —rio y se encogió de hombros al mismo tiempo.

Ella aceptó la ropa con desconfianza.

—Gracias.

—De nada. El baño está al fondo, a la derecha. Ah, se me olvidaba —dijo dando media vuelta—: he dejado mi móvil ahí, por si quieres llamar a alguien.

Sara se cambió. Desde el baño, lo oyó moverse por la cocina y

hablar de que iba a preparar algo caliente.

Cuando salió ya llevaba la ropa limpia y seca. Vio el sillón junto a la chimenea y se acurrucó esperando a que David regresara con algo de comida. Poco a poco, sintió que los párpados le pesaban hasta que ya no pudo sostenerlos por más tiempo.

La tormenta seguía fuera, sin control, pero por primera vez, bajo ese techo y con un desconocido, se sintió protegida y a salvo.

Cuando David entró de nuevo al salón, la encontró profundamente dormida. Se acercó despacio para no despertarla. No era buena idea dejarla allí toda la noche, de modo que la tomó en brazos con cuidado.

Ella apenas reaccionó. Se dejó caer sobre su pecho, rendida, mientras su aliento lento y tibio le rozaba el cuello. La llevó hacia la habitación, la dejó con delicadeza sobre la cama y la arropó con una manta. Se quedó un instante de pie en la puerta, en silencio, asegurándose de que descasaba.

—Hasta mañana, Sara.

Apagó la luz y salió de la habitación.

Capítulo 4

NO ME JODAS

No sabía cuánto tiempo había pasado, pero apenas quedaba luz en la calle.

Jaime se llevó la mano a la sien y notó la sangre reseca de su cabeza. Miró aturdido a su alrededor: la cocina era un campo de batalla. Entonces lo recordó todo.

Estaba solo.

—La muy zorra se ha salido con la suya —murmuró entre dientes, frotándose la cabeza—. Me ha dejado tirado como una bolsa de basura.

Su viaje, el bolso con la ropa... No había sido un arrebato. Lo había planeado con detalle. Sara no era tonta.

Tambaleándose se puso en pie. En su cabeza se repetían las imágenes de la pelea, una y otra vez. Las palabras, los gritos, el golpe.

Pero una cosa tenía clara: iba a encontrarla. Costara lo que costase. La traería de vuelta. Y haría que entrara en razón.

Buscó su teléfono. Lo encontró sobre la encimera, justo donde lo había dejado antes de perder el control.

Activó la geolocalización que había instalado en el dispositivo de Sara. Recordó lo mal que se lo había tomado ella cuando le explicó que no era por desconfianza, era por precaución. Quería que estuviera protegida.

—Yo paso mucho tiempo fuera. ¿Y si te pasa algo, Dios no lo quiera, y no sé dónde estás? ¿Tengo que esperar a que me llame la policía?

Pero lo había hecho por amor, porque era la persona más importante de su vida.

El mapa se actualizó.

El punto seguía allí, en la casa.

—Hija de... —Se contuvo apretando los dientes.

Primer KO.

Fue directo al dormitorio y encendió el portátil.

—Seguro que ha comprado un billete —murmuró aporreando el teclado.

Revisó los movimientos bancarios: nada fuera de lo normal. Gasolina. Supermercado. Gasolina otra vez.

Después, el historial de navegación.

Nada. Vacío.

—Maldita sea —gruñó lanzando un puñetazo contra el ordenador.

Se levantó de golpe y tiró la silla al suelo.

—Te juro que voy a dar contigo —gritaba yendo de un lado a otro de la habitación, como un animal enjaulado.

Sus ojos se detuvieron en la cómoda de madera oscura junto a la cama. Era de caoba, pesada, robusta y horrible. No podía evitarlo, le parecía una reliquia pasada de moda que Sara se había empeñado en comprar en el Rastro. Fue a abrir el primer cajón, pero estaba atascado. Tiró de él con fuerza hasta que cedió de golpe, haciendo que todo se desparramara por el suelo. Rebuscó en los otros

cajones; no encontró nada.

Entró al vestidor. Pasó las manos por las perchas, revisando cada prenda, cada bolsillo, buscando cualquier rastro.

Abrió el cajón donde Sara guardaba su ropa interior y hundió las manos en esos tejidos delicados, que desprendían un suave perfume y le hacían sentir su presencia.

Cerró los ojos y sin pensarlo se llevó un puñado de prendas íntimas a la cara. Apretó la ropa contra su piel e inspiró profundamente. El olor le trajo una mezcla de recuerdos perturbadores, deseos y obsesiones, alimentadas por fuerzas más oscuras: el ansia incontrolable de tenerla, el miedo a ser reemplazado, un apego insano.

La necesitaba.

Recordó cómo la arrojaba sobre la cama, le arrancaba la ropa y se tendía sobre ella, con una urgencia desesperada por poseerla físicamente, rozando la brusquedad, y con cada embestida sentía que era su más preciada posesión, que era solo suya. Su respiración se volvió entrecortada. No pudo evitar tener una erección.

El sonido del móvil, en algún lugar de la casa, detuvo sus pensamientos.

—¿Diga? —contestó con tono cortante.

Al otro lado se escucharon unas palabras.

—Claro. Cogeré el vuelo a primera hora. Seguimos con la agenda prevista.

Colgó.

La reunión en Ámsterdam. Maldito momento. Todos sus planes y proyectos estaban ahora en la cuerda floja. Tenía que ocuparse de otro asunto más importante.

Marcó otro número.

Esperó.

Cuando respondieron, su voz se volvió más serena, casi amable.

—Quiero denunciar el robo de mi coche —dijo—. Dígame cómo tengo que proceder.

Y sonrió.

Capítulo 5

¿QUIÉN ES ELLA?

David estaba en el porche de la casa hablando con alguien. Era un chico de unos treinta y pico, de su misma edad, y parecían amigos.

—Tío, no me puedo creer lo que estás contando. ¿Por qué no me llamaste?

—Era tardísimo y en ese momento ni yo sabía qué hacer —dijo David—. Llamé a emergencias, pero me dijeron que era imposible acceder a la zona por los desprendimientos de tierra causados por las lluvias torrenciales. ¿Qué podía hacer?

—Está claro que hiciste lo correcto. Cualquiera de nosotros habría hecho lo mismo. No podías dejarla allí.

—¡Joder, Silván! Ahora lo pienso fríamente... La chica podría haber tenido algún daño interno y yo, sin querer, haberlo empeorado.

El recuerdo de haberla sacado con torpeza del coche y arrastrarla por aquel terreno abrupto le provocaba un nudo en el estómago.

—No lo pensé, actué con el instinto de salvar a alguien que estaba en peligro.

—Y también podría haber muerto desangrada si no hubieras llegado a tiempo. No te tortures más. —Silván le palmeó la espalda —. Lo importante es que está bien, ¿verdad?

—Sí. Lleva durmiendo horas. Esta mañana temprano me asomé a la habitación y ni se movió. Debe llevar días sin pegar ojo. —David frunció el ceño—. Espero que cuando despierte quiera contarme con más detalle qué ocurrió.

—Oye, ¿puedo verla un momento? —dijo Silván guiñándole un ojo.

David levantó la mirada, sonriendo, y le dio un ligero empujón.

—¡Claro que no! —exclamó—. ¡Déjala en paz! Ya la verás.

—Jo, macho, es que me pica la curiosidad. ¿Es guapa?

—Ni siquiera me he fijado —contestó David, aunque por dentro se moría de ganas por admitir que era preciosa—. Además, tú ya tienes novia.

—Pero tú no, y me preocupo por ti —rio a carcajadas.

***

Algo húmedo y áspero recorrió la mejilla de Sara. Tenía los ojos cerrados, pero era consciente de esa sensación, difícil de identificar, entre agradable y extraña. Sintió sobre su regazo un ronroneo y la presión de unas patitas como si amasaran pan. Cuando abrió los ojos, un gato saltó al suelo.

No sabía cuánto tiempo había dormido, pero se sentía mejor. Recorrió la habitación en penumbras y vio su ropa doblada en un sillón junto a la pared.

Se incorporó despacio y, al ponerse en pie, notó una ligera tensión en la piel donde tenía la sutura. Sus pies descalzos se hundieron en una mullida alfombra y debajo de ella el suelo de

madera se sentía acogedor. Anduvo unos pasos hasta llegar al salón. El suelo crujía mientras se acercaba a la puerta.

Afuera se oía una charla animada, aunque no lograba entender lo que decían. Luego risas. La puerta estaba entreabierta y se animó a salir. Al verla, los dos chicos se giraron y dejaron de hablar.

—Sara, ¿qué haces levantada? —preguntó David.

No respondió. Estaba embelesada por el paisaje que la oscuridad de la noche le había impedido ver. Era... ¿Cómo describirlo en una palabra? Abrumador.

Frente a ella, se alzaba una hilera de montañas formando una muralla irregular de riscos y laderas cubiertas de densa vegetación. Las nubes, que amenazaban lluvia, ocultaban las cumbres, y Sara imaginó que aún quedarían restos de nieve.

Un bosque de árboles frondosos rodeaba la casa; entre ellos se colaba el murmullo constante de un arroyo cercano.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó David.

—Sí —contestó—. ¿Dónde estoy?

Silván la observaba con detenimiento.

—Bienvenida a Ermella de los Valles —dijo con una sonrisa—. Estás a las puertas del Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido. Soy Silván, amiguete de este chaval tan majo.

Le dio una colleja cariñosa a David. Ella esbozó una tímida sonrisa y se quedó en silencio, pensando cómo había acabado allí. Según sus cálculos, tenía que haber seguido la nacional y luego desviarse por la carretera comarcal. Seguro que en algún momento había tomado mal la salida.

—Hola, me llamo Sara —dijo extendiendo la mano.

Silván se la estrechó manteniendo el contacto visual.

—David ya me ha puesto al día. Me alegro de que estés bien.

Sara se volvió hacia David, con una chispa de aprecio en los

ojos.

—Tengo mucho que agradecerle —dijo llevándose la mano al costado de forma inconsciente—. Si no fuera por él, estaría muerta.

—No tiene importancia —repuso David haciendo un leve gesto, como si le pesara ese reconocimiento.

Hubo un silencio que se prolongó hasta que Silván se puso en pie.

—Bueno, yo os dejo.

—¿Te vas ya? —preguntó David.

—Sip, tengo que irme a trabajar.

—Vale, tío, te acompaño al coche.

Silván se despidió de Sara con dos besos en la mejilla.

—Espero que volvamos a vernos.

Ella mostró una media sonrisa, pero no contestó. Observó cómo los dos amigos bajaban las escaleras en dirección al coche aparcado frente a la casa.

—Eres un mamón, hermano —dijo Silván, ya lejos de Sara—. ¡Casi me haces creer que has salvado a una anciana! Y resulta que es una princesita. —Soltó una carcajada—. Ya verás cuando se lo cuente a Jara.

Sentado al volante, Silván intentaba meter las llaves en el contacto, todavía riendo. David sujetaba la puerta abierta del coche.

—Oye, no seas capullo. Sé discreto, ¿vale? Todavía no se nada de esta chica y no quiero que todo el pueblo se entere.

—Tranquilo, amigo. Soy una tumba —dijo Silván marchándose con una sonrisa.

Sara los observaba desde el porche. Desde allí no podía oírlos, pero intuía que cuchicheaban sobre ella. Solo oyó las risas de Silván.

David no tardó en regresar. Subió los peldaños de dos en dos y, cuando llegó arriba, le preguntó:

—¿Cuánto tiempo he dormido?

—No lo suficiente —respondió él—. Vamos dentro, quiero ver cómo van esos puntos.

Sara lo siguió.

—Tu gato ha venido a saludarme.

—¿Sócrates?

—¿Se llama Sócrates?

—Sí. El muy bribón aprovecha cualquier descuido para que le hagas carantoñas.

David palmeó el sofá para que Sara se sentara.

—Venga, túmbate, que voy a revisar esos puntos.

Se recostó mientras él desinfectaba la herida, pero ella le rozó la mano para llamar su atención.

—David, te estaré eternamente agradecida —susurró sosteniéndole la mirada antes de seguir—. No puedo explicarte lo que esto significa, pero créeme, es mucho.

Él siguió concentrado, con los labios apretados, como si no hubiera oído nada.

—Esto está perfecto —dijo mientras pegaba un apósito—. En unos días los puntos se caerán solos.

Sara insistió.

—No quiero que pienses que soy desagradecida, pero tengo que irme cuanto antes.

Con movimientos precisos y ordenados, David fue guardando el instrumental en su maletín, colocando cada pieza en su sitio habitual.

—Puedes irte cuando quieras —respondió sin mirarla—. No soy nadie para retenerte. Solo creo que deberías esperar a que se despejen las carreteras y recuperes tu coche.

Sara se quedó callada unos segundos.

—¡El coche!

Lo había olvidado por completo.

—Sí, ese que cuelga de la ladera.

—¿Has podido hablar con tu familia, tu novio?

—Llamé a mis padres —mintió—. No hay nadie más.

David, en su interior, no pudo evitar alegrarse de que no existiera *otro*.

—Me alegro —dijo—. Me alegro de que hayas llamado, no de que no tengas a nadie más.

Las palabras se le atragantaron al intentar salir del atolladero en el que se había metido. Ella lo miró divertida viendo cómo se enredaba solo.

—Lo que quiero decir es que no me alegro de que estés sola... —trató de explicarse, cada vez más torpe—. Uff, ¿por qué me meto yo solo en estos jardines?

Sara no pudo evitar reír.

—Déjalo. Te he entendido.

Siguió mirándole con esa media sonrisa que lo desarmaba y, para aliviar su incomodidad, cambió de tema.

—¿Y tú? Tu trabajo, tu pareja... No sé, ¿qué he trastocado en tu vida?

David se tomó un instante para responder. En su interior sabía que la llegada de Sara lo había sacudido por completo, pero solo dijo:

—No mucho. Yo tampoco tengo a nadie —repitió sonriendo al recordar su propia torpeza—. Trabajo en esta zona y soy el veterinario rural.

La conversación fue fluyendo de forma natural, con Sara escuchándole fascinada, mientras David le explicaba su trabajo y lo sacrificado que era, pero también le confesó que era su pasión.

—No podría hacer otra cosa.

—Y en tu tiempo libre eres rescatista —añadió Sara divertida.

—Lo de ayer fueron horas extras —rio David—. Me pillaste cuando regresaba del parto de una vaca.

—Menos mal. Tendré que darle las gracias a la vaca —bromeó ella.

Sara giró la cabeza hacia el televisor encendido, sin volumen. En la pantalla se veían imágenes de carreteras inundadas.

—¿Puedes subir el volumen?

—Claro —dijo David buscando el mando entre los cojines.

«Última hora sobre la DANA que azota la mitad norte de España. Sigue en directo todas las noticias» rezaba el titular, con letras en color rojo deslizándose por la pantalla.

La presentadora informaba con tono grave:

«Según informa la DGT, las trombas de agua han provocado el cierre de numerosas carreteras, y muchas vías secundarias de zonas montañosas se han visto afectadas por desprendimientos de tierra. Aunque la situación comienza a estabilizarse, todavía se recomienda a la población que eviten salidas innecesarias. Se pide precaución».

Sara resopló.

—¡Madre mía! Con este tiempo espero que el coche aguante y no se precipite al fondo del terraplén.

—No te preocupes —la tranquilizó David—. Mañana a primera hora iremos y organizaremos todo para que lo remolquen.

Sara asintió. Necesitaba recuperar el coche a toda costa, sobre todo su bolso de mano.

El móvil de David no dejó de sonar esa tarde, pero nada urgente. De modo que pasaron el resto del día juntos, charlando como viejos amigos que tenían mucho que contarse. Hablaron de todo y de

nada: de series interminables, de manías compartidas, chistes malos.

Cuando cayó la noche, David se desplomó en la cama sin dejar de pensar en lo bien que se sentía con ella. Sara lo descolocaba; podía hablarle de todo sin miedo, como si lo conociera de siempre.

Sumido en sus propios pensamientos, se fue adormeciendo. Entonces oyó algo.

Desde la habitación de al lado llegaban sollozos entrecortados, palabras incoherentes, una respiración agitada. Luego un grito ahogado:

—No, no ¡Déjame! ¡Apártate de mí!

David se incorporó de golpe. Se quedó quieto, dudando si debía despertarla. Decidió no hacerlo.

Cruzó el pasillo y se detuvo junto a la puerta entreabierta. Sara dormía, pero tenía los puños apretados contra el pecho y se revolvía como si estuviera reviviendo algo terrible.

Dio un paso adelante, indeciso.

—Sara... —susurró.

Ella murmuró algo que no logró entender, se giró hacia un lado y pareció calmarse.

David permaneció allí un instante más, luego regresó a su habitación sin poder quitarse la imagen en toda la noche. No sabía qué demonios la atormentaba en sueños, pero algo le decía que no era una simple pesadilla.

Al día siguiente evitó mencionar lo ocurrido para que no se sintiera incómoda.

Desayunaron temprano; Sara solo pensaba en el coche. Quería ver cómo había quedado tras el accidente, de modo que no tardaron en ponerse en camino.

Al llegar al lugar, lo encontraron en el mismo sitio: con el morro apuntando hacia el barranco y la puerta del conductor abierta, tal como él la había dejado. Verlo le provocó pánico.

—¡Qué horror, David! ¡El coche está destrozado! —exclamó llevándose una mano a la cabeza.

David, sin decir palabra, observaba el Mercedes que aún se sujetaba entre la vegetación. Estaban los dos de pie, asomados al borde del barranco, con los ojos clavados en la silueta retorcida del vehículo varios metros más abajo.

—Podías haber muerto —susurró él, con un nudo en el estómago.

—No entiendo cómo pudiste sacarme de ahí.

Sara le apretó la mano en un acto reflejo, sin apartar la vista del precipicio. David sintió la suavidad de su piel y deseó que no la soltara.

—Yo tampoco —dijo en voz baja—. Tendrás que llamar a tu seguro.

—¿Mi seguro?

Sara cayó en la cuenta de que todo estaba a nombre de Jaime, de modo que no podía arriesgarse.

—No puedo hacerlo —dijo–. El coche es de mi padre y el seguro lo tiene a terceros. No quiero que se entere de que se lo he dejado hecho una pena. Prefiero evitarle un disgusto.

David la miró incrédulo, pero al verla tan angustiada decidió no presionarla.

—Quizá pueda hablar con Paco, el mecánico del pueblo. Aunque no sé si su grúa podrá subirlo. Además, este tipo de coches modernos son todo electrónica y puede que no tenga las herramientas necesarias.

—¿Harías eso por mí? —pidió Sara juntando las manos con gesto

de súplica.

—Salgamos de dudas y vayamos a hablar con él —concluyó David al cabo de un rato de estar dándole vueltas en la cabeza.

—Antes necesito mi bolso. Lo dejé en el asiento del acompañante —dijo Sara.

Y, sin esperar respuesta, se inclinó hacia el barranco dispuesta a bajar.

—¡Te has vuelto loca! —exclamó David agarrándola del brazo—. ¿Quieres romperte la crisma?

Sara lo miró con ojos suplicantes, al borde de las lágrimas e intentó soltarse.

—Todo lo tengo ahí, David. Absolutamente todo.

—No puedo creerte, Sara. Nada es tan importante como tu propia vida.

—No hace falta que me creas —replicó apartándole el brazo, ya con un pie en el aire.

David la detuvo de nuevo y respiró hondo. De un vistazo comprobó el terreno, se veía peor que la noche anterior. El terraplén estaba cubierto de barro que cedía al mínimo roce, como una trampa, y las ramas rotas crujían al pisarlas. Un mal paso y acabaría rodando pendiente abajo.

—Iré yo.

—¡No, de ningún modo! —exclamó Sara.

Pero él negó con firmeza y comenzó a descender. El barro sonó con un chasquido blando cuando apoyó la mano en la pendiente; dio unos pasos más hacia abajo y un ligero desprendimiento de tierra pasó a su lado.

—Ten mucho cuidado —gritó ella desde arriba.

Él hizo un gesto para indicar que todo iba bien.

A cada minuto la culpa pesaba más sobre Sara. Si algo le

pasaba, no podría perdonárselo. Pero necesitaba ese bolso. Era la llave de su libertad, el fruto de meses de planificación.

Cruzó los dedos para que todo saliese bien.

Oyó piedras rodando por la pendiente y el sonido metálico del coche al recibir los impactos. Por un momento, perdió de vista a David y bajó un poco más para ver si podía ver algo.

—¡David! —le llamó a voces—. ¡Daaavid!

Tardó unos instantes en oír la respuesta.

—¡Ya lo tengo! —se oyó desde abajo.

Sara suspiró aliviada.

—Vale, sube despacio y con cuidado.

Unos minutos después, David estaba arriba, con restos de hojas en la cabeza y con el pequeño bolso en la mano.

—Aquí lo tienes.

Sara lo abrazó y David sintió un hormigueo que le recorría el cuerpo.

—De verdad, no sabes el enorme favor que acabas de hacerme.

Él no respondió; se limitó a seguir disfrutando de esa sensación que le invadía.

Subieron a la camioneta. Sara apretaba el bolso contra su pecho, sin abrirlo.

Sabía que dentro estaba todo lo que necesitaba.

Capítulo 6

TE VOY A ENCONTRAR

Tres días desde que ella se marchó y la desesperación lo devoraba. Tres malditos días de rabia contenida, de amarga decepción, de fingir que todo estaba bien.

Jaime había hecho el viaje relámpago a Ámsterdam y ya estaba de vuelta. No quiso entretenerse con reuniones sociales fuera del trabajo. Solo pensaba en regresar y, en cuanto terminó, inventó una excusa para poder coger el primer vuelo. Estaba tan cegado por la ira que lo único que deseaba era encontrarla. Y para eso necesitaba «algo».

En la oficina fingía normalidad: sonreía, charlaba e incluso se tomaba alguna cerveza con los compañeros. Nadie debía sospechar que había problemas en su matrimonio.

Sentado en su despacho, repasaba una y otra vez los movimientos de su cuenta bancaria. Tenía que haber algún rastro: un cargo inusual, una transferencia, un depósito en efectivo...

—No creo que haya usado la tarjeta de crédito —murmuró—. No es tan estúpida.

Pero el dinero tenía que salir de algún sitio y ella no tenía

ingresos propios.

Se inclinó sobre la pantalla del ordenador y revisó cada cifra, línea por línea. Advirtió que, durante los últimos meses y casi cada semana, había ido retirando pequeñas cantidades de dinero en efectivo. No eran sumas grandes, pero juntas formaban una cifra considerable, lo suficiente para generar sospechas. Lo había hecho con tanta cautela que pasaba desapercibido.

Se reclinó en la silla, con la cabeza hacia atrás y la vista fija en el techo.

—Piensa, Jaime, piensa.

Sin precisar cuánto tiempo, se quedó absorto en sus pensamientos hasta que algo se encendió en su cabeza.

—¡El gimnasio!

Se levantó de golpe, cogió la chaqueta y salió hacia el ascensor. Sara hacía pilates en un gimnasio del centro; tal vez allí encontraría alguna pista.

Cuando llegó, una chica detrás del mostrador le sonrió amablemente.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Mi mujer viene a clases de pilates los lunes y miércoles. Ha perdido las llaves y cree que pudo dejarlas aquí —explicó con naturalidad—. Trabajo cerca y me ha pedido que hable con su profesora, por si alguien las encontró.

La chica asintió.

—Claro, siga este pasillo todo recto. Cruce los vestuarios y suba las escaleras del fondo. A la izquierda está la sala donde imparten pilates.

Jaime agradeció la información y siguió las indicaciones. Llegó justo al final de la clase; la gente charlaba mientras recogían sus cosas. Cuando la sala se vació, solo quedó una mujer ordenando las

colchonetas. Jaime dedujo que era la profesora.

Tocó la puerta con los nudillos.

—Adelante —respondió ella.

—Buenos días. Soy Jaime, el marido de Sara. Ella me ha pedido que venga a preguntar si han encontrado unas llaves. Cree que se las dejó en el centro.

La profesora lo miró confusa, con el ceño fruncido.

—Sara... hace al menos tres meses que no viene.

Jaime parpadeó. Por un instante creyó que la mujer no lo había entendido.

—Se equivoca. La semana pasada estuvo aquí. Es una chica como de su misma altura, pelo largo, ojos marrones...

—No me equivoco —interrumpió, aunque vaciló un instante antes de seguir—. Sé de quién me habla. Nos dijo que iban a operar a su madre y que debía ocuparse de ella. Incluso nos trajo una cajita de bombones para despedirse.

La profesora notó la tensión en Jaime y se arrepintió de hablar tanto. Él se quedó pálido, ¡eso sí que no lo esperaba! Había comprobado varias veces la ubicación de su móvil y siempre marcaba el gimnasio.

Sin decir una palabra, se dio media vuelta y se marchó conteniendo la ira. Ni siquiera se despidió. La profesora pensó que era un maleducado, pero ella tampoco le dijo adiós.

Jaime siguió el mismo camino de regreso, esta vez con paso rápido, rumiando la cólera que le reconcomía por dentro.

De pronto se detuvo. Había dejado atrás una puerta entreabierta; parecía la entrada a los vestuarios. Asomó la cabeza, no vio a nadie y se coló.

Era el vestuario femenino. En el aire húmedo todavía se respiraba el olor a jabón. Estaba lleno de taquillas metálicas que

relucían bajo la luz de los fluorescentes; algunas estaban abiertas.

Entonces lo entendió de golpe. La muy zorra había estado dejando allí el móvil, dentro de una taquilla, para que él creyera que seguía en clase, cuando en realidad se marchaba. «¿Qué puñetas estaba haciendo en ese tiempo? ¿Dónde iba? ¿O con quién?».

Un calor intenso le recorrió el cuerpo. Por primera vez consideró una idea que no se le había pasado por la cabeza, y esa posibilidad aterradora cobró forma.

«¿Y si se me ha estado engañando con alguien? ¿Y si...?».

Las imágenes que le vinieron a la mente lo enfermaron. Sara riendo, desnuda, con otro.

Y, antes de poder reaccionar, lo invadió un flash, una intuición que le erizó la piel: supo cómo había conseguido el dinero para huir.

Salió casi corriendo del gimnasio, jadeando, presa del nerviosismo. Subió a su coche y marcó en el GPS la dirección de su casa.

Nada más llegar fue directo al dormitorio.

En una de las estanterías, Sara tenía un pequeño joyero donde guardaba sus piezas más especiales: esas que eran importantes para ella, aunque de poco valor económico. Los pendientes que le regalaron sus padres el día de la boda o esa cadena de oro que era de su abuela. Jaime buscó la cajita, pero no la encontró.

Fue al vestidor. Allí había un cajón destinado a joyero. Tenía compartimentos de diferentes tamaños, unos más grandes, otros más pequeños, forrados en fieltro gris y organizados en función de si guardaba anillos, collares o pulseras.

De un rápido vistazo comprobó que estaban todas las joyas. ¿Todas?

—Falta el brazalete —murmuró.

El brazalete de oro blanco de Cartier, regalo de su segundo

aniversario de boda. La pulsera tenía dos arcos rígidos con un sistema de cierre especial: un diminuto tornillo. Él le había colocado la pulsera como si se tratase de una ceremonia y, al cerrarla, fue como sellar un pacto entre los dos.

La había desnudado y la había poseído dejando solo la joya. Le excitaba verla así, con el brazalete colgando de su muñeca, como una marca silenciosa de pertenencia. Cerró los ojos al recordar el momento.

«Si falta la pulsera, faltarán más cosas», pensó regresando a la realidad.

Con la precisión de un experto relojero, revisó uno por uno cada hueco, haciendo memoria de todos los regalos que le había hecho.

Sus manos fueron recorriendo cada centímetro del cajón buscando lo que ya no estaba. Echó en falta varios anillos, entre ellos, uno de oro rosa con un pequeño rubí engastado. Tampoco encontró la gargantilla con forma de cordón que Sara solía ponerse cuando llevaba un jersey de cuello alto. En cambio, estaban todos los relojes.

—¡Qué extraño!

Entonces lo entendió. Lo relojes tenían certificados de autenticidad y los guardaba él. Sin ellos, venderlos sería difícil. En cambio, las joyas podían desaparecer sin dejar rastro. El oro se funde y nadie hace preguntas, sobre todo en tiendas de dudosa reputación.

Cuando terminó el recuento, estaba hundido. No sabía con exactitud lo que faltaba, pero eran muchas piezas.

—¡Joder! —exclamó—. La muy hija de puta no ha tenido reparos en deshacerse de joyas que yo le regalé.

Se desplomó en el suelo de la habitación, derrotado, vencido por las circunstancias. Sentía que había perdido la batalla.

—Pero no la guerra —susurró.

Sin pensar cuál iba a ser su siguiente jugada, se puso en pie decidido a seguir adelante.

A partir de ese momento, comenzaba la caza.

Capítulo 7

ARRÉGLALO

Paco observaba el coche, dando vueltas a su alrededor, frustrado, sin saber por dónde empezar. El Mercedes parecía un rompecabezas imposible.

Había conseguido sacarlo del barranco y remolcarlo con la grúa hasta el taller, no sin grandes esfuerzos.

—No sé si voy a poder arreglarlo —murmuró mirando el desastre que había bajo el capó.

Sara y David permanecían de pie en una esquina, mirándose de reojo de vez en cuando, a la espera del diagnóstico final del paciente.

El taller era un sitio destartalado, en una nave antigua a las afueras del pueblo, un lugar modesto pero imprescindible para la gente del lugar. Había coches viejos apostados allí desde hacía años, marcados por la corrosión del viento y la lluvia.

—Estos coches son pura electrónica —dijo Paco, con la cabeza metida entre el motor—. Habría que llevarlo a un concesionario oficial.

Hurgaba los cables con sus robustas manos, apartándolos de un

lado a otro.

Sara miró a David suplicándole en silencio que dijera algo.

—Tranquila —le dijo él con voz suave—. Paco es el mejor. Hará todo lo que pueda.

Ella asintió y salió un momento hacia la puerta del taller. Al cabo de unos instantes, regresó con su bolso y un fajo de billetes que extendió al mecánico.

—Tenga esto, por favor, para que empiece a trabajar. Si no es suficiente, puedo darle más.

Paco miró el dinero y, como si se tratase de algo demoníaco, levantó las palmas de las manos en señal de rechazo.

—No. No es necesario.

Entonces se limpió las manos en su mono de mecánico y comenzó a hablar despacio, como si fuera un cirujano que acaba de salir de una intervención y tuviera que explicar a los familiares cómo ha ido la operación.

—El coche ha sufrido daños importantes. La chapa tiene arreglo, eso es lo de menos —dijo mirándolos—. Pero voy a necesitar más tiempo para ver qué otras averías tiene. A simple vista, la suspensión está tocada y la transmisión puede que también. Habrá que cambiar ruedas, comprobar frenos... Pero, como os he dicho, necesito unos días.

—¿Cuántos exactamente? —preguntó Sara.

—Te digo algo la semana que viene.

—¿La semana que viene? —repitió ella sin poder ocultar el fastidio.

—Es lo que hay, muchacha —contestó Paco encogiéndose de hombros.

David dio un paso adelante.

—No te preocupes, Sara. Paco nos avisará en cuanto lo tenga.

Aunque las palabras de David eran tranquilizadoras, ella no pudo evitar pensar en los problemas que podía causarle ese imprevisto.

Se despidieron acordando que hablarían en los próximos días. Cruzaron el patio del taller, con el cemento agrietado y manchado de aceite, hasta llegar a la entrada principal, donde habían dejado aparcada la camioneta.

David abrió la puerta de la *pick up* y ambos subieron sin decir una palabra.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó él, al fin.

—¿A qué te refieres?

—Lo del dinero.

Ella se encogió de hombros.

—Quería asegurarme de que empiece cuanto antes.

—Sara —dijo él sin levantar la voz, aunque con firmeza—. No deberías enseñarlo así. Este es un pueblo tranquilo, pero no conoces a todos. No sabes a qué persona tienes delante, y no es buena idea que te vean con todo ese dinero. Puede ser peligroso.

Ella se recostó en el asiento del coche, pensativa.

—Sí, debería ser más precavida.

Los dos se quedaron en silencio. David no insistió, permaneció atento a la carretera, pero siguió mirándola de reojo, intuyendo que ocultaba algo.

—Paco me ha dado buena impresión —dijo Sara, al cabo de un rato—. Le he explicado mi caso con el tema del seguro y la reparación y no ha puesto objeciones. Tampoco me ha hecho preguntas.

—Claro. Aquí la gente ayuda si ve que alguien lo necesita mientras seas buena persona —respondió David, como si fuese lo normal.

—No sé si soy una buena persona —respondió bajando la

mirada.

Él sonrió.

—¿Has matado a alguien?

—¡Nooo! —exclamó ella.

—¿Has maltratado ancianos, niños o animales?

—¡Por supuesto que no! —respondió muy seria.

—Entonces, eres una buena persona —dijo David riendo mientras soltaba una mano del volante y le alborotaba el pelo.

Pero Sara no lo tenía tan claro. Había mandado a la mierda a su marido, con quien llevaba cinco años. Cinco años de castigo: de estar atrapada, de ceder ante sus obsesiones, de estar sometida sin poder rebelarse. Intentó que no se le escaparan las lágrimas, pero tuvo que girar la cabeza y fingir que miraba por la ventanilla para poder limpiarse los ojos con disimulo.

—David.

—¿Qué? —sintió un cosquilleo al oír su nombre.

—Me temo que voy a tener que quedarme una temporada en el pueblo —dijo como si eso fuera una mala noticia—. Tendré que alquilar una habitación en un hotel.

—Puedes quedarte en mi casa el tiempo que necesites.

—No. No quiero molestarte.

—No es molestia.

Casi le fastidiaba que viniera con ese cuento; en el fondo, le gustaba tenerla cerca, pero no se atrevía a decirlo.

—David, te lo ruego, no insistas. ¿Me ayudarás a encontrar dónde alojarme?

Él asintió, resignado, temiendo que, si se ponía demasiado pesado, Sara acabaría marchándose y buscándose la vida por su cuenta.

—Está bien. Deja que haga unas llamadas.

Esa mañana, mientras David atendía en la clínica, Sara se dedicó a pasear por el pueblo.

Se dejó atrapar por su encanto, caminando por las calles empedradas que serpenteaban hacia arriba y abajo. Anduvo mirando los escaparates de las tiendecitas y los vecinos la saludaban con familiaridad, como si ya la conocieran.

El olor a pan recién hecho la detuvo frente a un obrador. ¡Qué delicioso! Llevaba tanto tiempo viviendo en la ciudad que había olvidado el olor del pan de verdad.

Por un instante se sintió parte de aquel lugar, pero esa sensación no duró, no debía encariñarse de nada, ni de nadie. Ni siquiera de David. Su imagen le asaltó y la apartó de inmediato. ¿Qué pasaría si se quedaba demasiado tiempo?

Siguió caminando hasta la plaza. Las casas estaban pegadas unas a otras y de los balcones de madera colgaban macetas. Se notaba un ir y venir de camiones descargando mercancía frente a los comercios, preparándose, quizá, para los turistas del fin de semana.

Hacía frío, se abrochó la parka. Por fin había recuperado el bolso con su ropa. Era el primer día que no llevaba la cazadora prestada, esa que le llegaba hasta las rodillas. Recordó cómo David le había dicho que le quedaba bien.

Otra vez David.

Una puerta se cerró de golpe detrás de ella y se giró sobresaltada. Sintió un temblor por el cuerpo.

¿Y si Jaime ya sabía dónde estaba?

Respiró hondo y siguió su camino pensando que se estaba volviendo paranoica. Pero el corazón todavía le latía rápido.

Cuando regresó a la clínica, encontró a David recogiendo la consulta. El último cliente acababa de salir arrastrando un perro enorme, que no dejaba de olfatear cada rincón.

—Tengo buenas noticias —dijo al verla—. Hablé con Graciela, la dueña de las casas rurales. —David continuó mientras guardaba botes en un armario—. Me ha dicho que tiene una libre, pequeña, de una habitación, pero perfecta para ti.

—¡Genial!

—Comemos algo rápido y la vemos, ¿te parece?

—Me parece perfecto —respondió Sara.

Comieron en el bar de la esquina, en un rincón junto a la ventana. Disfrutaron de un delicioso plato de carne estofada con verduras a la brasa y Sara habló más animada de lo habitual mientras David la escuchaba sin interrumpir. Ella no entendía por qué se sentía tan cómoda, pero evitaba mirarlo demasiado tiempo e intimar con él.

Después fueron a ver la vivienda.

El complejo estaba rodeado por un bosque, con cuatro construcciones independientes y una piscina comunitaria en el centro, que ahora no funcionaba por estar fuera de temporada. Estaban lo bastante cerca del pueblo como para ir paseando hasta la calle principal.

Un cartel a la entrada anunciaba rutas en bicicleta, senderismo y paseos a caballo. El ambiente era tranquilo, familiar y resultaba acogedor.

Graciela les hizo un breve recorrido por el lugar.

—Bueno, pues esto es lo que te puedo ofrecer —concluyó cuando acabó de enseñar el sitio—. Piénsalo y si te encaja me llamas.

La casa tenía un dormitorio principal con el techo de madera y vigas a la vista, un baño completo y una cocina abierta al salón. A Sara le pareció perfecta.

—Me la quedo —dijo sin vacilar—. Voy a alquilarla durante dos

semanas. Creo que bastará para que Paco pueda reparar el coche.

—Estupendo. Te mando la factura y el número de cuenta para que...

—Prefiero pagar en efectivo —interrumpió.

David levantó la vista y Sara notó un leve reproche en sus ojos. Graciela, ajena a la tensión, sonrió.

—Por mí está bien —dijo entregándole las llaves.

Cuando Graciela se marchó, David, que había dejado a las dos mujeres solas, volvió a entrar. Encontró a Sara pletórica, como una adolescente a punto de pasar sus primeras vacaciones sin sus padres.

—Me alegro de que estés tan contenta —le dijo apoyado en el marco de la puerta.

—Sí. Aquí voy a estar bien.

Él consultó la hora en el teléfono. Odiaba tener que marcharse, pero tenía una revisión rutinaria en una granja cercana.

—Tengo que irme. Ya sabes, una cita importante: revisión de vacas —bromeó—. Si necesitas algo, llámame.

Sara asintió.

—Claro.

Ya salía, cuando se percató de lo que acababa de decir.

—Por cierto, ¿apareció tu móvil?

Sara aguantó un momento la respiración.

—No —respondió—. Tendré que comprar otro.

David le sostuvo la mirada, como si dudara, pero finalmente movió la cabeza.

—Vale. Luego paso a verte.

—Bien —dijo ella acompañándolo a la salida.

Cuando se marchó, Sara permaneció inmóvil frente a la puerta

cerrada, con la mano aún en el picaporte. Se dio cuenta de que era la primera vez que estaba sola desde que se había ido de casa.

Sola significaba libre, sin ataduras, sin tener que dar explicaciones de adónde iba, o con quién.

Pero no iba a ser fácil.

Apoyó la frente en la madera, respiró hondo y cerró los ojos.

Sabía que Jaime no iba a rendirse.

Un escalofrío de miedo le recorrió la espalda.

Capítulo 8

DAVID

Apenas un débil resplandor se colaba por la ventana cuando David abrió los ojos. No necesitaba despertador. Hacía años que su cuerpo se había acostumbrado a moverse al mismo ritmo que el campo. Fuera, un gallo abrió el pico y dejó salir un grito largo y potente, que se extendió por el corral. Entonces el despertador también estalló con su sonido metálico sobre la mesilla, como lo hacía todas las mañanas. Eran las seis y media, aún no había amanecido del todo, pero tenía mucho trabajo.

Antes de salir revisó su maletín como si fuese un ritual: guantes, jeringuillas, antibióticos... En el campo cualquier olvido podía convertirse en una catástrofe.

Ese día tenía ronda por varias fincas: toma de muestras de heces y orina para los análisis rutinarios, control de la alimentación y, como si el día no pudiera ser más glamuroso, una inseminación artificial a una vaca, ¡lo mejor de la fiesta! David sonrió para sus adentros: el campo tenía esa manera de recordarle que la vida tenía dos caras.

Pero le gustaba. Muy diferente a su vida anterior en la ciudad, rodeado de comodidades, aire acondicionado y calefacción. A veces,

le costaba creer que había vivido así encerrado durante tanto tiempo, lejos de lo que tanto amaba.

A él le habían mordido, corneado, pisoteado. A menudo tenía que vérselas con bichos que pesaban toneladas y que no se dejaban convencer con golosinas.

Y, aun así, había elegido este camino por convicción. Aunque le hubiese costado perder a Ana.

Al acabar la carrera, enseguida encontró trabajo en un importante centro veterinario. No tardaron en hacerle un contrato fijo, un futuro asegurado. Pero los días cada vez le pesaban más, hasta que alguien, de forma casual, le habló de los veterinarios rurales y algo en su interior despertó.

Ana pensó que se había vuelto loco. Llevaban años viviendo juntos, pero se habían convertido en dos extraños que cada vez tenían menos cosas en común.

Discutieron durante meses. Lo intentaron y fracasaron.

Recordó la última tarde en su piso, viendo cómo empaquetaba las cosas. «Tú necesitas el campo y yo necesito respirar», había dicho ella. David ya había tomado la decisión de irse, era una carga que ya no soportaba.

Con ese espíritu aterrizó en Ermella de los Valles: arrastrado y roto por dentro.

***

Se pasó todo el día sin poder dejar de pensar en Sara. ¡Dios, no podía creerlo! No quería admitir que estaba rompiendo el juramento que se hizo tiempo atrás de no volver a fijarse en nadie y, de repente, esa mujer aparecía en su vida como un torbellino.

Circulaba por una carretera estrecha y sin arcén, cuando el

manos libres de la camioneta interrumpió sus pensamientos.

—Tío, ¿por dónde andas?

—Hola, Silván —respondió riendo—. Me alegra oírte.

—Llevas días desaparecido. Jara dice que tiene algo que ver con esa chica de la que le hablé y que se muere de ganas por conocer. —Se calló por un segundo—. Porque sigue contigo, ¿no?

David soltó una carcajada.

—Sí y no. Está esperando a que reparen su coche y mientras ha alquilado una casa a Graciela.

—Chica lista. Salió espantada antes de morirse de aburrimiento contigo.

—¡Eh, que yo no soy aburrido! —protestó entre risas.

—Eso es lo que tú piensas. Nos vemos esta tarde en La Taberna. A las siete. Y prepárate para un interrogatorio.

—Vale, allí estaré. —David colgó, con la risa todavía en la cara. Sabía lo que le esperaba.

De vuelta a casa, se dedicó a ordenar los informes clínicos y todos los datos que había recopilado a lo largo del día. Para cuando terminó eran ya las siete.

Al llegar a La Taberna, los vio sentados con un par de botellas vacías sobre la mesa. Jara alzó la mano al verle.

—¡Por fin apareces! —exclamó dándole un par de besos. Silván le palmeó el hombro.

Tras unos minutos de conversación sin más trascendencia que ponerse al día, Jara entró al trapo en el tema.

—Sara. Se llama Sara. Y ya os lo he contado todo.

David sonrió, no estaba acostumbrado a dar tantos detalles y había cosas que ni pensaba explicar. Pero no pudo evitar recordar la forma en que Sara movía las manos cuando hablaba y como se

recogía el pelo en un moño improvisado, dejando mechones sueltos alrededor de su cara. No quería reconocer lo que empezaba a sentir por ella porque le aceleraba el corazón.

—Espera. —Jara hizo un gesto con las palmas de las manos para que no continuase—. A ver si lo he entendido. ¿Pagará la reparación del coche porque su padre no puede enterarse de que ha tenido un accidente?

—Eso ha dicho.

Jara abrió los ojos e intercambió una mirada de incredulidad con Silván.

—¿En serio? —preguntó Silván arqueando las cejas—. Menuda historia.

—¡Vaya tontería! —exclamó Jara—. Te ha contado una película de indios.

Él se encogió de hombros sin saber qué responder. En el fondo la historia le resultaba tan increíble como a ellos.

—Y lo mejor de todo es que va por ahí con el bolsillo de Doraemon, sacando billetes en lugar de objetos —añadió Silván.

—Chicos, así explicado suena... —David torció el gesto sin atinar a encontrar la palabra— ¿peculiar?

—Mira, David, ten cuidado —le aconsejó Jara llevándose el botellín de cerveza a los labios.

Los tres hablaban en voz baja, con las cabezas juntas, como si estuvieran planeando un atraco.

—Igual es una estafadora —dijo Silván metiéndose en la boca un puñado de cacahuetes—. O traficante. ¿Y si lo ha robado?

—Seguro que está metida en alguna actividad ilegal.

David levantó las manos.

—Chicos, no digáis tonterías.

—¿Y por qué no puede serlo?

David esperó a que el camarero, un chavalillo joven que trabajaba los fines de semana para pagarse los estudios, les dejara otra ronda.

—Bueno, por... —Y entonces David recordó un principio de simplicidad usado en muchos ámbitos y que él aprendió en la facultad—. Por el principio de la navaja de Ockham —respondió de súbito.

Sus amigos se miraron entre sí pensando que al chico se le estaba yendo la pinza.

—Dice que, ante varias explicaciones posibles para un mismo fenómeno, la más simple suele ser la correcta. De modo que no tenemos que montar una teoría conspiranoica sin necesidad. En lenguaje coloquial y para que lo entendáis: no podemos hacer de un pedo una cagada.

Jara y Silván se miraron con gesto serio y luego estallaron en una sonora carcajada que se oyó por todo el bar. Algunos de los que estaban en las mesas cercanas se giraron, contagiados por las risas.

—Dicho esto, tema zanjado —dijo David dando un trago.

Jara refunfuñó un rato, quería más. Pero él desvió la conversación hacia otros temas que nada tenían que ver con Sara, y la charla se volvió más animada.

Más tarde se despidieron, con el compromiso de que se verían el próximo viernes.

De regreso a casa los pensamientos lo asaltaron uno tras otro y su cabeza le martilleaba con interrogantes para los que no tenía respuesta. Las dudas de sus amigos tenían sentido. Su historia era rocambolesca, llena de sombras: lo del dinero, el coche, el móvil que no aparecía.

Pero de una cosa estaba convencido: no era una delincuente. No podía serlo.

Cuando estaba con Sara, el corazón le latía más deprisa, las palabras se le atropellaban en la boca y se volvía un completo idiota con un cerebro limitado.

Hablar con ella le hacía reír, sentirse en paz; otras veces, le dejaba pensando más de la cuenta.

Tenía que aprovechar el tiempo al máximo, antes de que ella desapareciera. Porque esa era la sensación que le atormentaba: igual que había venido, se iría.

Capítulo 9

SOLA

Se oía a lo lejos el ladrido de un perro, probablemente el de algún vecino que lo había dejado en el jardín. Sin tardar, otro respondió.

Sara estaba inquieta. Se asomó por la ventana, pero a través del cristal no se veía nada, estaba muy oscuro.

Las luces solares que flanqueaban el camino de piedra apenas iluminaban una diminuta sombra en el suelo. No se atrevía a salir. Estaba convencida de que alguien se escondía entre los arbustos, no eran imaginaciones suyas, ¿o acaso sí?

Se hundió de nuevo en el sofá, incapaz de calmar la tensión y encendió el televisor. Estaban emitiendo un estúpido programa de *Tacaños extremos*. La señal era mala y apenas se veían unos pocos canales con algo de nitidez. Necesitaba ruido en el salón, algo que le permitiera tener la mente distraída.

Se levantó otra vez. Esta vez sí había escuchado algo, un golpe seco, como si algo se cayera al suelo. Entreabrió la puerta de la casa asomando media cabeza. Nada. Silencio absoluto. El perro del vecino ya se había callado.

Sintió un pinchazo en el estómago. Seguro que Jaime ya había

dado con ella. Tenía sus contactos, con una llamada podía mover hilos, conectar y crear una red que lo llevara hasta ella.

Había sido cuidadosa. O eso creía.

En su cabeza había previsto diversas hipótesis y escenarios, calculando cada paso que debía seguir y cuáles eran un peligro. Incluso tuvo la precaución de desactivar el GPS del coche, lo más complicado de todo. Se las ingenió para bloquear la señal y mantener su ubicación en secreto. Así que recurrió a «ayuda profesional», aunque no del todo lícita.

«Si me encuentra... —Reprimió ese pensamiento de inmediato—. Pero si lo hace... —repitió en su cabeza—. Si lo hace, me matará. No. Eso sería liberarme. Me obligará a volver, a someterme a su control. Un hombre así no está acostumbrado a perder, mucho menos a que le dejen y que no haya consecuencias».

El ladrido del perro estalló de nuevo y lo sintió como una advertencia. Los perros no ladran porque sí. ¿Y si había alguien rondando por los alrededores?

Apartó la idea.

—¿Y si lo denuncias para que deje de perseguirte?

La pregunta la sacudió como una bofetada y la devolvió a aquel día en que su mundo se vino abajo y supo realmente quién era Jaime.

—Las mujeres de los ricos no tenemos derecho a quejarnos.

En su memoria la voz de aquella mujer tan elegante que acababa de conocer se presentó de golpe.

—Llevamos una vida de lujo y sin complicaciones. ¿Has oído que alguna de nosotras haya denunciado a su marido?

Era el centro de la conversación de un reducido grupo de esposas y Sara permanecía al margen, pero atenta a la

conversación.

—Todos son iguales: codiciosos, despiadados y, a medida que se vuelven viejos, puteros. ¿Por qué crees que han llegado a donde están?

Las risas retumbaron en la sala. La mujer bebió un trago de champán y volvió de nuevo a la carga:

—Míralos. Todos ahí juntitos, planeando cuál será la siguiente cabeza que cortar.

Las palabras resonaban en su mente: ¿despiadados?, ¿puteros? ¿Era Jaime también uno de ellos? Se le revolvió el estómago solo de imaginarlo, pero ella también sonrió para guardar las apariencias.

El círculo de damas miró hacia donde estaban los hombres, entre los que se encontraba Jaime. Él giró su rostro hacia Sara y esta sintió que sus ojos se le clavaban como dagas. El aire se volvió pesado; la observaba con una intensidad implacable, pero ella le dedicó una sonrisa quebrada.

Así fue su «puesta de largo». Una cena relevante del trabajo de su marido, con un grupo selecto de personas que dirigían grandes empresas y donde las decisiones importantes se tomaban fuera de la oficina. Gente con clase, refinada, acostumbrada a moverse en esos ambientes. Pero Sara nunca se sintió parte de ese mundo.

—Vas a brillar, cariño —le había dicho Jaime, antes de salir, con esa sonrisa fría que mostraba cuando todo salía según sus planes.

Llevaba un vestido negro palabra de honor, discreto pero a la vez elegante. Temía no estar a la altura.

Cuando se disponía a abrir la puerta para salir, él la detuvo. La abrazó por detrás, empezó a besarla por el cuello, le puso las manos en los pechos, sus besos se volvieron más ardientes, más ansiosos. Le subió el vestido hasta la cintura y sus manos se deslizaron bajo su ropa interior.

—Vamos a llegar tarde —dijo ella con una media sonrisa.

Pero él no escuchó. La giró con brusquedad hacia adelante, haciendo que chocara contra el mueble recibidor.

Sin mediar palabra, se colocó detrás de ella y se bajó los pantalones. Sara sabía que era inútil seguir hablando, resistirse solo haría que fuera peor. Intentó mantener el equilibrio, apoyándose con las palmas de las manos en la consola, mientras él empujaba, y... le dejó hacer.

Sara cerró los ojos, respiró hondo. ¿Qué más tenía que soportar?

Cuando terminó, él se apartó sin decir nada. Se subió de nuevo los pantalones, se abrochó el cinturón y cogió la chaqueta que había dejado colgada en el perchero de la entrada.

Ella se quedó quieta durante un instante, luego se alisó el vestido, despacio.

—Date prisa —dijo él fríamente—. No quiero llegar tarde.

Y salió por la puerta hacia el coche.

Unas risas en el televisor la trajeron de vuelta al salón. Un maratón de anuncios dio paso a la Teletienda, pero Sara apenas prestaba atención.

Se abrazó las rodillas intentando convencerse de que estaba a salvo.

Afuera el perro volvió a ladrar.

Capítulo 10

AMIGOS

David se sentía eufórico ese día.

Le había pedido a Sara que le acompañara por la tarde a tomar unas cañas con sus amigos, y había aceptado.

No era una cita, pero para él era lo más parecido a eso que podía imaginar con ella.

Aparcó frente a la casa rural y se disponía a tocar el timbre cuando Sara se adelantó y abrió la puerta.

—Vaya, ya estás lista —dijo casi sorprendido.

Sara le miró, sonriendo abiertamente.

—¡Es que estoy muy nerviosa! —respondió caminando hacia el coche.

—¿Por qué? —él rio siguiendo sus pasos.

Era como una niña esperando a que la llevaran a la feria.

—Pues, porque voy a conocer a tus amigos y me asusta quedarme callada en un rincón, sin tener nada que decir. Que piensen que soy antipática.

Por unos segundos guardó silencio.

—¿Y si piensan que soy antipática aunque hable?

David no podía borrar la sonrisa de su cara, le parecía que era muy graciosa sin pretenderlo.

Cuando llegaron a La Taberna, Sara se quedó observando la fachada del bar, tratando de recordar cuándo fue la última vez que estuvo en un sitio así: tan cercano, tan auténtico.

David la miraba, entre confundido y divertido, sin entender qué veía en esas paredes.

—¿Entramos? ¿O prefieres quedarte toda la noche mirándolo como si fuera un monumento?

Ella sonrió pensando que David no tenía ni idea de cuánto echaba de menos esos ambientes.

Al abrir la puerta, el calor del local los golpeó en la cara. De fondo sonaba *Breathless*, de The Corrs, que se mezclaba con el ruido de las botellas, vasos chocando y el olor a hamburguesas.

David buscó con la mirada entre las mesas. En una alargada, había tres personas sentadas; uno de ellos levantó la mano al verlos entrar y detuvieron la conversación. Por un instante, todas las miradas se dirigieron hacia la desconocida. Sara se sintió incómoda bajo tantos ojos y notó cómo las manos le empezaron a sudar.

Caminaron entre las sillas avanzando hacia la mesa. Ella iba a su lado con una sonrisa tímida pero segura, como quien ha atravesado esas circunstancias otras veces. Aunque en el fondo intentaba disimular que estaba nerviosa.

—Qué bien se te ve con compañía femenina —dijo un chico, con tono burlón.

—No hagas caso a este capullo —bromeó David—. Se llama Fermín, y lo más sensato que puedes hacer es mantenerte alejada de él.

—¡Qué exagerado! —respondió Fermín mientras le daba dos besos a Sara.

—A Silván ya le conoces, y la que está a su lado es su novia, Jara.

—¡Por fin te conocemos! —exclamó Jara, al tiempo que también chocaban las mejillas—. Hemos oído hablar mucho de ti.

—Espero que bien —dijo Sara, risueña, saludando a todos.

—Siéntate —dijo David, acercándole una silla—. Estás entre locos, pero son buena gente.

Entre bromas y risas, Sara fue soltándose poco a poco y participando de las charlas, hasta que hubo un momento, ya avanzada la noche, en que empezó a sentirse más relajada, más natural, sin tener que medir cada palabra o gesto por miedo a que la tacharan de algo que no era.

De vez en cuando, se quedaba en silencio observando a David reír con los chicos, y eso le traía el recuerdo de la época en la que ella también había formado parte de un grupo.

Pero ese momento se esfumó en cuanto él se levantó junto con Fermín a por más bebidas. Desde la barra, David se volvió para mirarla con un gesto de complicidad, le guiñó un ojo y ella se ruborizó. Entonces supo que todo iba bien y que quizás no sería una mala idea quedarse en el pueblo un tiempo y seguir encajando como una más.

Y nadie hizo preguntas.

—¿Lo has pasado bien? —preguntó David al dejarla en la puerta de casa.

—Lo he pasado genial —no mentía, lo decía el brillo de sus ojos.

—Entonces, ¿estás dispuesta a repetirlo?

—Por supuesto —contestó mostrando una sonrisa de oreja a oreja.

David se quedó durante unos segundos parado delante de ella. Se moría de ganas por besarla. Acercó su rostro tímidamente al

suyo, tanteando la distancia, pero Sara contuvo el aliento y retrocedió un paso.

—Será mejor que entre —dijo—. Estoy muerta de frío. —Y se puso a rebuscar las llaves en su bolso para ocultar que le temblaban las manos—. Mañana nos vemos.

—Sí..., sí. Te pasaré a buscar para ir, a ver qué dicen del coche —contestó él pasándose la mano por la nuca, apurado por su atrevimiento.

Sara entró sin darse la vuelta. Giró la llave y apoyó la espalda contra la puerta. Al cerrar, se derrumbó en el suelo mientras las lágrimas le caían por las mejillas.

Se sentía despreciable, no por él, sino por no saber cerrar la herida que tenía abierta.

David regresó a su camioneta y se quedó allí sentado, con la cabeza hundida en el volante.

Encendió la radio.

Sonaba *Someone Like You*, de Adele, y entonces sintió ganas de llorar.

Capítulo 11

GPS

Voces.

Jaime, sentado en su despacho, hablaba por el móvil golpeando la mesa.

—¡Las ventas no van como esperábamos! ¿Qué cojones está pasando? ¡Quiero una reunión de urgencia con el equipo! ¡Ya! —Al otro lado de la puerta, solo se oían gritos—. Convoca a todos esos inútiles para esta tarde. Y ponte las pilas, porque, si esto no se arregla, la primera cabeza que rodará será la tuya.

Su secretaria, hacía unos garabatos en unas hojas, disimulando que estaba con algún asunto, pero en realidad quería prestar atención a lo que sucedía, no fuera que la siguiente bronca le cayera a ella.

Jaime arrojó el móvil sobre la mesa y se llevó las manos a las sienes. Ese maldito dolor no le dejaba ni de noche ni de día. Cerró los ojos.

—Se está pasando —masculló—. Ha sido una rabieta. Una simple rabieta de niña consentida y tarde o temprano volverá.

Pero los latigazos dentro de su cabeza no paraban.

Se levantó dando un empujón a la silla, que se desplazó varios centímetros.

—No volveré hasta la tarde. Tengo que hacer varias gestiones —le dijo a su secretaria, cruzando delante de su mesa, camino al ascensor.

La mujer suspiró aliviada. Al menos, la mañana estaría tranquila.

***

El coche descendió hasta la planta baja del garaje y Jaime lo aparcó en una plaza privada.

El edificio estaba en uno de los ejes empresariales de Barcelona. Aquí no alquilaba cualquiera, se mezclaban oficinas de alto nivel, con bancos, despachos y tiendas de lujo a pie de calle.

Llamó al ascensor y subió hasta la quinta planta, sede de una prestigiosa firma de coches de lujo.

Esperó con paciencia en el vestíbulo a que su amigo, un alto directivo, lo recibiese. Mientras, la administrativa le ofreció agua, que él rechazó.

—Jaime, ¿cómo estás?

Ramón, apareció con una sonrisa, extendiéndole la mano para saludarle. Jaime la estrechó.

—Loco, estoy loco con tanto trabajo.

Él tenía el privilegio de poder tratarle sin formalismo, sin tener que dirigirse a él como don Ramón.

—Pues ten cuidado, que estas cosas pasan factura, y tú eres todavía demasiado joven —dijo el hombre palmeándole la espalda.

Entraron en el despacho.

—Dime, ¿en qué puedo ayudarte? —le preguntó mientras tomaba asiento en su silla de gran jefe.

—Me han robado el coche —dijo Jaime tras una breve pausa.

Ramón se reclinó en su silla de respaldo alto, cruzando las manos sobre el pecho, escuchando con atención.

—Ya me lo habían comentado.

—La policía no consigue recuperarlo.

—¿Y el GPS? Sabes que nuestros coches van equipados con un sistema de rastreo y envían la ubicación en tiempo real. Muy útil en caso de robo.

Jaime apretó los dientes. Sabía lo que Ramón quería decir, pero le empezaba a irritar que le preguntara por cosas tan obvias. ¡Como si no fuera lo primero que hizo!

—Sí, el maldito GPS. No me preguntes por qué, pero no está emitiendo señal.

Ramón se incorporó pensativo.

—¡Joder! ¡Qué raro!

—He denunciado el robo. La policía está haciendo todo lo posible, pero lo ven difícil. Hay bandas organizadas que se dedican a esto; creen que ya estará fuera España.

La mentira iba cobrando forma, inventándola sobre la marcha, con tantos detalles que parecía cierta.

—¿Y dónde está?

—En Marruecos quizás. Es el centro neurálgico de los coches robados en Europa. —Él continuaba perfeccionando su relato con base en las noticas que veía en el telediario—. Los desmontan y luego las piezas de más valor se las llevan en camiones hasta Marruecos para venderlas allí.

—¡Madre mía! ¡Es increíble cómo se mueven las bandas criminales! —Ramón no podía creer la mala suerte de su amigo.

Jaime lo miró fijamente, inclinándose sobre la mesa del despacho.

—Ramón, tienes que encontrarlo. Eres mi única esperanza. Necesito que alguno de tus ingenieros vea esto. Es posible que puedan rastrear la señal de algún modo, usando una aplicación que esté en desarrollo, o una versión beta del *software*.

Él asintió mostrando tensión en el rostro.

—Desde luego haré todo lo que esté en mi mano para ayudarte.

Jaime suspiró aliviado.

—Gracias, Ramón. Confío en ti y en tu equipo.

—No es el momento de dar gracias. Ahora debemos solucionar esto y espero darte pronto buenas noticias.

Se despidieron con un apretón de manos.

Jaime salió del despacho con el ceño fruncido, dándole vueltas a la conversación con Ramón.

En el ascensor, se presionó los párpados en un intento de aliviar la tensión. Cuando los abrió, vio su reflejo cansado y ojeroso en las paredes metálicas.

Sin darse cuenta, empezó a girar la alianza que llevaba en su dedo.

—Estoy un poco más cerca, Sara —susurró.

Capítulo 12

SIN SEÑAL

Sara caminó alrededor del coche hasta la puerta del pasajero y la abrió. Se agachó disimuladamente buscando con la vista el aparato.

Ahí seguía. Suspiró aliviada al verlo.

Paco continuaba explicando a David todas las reparaciones necesarias en el Mercedes, como si él fuera el dueño, y David asentía tocándose la barbilla con la mano.

—He tenido que quitar la batería —dijo Paco volviéndose hacia Sara.

—Oh, no hay problema —respondió ella asomando la cabeza del coche.

«Mejor. Sin batería, tampoco hay señal GPS», pensó para sí misma.

Al ver el hueco bajo la consola, el recuerdo de aquel día con Dimitri en la trastienda del compra-venta de oro volvió con un impacto seco.

El almacén estaba cuidado y limpio; lejos de lo que uno podía imaginar, no era un lugar lúgubre y aterrador. Detrás de una

estantería, se adivinaba una caja fuerte empotrada en la pared. Sara observaba a su alrededor, pero sin dejar de prestar atención al hombre que la miraba de arriba abajo.

—Me han dicho que tú puedes conseguirme ese aparato. ¿Cómo lo llamáis? ¿*Jammer*?

—Es caro —soltó sin rodeos, ignorando la pregunta. Su voz sonaba tosca, con un marcado acento extranjero—. ¿No serás de algún programa de investigación o algo así? Porque poli no pareces.

El tipo torció el gesto, desconfiando; le costaba creer que una mujer de aspecto tan refinado estuviera negociando en aquel barrio.

—Ni tú pareces tan bueno en esto como me dijeron —replicó ella en un esfuerzo por mantener la voz firme.

—¡Mira, guapa! Conseguir el *jammer* es la parte fácil. ¡Lo jodido es colocarlo sin que salte la alarma! —exclamó visiblemente ofendido.

Sara respiró hondo, dispuesta a zanjar el tira y afloja.

—Bueno, dejémonos de tonterías y hablemos de negocios, que para eso he venido —dijo obligándose a mantener la compostura.

El hombre le daba miedo: era tan grande y fuerte que con un pequeño empujón podría mandarla al otro extremo de la estancia. Sara tragó saliva, consciente del riesgo.

—¿Sabes que está prohibido? Nadie debe saber que lo llevas —insistió Dimitri—. Te va a costar caro.

Ella asintió con la cabeza; le sudaban las manos, pero no quería mostrar el más mínimo gesto de debilidad.

—He traído esto como pago.

Sacó del bolso una pulsera de oro blanco, rígida y con un curioso sistema de cierre con tornillo.

—Solo acepto dinero en efectivo.

—Es alta joyería —habló casi suplicando.

El tipo cogió la pulsera entre los dedos, la examinó acercándola a la luz y la pesó con la mano. Seguía dudando.

—Conozco la marca —gruñó entre dientes—. Tengo algún conocido que la tiene bien fichada. —Y rio.

—Es el modelo Love, tiene el logotipo grabado en el interior y está incluida la pieza para poder ponerla y quitarla.

Sara parecía una vendedora tratando de convencer a un cliente de que comprara la joya.

—¡No puedo pagarte de otra forma! —exclamó finalmente con desesperación—. Si no lo aceptas tendré que buscarme a otro.

Sara tragó saliva por la ansiedad, a eso se le llamaba «tirarse un órdago».

Él levantó la mirada despacio.

—¿Cuándo quieres que lo ponga?

—Ya mismo.

Dimitri consultó su reloj como si tuviese prisa o calculando cuánto tiempo le llevaría el trabajo antes de su siguiente cita.

—¿Dónde está el coche?

—Tus amigos del compra-venta me han dejado meterlo en su garaje, justo detrás.

—Vamos.

Dimitri salió con decisión por la puerta trasera del local. Sara supuso que ya había hecho negocios turbios en ese mismo garaje. Quizás demasiados.

Se trataba de un espacio pequeño, sin ventanas, con una puerta basculante que quedaba paralela al techo cuando se abría.

Sara se preguntó dónde estaría el objeto por el que acababa de intercambiar la maldita pulsera que Jaime le había regalado con «amor». ¡Qué ironía!

—Abre el coche.

Sara obedeció. Dimitri sacó del bolsillo una caja de cartón. De ella extrajo una antena y un pequeño aparato de color negro, con forma de cilindro. Se lo tendió a Sara, que lo sostuvo temblorosa entre las manos.

—No sabía cómo eran estos cacharros —dijo dándole vueltas ente los dedos.

Mientras ella lo examinaba, Dimitri ya había abierto un pequeño estuche y empezaba a desplegar las herramientas con movimientos precisos.

—Frecuencia ajustable, treinta metros de rango. Apaga GPS, GLONASS, Galileo y hasta el wifi si quieres. Batería autónoma, sin rastro digital. Una vez encendido, ni Dios sabe dónde estás.

Enumeró todas las bondades que ofrecía el aparatito sin levantar la vista, concentrado en ordenar cada componente antes de instalarlo.

—¿Cómo funciona? —peguntó Sara devolviéndoselo.

—Imagina un altavoz a todo volumen y yo gritando al lado, pero por muy fuerte que lo haga no me oirías. Eso hace el *jammer*: mucho ruido ante una frecuencia. Bloquea las señales de cualquier dispositivo que emita una señal.

Dimitri acarició el cilindro negro como si fuera una pieza única, girándolo entre los dedos, embelesado.

—Este es el mejor. —Se mostraba orgulloso de su trabajo—. Se usa para robar camiones con mercancía valiosa. Los asaltan en medio de la carretera y se quedan «a ciegas», sin poder emitir una señal de socorro ni poder llamar a la policía. —Levantó los ojos y clavó la mirada en Sara—. Pero tú no lo quieres para eso, ¿verdad? —le preguntó con rostro serio.

—No, no —titubeó.

—¡Te estoy tomando el pelo! —Y soltó una carcajada—. No hago

preguntas ni quiero saber para qué lo vas a utilizar.

Dimitri se coló dentro del coche y buscó la toma del mechero. Lo encontró justo bajo la consola central.

Sabía que tenía que colocarlo rápidamente y sin errores. Insertó un extremo del *jammer* al adaptador de 12V, en el otro extremó conectó la antena y, al hacerlo, sonó un clic.

Sara contuvo la respiración.

—Listo —murmuró pasado un rato—. Sin luces parpadeando ni señales que llamen la atención.

Ella respiró aliviada cuando terminó el trabajo.

—¿Cómo sé que está activado?

—Dame tu teléfono.

Sara se lo entregó; él abrió la *app* de geolocalización del vehículo y en la pantalla apareció: «Sin señal GPS».

—¿Ves? Ahora llevas un escudo invisible alrededor del coche.

—¿Me aseguras que no ha enviado una señal de alarma? ¿Ni a los servidores centrales?

—¿Acaso dudas de mi trabajo? —La intensidad de su mirada la dejó paralizada—. Te he dicho que soy el mejor. No pagas por el aparato, sino por la habilidad del instalador.

Dimitri sacó el pecho hacia fuera, con confianza y seguro de sí mismo, pavoneándose de lo bueno que era.

—Hay mucho chapuza por ahí; te engañan y luego cuando conectas el inhibidor y... ¡Nino, nino, nino! ¡La pasma! ¡Cazado! —Dimitri hizo aspavientos con las manos en señal de que era lo peor que podía pasarte.

Ella no dejaba de mirarle, casi casi con admiración. Si era cierto que el dispositivo funcionaba, le debía la vida.

—Bien, en ese caso, buen trabajo. Un placer hacer negocios contigo —dijo estrechándole la mano.

No quedaba más remedio que confiar en él.

—¡Sara!

La voz de David la trajo de nuevo a la realidad. Estaba tan absorta en ese recuerdo que había permanecido ajena a todo lo ocurrido a su alrededor.

—Paco dice que pedirá las piezas de recambio, pero, como no es un concesionario oficial, le llevará tiempo conseguirlas.

Él asentía con la cabeza mientras se limpiaba las manos con un trapo viejo.

—Si lo prefieres, puedo llevarlo a un taller más grande en Huesca —ofreció Paco—. Puede que tarden menos.

—No, da lo mismo. Has hecho un gran esfuerzo y no me importa esperar un poco más —respondió Sara—. Mil gracias, de verdad.

David hizo lo posible por aparentar calma, pero sintió un vuelco de entusiasmo al oír esas palabras. Podría disfrutar de su compañía un tiempo más.

De camino a la camioneta, improvisó unos pasos de baile, feliz de que ella no se fuera.

Sara lo miró boquiabierta.

—¿Por qué estás tan contento?

—No te vas a librar —respondió con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Librarme de qué?

—Del partido del domingo —Sara no entendía nada, pero él siguió hablando—, entre «mozos y casados». Es un partido de fútbol donde compiten el equipo de las personas sin pareja contra las que tienen pareja. Y tú vas a jugar.

David estaba emocionadísimo.

—Ni de coña. ¡Ni siquiera sé jugar al fútbol!

—No importa. Ya conoces el dicho: «Lo importante es

participar».

—Te digo que no. ¡Paso de hacer el ridículo! Ya me imagino a la gente cuchicheando. —Pero se cortó a mitad de la frase—. No, espera, mejor dicho, gritándome para que me largue del campo, de lo mal que juego.

David estalló en carcajadas al tiempo que giraba la llave del contacto.

—Te lo vas a pasar genial.

Sara sonrió con resignación. No había nada más que decir: la suerte estaba echada.

Capítulo 13

QUÉDATE

Domingo por la mañana. Tal y como estaba previsto, Sara se encontraba en el campo de fútbol.

David había quedado con sus amigos en un aparcamiento de tierra junto al campo y poco a poco fueron llegando; primero Fermín, después Silván y Jara. Se saludaron entre bromas.

—¡Os vamos a machacar! —se decían entre risas.

Al cabo de un rato apareció otra pareja que Sara había conocido unos días antes: Borja y Daniela, también muy agradables. Los chicos chocaron los puños y las chicas se dieron dos besos.

—¿Habéis traído la nevera? —preguntó Fermín.

—¡La nevera y el termo de café! —respondió Daniela, y todos rieron al unísono.

Hacía un frío intenso. Sara daba pequeños saltos sobre sus pies, echándose el aliento en las manos para entrar en calor. Llevaba un gorro de lana que Jara le había prestado.

—¡Qué frío! —murmuró.

—Toma, ponte esto; te vendrá bien —le dijo una chica ofreciéndole un par de guantes.

—Gracias —contestó Sara.

La chica jugaba en su mismo equipo, el de los mozos y mozas, junto con Fermín y otros del pueblo.

En el equipo contrario, el de los casados, estaban Silván, Jara, Borja y Daniela.

El campo, con más tierra que hierba, estaba rodeado de árboles y no tenía gradas ni asientos. Los más previsores habían traído sillas plegables, los afortunados estaban sentados sobre bancos de piedra y, los demás, en el suelo.

Pero en el ambiente se respiraba fútbol de verdad. No había focos, ni megafonía, ni repeticiones en pantalla. Solo ganas de jugar y disfrutar del domingo.

Poco a poco, el lugar se llenó de gente hablando, riendo, buscando su sitio o calentando antes de comenzar el partido.

—David, me tienes anonadada.

—¿Por qué?

—Me hiciste creer que era un partido entre amigos y resulta que ¡medio pueblo está aquí! ¡Como si se jugara una final del Mundial! —exclamó nerviosa—. ¡Me las vas a pagar!

Temía no estar a la altura, pero David, como siempre, se lo tomó a risa.

—Tú solo céntrate en disfrutar.

—Al menos, espero que sea un partido amistoso —dijo Sara alzando la voz detrás de él, que había empezado a estirar los músculos.

—Por supuesto, amistoso... hasta que comience —bromeó.

El árbitro, que era el panadero, tocó el silbato para reunir a los equipos.

—Esto empieza ya —gritó alguien desde un rincón.

Tras un largo pitido, el balón salió disparado hacia arriba; de

inmediato alguien lo pateó con fuerza, lanzándolo a la otra punta del campo. Los jugadores corrieron tras él.

El juego había comenzado.

Sara corría como pollo sin cabeza detrás del balón. Cada vez que lograba acercarse, alguien gritaba:

—¡Pásamelo, pásamelo!

Y ella estiraba la pierna, con toda la potencia de la que era capaz, para lanzarlo.

Poco antes del descanso, un chaval del equipo de los mozos metió gol:

—¡¡Goool!!!

Todos corrieron a abrazarse. David rodeó a Sara por la cintura y la levantó del suelo; ella, entre la sorpresa y la emoción, no podía parar de reír.

—¡Ya os avisamos de que no íbamos a tener piedad! —bromearon.

—¡No cantéis victoria tan pronto! —replicó Silván.

A mitad del segundo tiempo, uno de los suplentes saltó al campo con un móvil en la mano.

—¡Daavid! —gritó mientras corría con el brazo extendido.

Desde el otro extremo del campo, David lo vio venir y se acercó hasta él.

—Lleva sonando un buen rato. Creo que es urgente —dijo el chico, jadeando, cuando estuvo frente a él.

David se secó el sudor con la camiseta y cogió el móvil. Vio diez llamadas perdidas.

—Vaya, esto no pinta bien —dijo con preocupación mientras devolvía la llamada.

Sara, desde la banda lateral, se percató de que algo pasaba y

fue tras él.

—¿Qué ocurre?

—Me acaban de llamar del centro hípico. Tienen una yegua de parto y parece que hay complicaciones.

Sara no lo dudó.

—Voy contigo.

—Quédate con los chicos, volveré en cuanto termine.

—No. Quiero acompañarte.

Sara insistió, esta vez con más firmeza. Una parte de ella sabía que debía mantenerse al margen, pero otra, más fuerte, no podía permitir dejarlo solo en algo tan delicado; por la conversación, estaba claro que se trataba de algo serio. Y, aunque el episodio del fútbol había sido divertido, ahora quería estar a su lado.

David la miró en silencio durante un segundo valorando la idea.

—Está bien. Vamos.

Salieron deprisa del campo, dejando atrás las risas y el bullicio, y cruzaron con paso rápido el aparcamiento hasta llegar al coche. Sara se detuvo de pronto.

—¡Tenemos que ir a la clínica a por tu maletín! —exclamó. Él se volvió para mirarla sin dejar de andar.

—Siempre llevo el maletín en la camioneta —respondió abriendo la puerta mientras ella se subía sin decir nada más.

Apenas cruzaron la entrada de la finca, dos perros enormes salieron a recibirlos, ladrando detrás del coche, como si anunciaran su llegada.

El acceso estaba presidido por un portón de hierro forjado, que en esos momentos estaba abierto de par en par, sujeto por dos pilares de piedra. En uno de ellos, había una placa con el nombre del centro hípico grabado.

Sara se acordó de las rutas a caballo del complejo rural y pensó que esa era la empresa que las organizaba.

Avanzaron por el camino de tierra compactada hasta llegar a las cuadras. David conducía con seguridad, sabiendo adónde tenía que ir.

Al bajar del coche, un hombre de edad avanzada y barba canosa los esperaba. Vestía una camisa a cuadros y unas botas de piel marrón que le llegaban hasta las rodillas. Se frotaba las manos visiblemente nervioso.

—Menos mal que has venido, David —dijo con alivio.

—En cuanto he visto la llamada, he salido volando. Siento haber tardado, hoy era el partido y...

—No pasa nada —le interrumpió—. Ya sabes que estas cosas no entienden de festivos ni días libres.

—Así es —asintió David.

El hombre los condujo hasta una zona del establo más tranquila y retirada del jaleo, donde las cuadras eran más grandes y espaciosas; eran las parideras.

Sara caminaba junto a ellos en silencio. El hombre la miró con una media sonrisa.

—Hoy te has traído ayudante —le dijo a David.

—Sí, mejor cuatro manos que dos —respondió mirándola con ternura.

—Por cierto, soy Germán —añadió el hombre tendiendo la mano a Sara—. Soy el dueño de la hípica.

—Encantada —respondió ella intentando seguirles el paso.

Al fondo se oían los relinchos de angustia de la yegua y los tres apretaron el paso.

—¿Cuánto lleva así? —preguntó David.

—Una hora más o menos, y el parto no avanza.

La yegua se movía inquieta dentro del box. Golpeaba con las patas traseras las paredes de la cuadra, se tumbaba y se levantaba constantemente. Había una cama de paja limpia esparcida por todo el suelo y olía a desinfectante.

—Tranquila, bonita —dijo David en voz baja pasando la mano por su crin.

Dejó el maletín en el suelo y sacó el estetoscopio y un par de paquetes de plástico.

—Toma, ábrelos y ponte uno —le pidió a Sara.

Ella extendió la mano, pero al ir a cogerlos se le resbalaron de los dedos. Con el pulso temblando lo desenrolló y se puso un guante largo que le cubría el brazo hasta llegar al hombro.

David auscultó a la yegua, moviendo el aparato por el tórax, escuchando atentamente los latidos cardíacos.

—¿Oyes también el corazón del potro? —preguntó Sara mordiéndose el labio.

Él asintió y ella respiró aliviada.

Luego se desinfectó las manos y se colocó el guante.

—Sara, ven. Te necesito aquí. Tienes que ponerte a un lado, nunca detrás. Podría darnos una coz —le explicó sin dudar, demostrando que había hecho eso mismo muchas veces.

Ella obedeció, tropezando con un rastrillo que había apoyado en la pared. Se oía la respiración agitada de la yegua que no paraba de moverse. David le administró un relajante uterino y el animal comenzó a calmarse.

—Voy a palpar el canal del parto. Necesito saber cuál es el problema.

Con precisión, introdujo la mano y exploró el interior.

—El potro viene grande. —Lo había sentido de inmediato—. Va a necesitar ayuda para nacer. Voy al coche a por el extractor.

Un aire tenso envolvía la cuadra. Germán se frotaba la nuca de forma compulsiva, mientras que Sara movía los pies sin parar, como si no encontrara dónde apoyarlos. A su lado los relinchos nerviosos del animal levantaban el polvo de la paja.

No pasaron ni dos minutos antes de que David regresara. Entró de nuevo en el box con un instrumento metálico en la mano que brillaba al reflejar la luz. Con una determinación urgente colocó las cinchas alrededor de las patas delanteras, que ya asomaban, y se preparó para comenzar a tirar. La yegua resoplaba tendida en el lecho de paja.

—Hay que aprovechar las contracciones para sacarlo —dijo David agarrando con fuerza el extractor, al tiempo que tiraba con cuidado.

Poco a poco las patas del potro fueron saliendo mientras él apretaba la mandíbula y una gota de sudor le corría por la sien.

—¡Vamos, ya casi está!

Sara se había arrodillado junto a la madre, acariciándola. Germán observaba desde un rincón, en silencio, con las manos entrelazadas como si estuviera rezando.

—Ánimo, bonita. Ya falta poco para que salga tu bebé —dijo Sara en un susurro.

La yegua dio un último empujón y David aprovechó para tirar con ambas manos. Por fin, la cabeza del potro asomó recubierta en una fina membrana y cayó en el lecho de paja, todavía inmóvil.

David retiró con rapidez el tejido que le cubría la nariz y, segundos después, la cría respiró por primera vez. La yegua se giró y comenzó a lamerlo.

David, sudoroso, se pasó la mano por la frente y vio que Sara tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡Lo has conseguido! —exclamó.

—Lo hemos conseguido —corrigió él—. Ha sido un trabajo en

equipo.

Sara resopló, soltando todo el aire que había estado conteniendo sin darse cuenta.

—No he sido de gran ayuda —dijo—. Más bien creo que he sido un estorbo cuando no sabía dónde ponerme.

David sonrió pellizcándole la mejilla.

—No digas eso. Me has ayudado más de lo que imaginas.

Germán, aún con el susto en el cuerpo y un ligero temblor en las piernas, le palmeó varias veces la espalda.

—Hijo, somos afortunados de tenerte cerca. Te felicito por tu trabajo.

David miró al suelo, casi avergonzado por el halago. El hombre, con una mano en el pecho, pasó junto a Sara.

—Un día de estos me va a dar un infarto —dijo entre dientes, al tiempo que salía de la cuadra—. Ahora, necesito un trago.

Ellos se contemplaron aliviados, sin decirse nada; la tensión del momento empezaba a desvanecerse.

—Otro final feliz —dijo David, rompiendo el silencio.

Sara se quedó mirándolo. Lo vio con la camisa arremangada, el pelo revuelto, sudoroso, y sintió un vuelco en el pecho. Durante todo el parto se había esforzado en ayudarle y en no entorpecer su trabajo y, ahora que todo había pasado, la emoción la invadía. No sabía qué le atraía más de él: si la ternura con la que trataba a los animales, cómo había controlado la situación o su manera de sonreír.

Intentó apartar esa sensación porque no podría soportar otro fracaso. Quería mantener la distancia, pero cada vez le resultaba más difícil. No debería sentir algo tan fuerte.

De repente y sin pensarlo, Sara se abalanzó sobre David y lo abrazó con tanto ímpetu que le hizo dar un paso hacia atrás. Él, sorprendido, tardó un instante en reaccionar, pero de inmediato la

rodeó con sus brazos, sujetándola un poco más fuerte para sentirla más cerca.

Sara, apoyada en su pecho, notaba su respiración, su corazón acelerado. Le asaltó el impulso de separarse, pero no podía, necesitaba ese refugio. Solo un segundo más. Solo uno.

—Quédate —le susurró al oído, en voz baja, casi imperceptible.

Ella se separó apenas unos centímetros.

—¿Qué?

—Quédate —repitió mirándola a los ojos.

Sara sintió cómo el calor le subía hasta la cara y le ardían las mejillas. Había captado el mensaje, pero el miedo la frenó. No quería volver a caerse y sabía que caminaba por tierras movedizas.

—Bueno, técnicamente estoy aquí —bromeó nerviosa.

—Me refiero a que no te vayas nunca.

Las palabras se quedaron en el aire.

—David...

Él todavía la tenía sujeta y entonces empezó a hablar, como si todo lo que había estado callando ya no pudiese guardarlo por más tiempo.

—Tú estás aquí por alguna razón. ¿No te das cuenta? Incluso nos encontramos aquella noche cuando nadie debía estar en la calle.

David hablaba sin parar, sin poder controlarse. Las palabras le salían a borbotones, desordenadas, como si tuviera una gran acumulación interna.

Sara no supo qué responder, porque en el fondo sabía que tenía razón.

—Una casualidad.

—Las casualidades no existen —replicó—. Todo ocurre por algo.

Ella quería dar media vuelta, salir corriendo sin mirar atrás. Su plan, el que creía tener bajo control, se desmoronaba. ¿Y si de

verdad estaba destinada a quedarse en Ermella?

—Bueno, aunque quisiera irme, ya sabes que no tengo coche —intentó reducir la tensión.

—Sara, por favor, no sigas por ese camino —David la interrumpió —. Sabes a lo que me refiero.

—Es que no es tan sencillo.

Ahora ella ya no estaba entre sus brazos, pero él sujetaba una de sus manos implorando que se quedara.

—Solo dime que lo vas a pensar —él continuó hablando, esta vez con la voz un poco temblorosa—. No tomes decisiones precipitadas.

Sara había vuelto a mentir: le había contado que se había tomado un año sabático para aclarar la mente y cambiar de aires. Él se lo creyó y eso le animaba a seguir insistiendo.

—Podrías buscar trabajo por la zona. Si no te gusta siempre puedes irte.

Tras un largo silencio ella movió la cabeza despacio. Sabía que aceptar suponía un giro de 180 grados, pero también deseaba, con todas sus fuerzas, quedarse.

—Deja que lo piense. Quiero organizar mis ideas.

David asintió aliviado. Era una pequeña tregua en medio de una batalla.

—Con eso me basta.

Entonces respiró hondo, tragó saliva y la miró fijamente. El corazón le latía rápido, sabiendo que estaba a punto de saltar al vacío. Quería confesarlo todo de golpe, pero se contuvo, solo dijo lo importante.

—Cuando estoy contigo todo es más sencillo —admitió sin rodeos—. No me había sentido así con nadie.

Sara lo miró sorprendida por la forma en que se lo había soltado, así, tan directa, sin adornos.

—David...

—No digas nada, por favor —la interrumpió—. Tenía que sacármelo, ya lo he dicho. Ahora ya lo sabes, prefiero que lo sepas a seguir fingiendo que no pasa nada.

David se había puesto colorado. Sara lo miró con ternura. Le puso una mano en la mejilla y él atrapó sus dedos con la suya. No hubo palabras; con ese pequeño contacto se dijeron todo.

Detrás de ellos, la yegua relinchó.

Ambos se giraron para ver al potro, que se había puesto en pie y ya estaba ya mamando.

Se miraron y esbozaron una sonrisa.

Capítulo 14

SIN TI

El antro en el que estaba metido Jaime olía a sudor seco, mezclado con restos de alcohol derramado por el suelo y pisoteado. Apenas tenía iluminación: unas cuantas luces tenues que pretendían crear un ambiente relajante. La música, un poco alta, casi rozaba lo molesto y obligaba a que la gente levantara la voz para oírse.

Jaime no recordaba la última vez que había bebido simplemente por placer, y no para intentar olvidar.

Sentado en un taburete alto, contemplaba las botellas alineadas detrás del mostrador. No es que el sitio estuviera mal, pero no tenía el nivel de los locales que acostumbraba a frecuentar. Detrás de la barra, una pantalla retransmitía, sin sonido, un partido de fútbol que debía de ser de segunda categoría, ya que nadie prestaba atención.

A esas horas ya no quedaban muchos clientes. Los solitarios, como él, sujetaban su vaso medio vacío, con la espalda encorvada y los brazos apoyados en el mostrador, mirando a la nada.

Había sido un día de mierda. No. De mierda no: de pu-ta mier-da.

Por la mañana le había llamado su padre.

—Jaime, hijo. ¿Qué tal todo? Tu madre y yo hemos pensado que, como es domingo, podríamos comer los cuatro en el restaurante de la rambla. Tenemos que hacer reserva, ya sabes que siempre está lleno.

—No puede ser, papá. Ya te dije que Sara está en Madrid, cuidando a su madre.

—¿Cómo es posible que no haya vuelto todavía? ¿Tan grave es? ¿Cuánto lleva ya?, ¿un mes?

—No, pero casi —masculló entre dientes. Llevaba perfectamente la cuenta: veinticinco días, doce horas.

—No entiendo por qué no se hace cargo el servicio. Deberías haber contratado una enfermera que se ocupe de tu suegra. —Su padre tenía ese tono que siempre sonada a orden.

—Sara ha insistido en cuidarla ella misma.

—¿Cómo que ha insistido? ¡Una mujer no puede dejar tanto tiempo solo a su marido! —el tono se elevó, seco, autoritario.

—¡Papá! ¡Qué lo dejes ya! —alzó la voz.

—¡No grites a tu padre!

—Tengo que colgar, papá, me pillas en mal momento. —Jaime se apresuró a cortar la llamada antes de que terminaran discutiendo—. Os llamaré pronto, dale un beso a mamá.

Colgó resentido, sin darle opción a que siguiera hablando. Una parte de sí lo odiaba.

Él era el reflejo de su padre.

Casi sin querer, se había convertido en una versión de él, pero no de la noche a la mañana, sino poco a poco copiando sus gestos, su forma de hablar, su rigidez. Recordó a su madre obedeciendo en silencio.

Le culpaba de su propia frialdad, de ser tan calculador, y con ese punto de codicia.

Lo había juzgado durante años.

—¿Puedes ponerme otro ron? —pidió al camarero.

—Enseguida —respondió el chico de la barra, que tendría unos veintitantos y que en ese momento servía un par de copas a una pareja que acababa de sentarse.

Jaime jugaba con el vaso entre los dedos, escuchando el tintineo de los hielos al agitarlos. El chico se acercó a servirle la copa.

—Amigo, ¿qué harías si tu novia te dijera que está harta y que ya no quiere seguir contigo?

El camarero arqueó las cejas y encogió ligeramente los hombros.

—Aceptaría y haría un intento de quedar como amigos.

—¿Sin más? —le dijo buscando una reacción.

—Evidente, bro.

—¿Pero no intentarías que se quedara? ¿No harías nada por retenerla? —preguntó dando un trago.

—No. —El muchacho decidió no invertir más tiempo con otro de los borrachos que frecuentaban el local todas las noches.

Jaime hizo un vago ademán de indiferencia y apuró el vaso. A pesar de que debían tener casi la misma edad, no compartían las mismas ideas.

Los fines de semana le resultaban devastadores porque tenía más tiempo para darle vueltas a la cabeza e inventar historias acerca de dónde o con quién andaba su mujer, y eso le enervaba. Pensar que estaba haciendo lo que le daba la gana le hacía hervir la sangre y no podía evitar recrearse en la violencia.

Su mente regresó de nuevo al momento en que había hablado con su padre.

Le había dolido colgar de esa manera, pero no tenía fuerzas para abrir un nuevo frente de batalla, estaba demasiado hecho polvo.

Había llamado en el momento más inoportuno, cuando estaba en casa, con un zumbido constante que le taladraba el cráneo.

Otra vez ese maldito dolor de cabeza. Necesitaba las aspirinas.

—¿Dónde estarán? —masculló sujetándose las sienes—. En el baño seguro que no, dicen que los medicamentos hay que alejarnos de los sitios húmedos.

Fue hasta la cocina porque recordaba haber visto allí un pequeño botiquín, en la zona de la despensa.

—¡Aja! Gracias, señor. —Y elevó los ojos hacia arriba al encontrarlo.

Rebuscó en uno de los dos cajones destinados a las medicinas. De forma desordenada fue sacando varios envases, solo tenía que encontrar el que pusiera «aspirinas». Lejos de ser un botiquín convencional, con pastillas caducadas o jarabes pegajosos, estaba todo perfectamente colocado: nada de envases arrugados ni prospectos sueltos. Estaba como él exigía: todo en orden.

Entonces tropezó con una caja pequeña que habría pasado desapercibida de no ser por el nombre impreso: «Progestelle».

—No habrá sido capaz —Empezó a sudar al comprender que sí había sido capaz.

Rasgó la tapa de la caja sin cuidado y buscó en el prospecto:

Qué es Progestelle y para qué se utiliza.

Progestelle se utiliza para evitar el embarazo. Contiene una pequeña cantidad de un tipo...

No tuvo que leer más. Dejó caer la caja, sin poder articular palabra, hasta que soltó un grito que retumbó en toda la cocina. ¿Cómo había sido tan estúpido?

La muy zorra lo había engañado todo este tiempo haciéndole creer que le costaba quedarse embarazada. Pero acababa de descubrir que no era cierto.

Hacía unos meses se lo había dicho:

—No quiero esperar más. Ya es hora de que los tengamos. No hay excusas.

En su entorno, tener hijos se había convertido en una especie de símbolo de madurez que permitía escalar a otros puestos de mayor responsabilidad. Las parejas con hijos estaban mejor valoradas.

Y, sin darse cuenta, empezó a pensar en ellos, no con un deseo auténtico, sino como una estrategia laboral, una forma rápida de escalar. Pero Sara le pidió esperar un poco, no se sentía preparada para ser madre, lo que suponía un obstáculo para sus planes de futuro.

Para él no era una opción. La decisión estaba tomada y ella debía acatarla. Y, aunque sabía que no estaba lista, quería cumplir con esas expectativas.

Estrujó con ira el paquete entre las manos hasta que se rompió y todas las pastillas rodaron por el suelo. Preso de la furia las pisoteó y de un manotazo todas volaron por los aires.

—¿Qué será lo siguiente? —chilló con fuerza.

Dio un golpe a la pared y los nudillos se le tornaron rojos. No sintió dolor, solo la ira quemándole por dentro.

De repente, el sonido de los hielos al caer en un vaso lo sacó del trance.

—¿Eh? ¿Qué? —murmuró Jaime, desorientado, como cuando suena el despertador a las seis de la mañana y estás profundamente dormido.

Miró al camarero, que estaba sirviendo la bebida, y reanudó su

interrogatorio:

—¿Y si ella jugara sucio?

—¿Cómo? —El chico frunció el ceño.

Jaime apretó el vaso con fuerza.

—Me refiero a que quieras algo y ella haga lo imposible para que no lo tengas.

El chico no entendía nada, pero tenía que ser amable con los clientes si no quería perder el trabajo. Hizo una mueca, como si estuviera pensando. Desde la otra punta del mostrador alguien lo llamó:

—Perdona, ¿puedes darme un whisky?

El camarero suspiró aliviado.

La puerta del bar se abrió de nuevo. Esta vez entraron dos hombres apoyándose el uno en el otro. Caminaban dando pasos cortos, procurando no tambalearse demasiado para no acabar en el suelo. Llevaban una risa tonta en la boca, que se cortó en seco cuando uno de los tipos miró hacia la barra.

—¡Joder, tío! ¡Mi jefe!

El otro empezó a reír a carcajadas.

—Hay que ser pringao para acabar en el mismo garito que tu jefe.

—¡Cállate! Mañana tengo que verle el careto al muy capullo. Mejor vámonos —dijo en voz baja.

Tarde. Jaime ladeó la cabeza hacia donde estaban y alzó la mano en un gesto vago, una especie de saludo. No tuvieron más remedio que acercarse.

—Jaime.

—¡Hombre, Sánchez, qué pequeño es el mundo!

—Sí —asintió, incómodo por la situación—. Qué casualidad, ¿no?

Su expresión era la de «no esperaba encontrarme con mi jefe, y

menos en un sitio como este».

—Pues ya ves. ¿Vosotros venís mucho por aquí? —preguntó Jaime.

—No.

—Sí.

Respondieron los dos amigos al unísono, contradiciéndose.

Jaime estalló en risas.

—Anda, venga, sentaos conmigo y hacedme compañía. ¡Tú, chaval! Ponles algo de beber, yo invito; y para mí otro de esto que estoy tomando.

A Sánchez se le había pasado de golpe la borrachera. Miró a su amigo, que estaba encantado de que le pagaran las copas. Él no lo tenía tan claro.

—Por cierto, me llamó Jesús —dijo el amigo de Sánchez mientras se sentaba torpemente junto a Jaime.

—Me alegro —respondió él sin dirigirle la mirada.

Sánchez observó a Jesús, que seguía con la risilla floja, y supo con seguridad que se les había jodido la diversión.

Se puso a rezar para que no fuese «una mala noche que siempre se olvida», como canta DePol.

Capítulo 15

NO TENGAS MIEDO

David estaba al teléfono cuando Jara llegó a la consulta con Platón metido en el transportín. El gato maullaba bajito, como si supiera que le tocaba, entre otras cosas, el corte de uñas que tanto odiaba.

—Toñi, hazme hueco en una de las mesas del fondo —dijo David sentado de espaldas a la puerta. Ni siquiera oyó entrar a Jara—. Ni se te ocurra ponerme en el centro del comedor ni al lado de una familia celebrando un cumpleaños.

—¿Pero es una cita? —preguntaron al otro lado de la línea.

—Ya te he dicho que no, ¡cotilla! —respondió él. Se escucharon risas.

—¿Vendrás con esa chica nueva del pueblo?

—No te importa, Toñi —dijo lanzando un suspiro, con infinita paciencia. Sonaba a la típica conversación con alguien que te quiere demasiado: como cuando tu madre te está interrogando acerca de esa chica que le has presentado.

—Dicen que se la ve mucho por el pueblo. Que casi todas las mañanas va al obrador nada más abrir. Y que es muy guapa.

Más risitas.

—Sois todos unos chismosos. No preguntes más y guárdame la mesa para cenar mañana.

—Como usted mande, señor —se burló Toñi.

David colgó el teléfono meneando la cabeza con expresión sonriente, una mezcla entre cariño y «no puedo con esta gente».

Jara, que había escuchado toda la conversación desde una esquina, soltó un gritito tapándose la boca.

—¡No me lo puedo creer! ¿La vas a llevar a cenar? —exclamó dejando el transportín en el suelo.

—¿Desde cuándo estás ahí?

—Una cita... —murmuró Jara entrelazando las manos frente al pecho, como si rezara—. ¡Por fin!

—Y dale. ¡Qué no es una cita!

—¿Ah, no? Entonces, ¿qué es?

—Unos amigos que quedan para cenar, charlar, pasar un buen rato. Esas cosas —explicó sacando a Platón del transportín.

David colocó al gato sobre la mesa. El animal, cosa rara, estaba tranquilo.

—Claro, claro, igualito que cuando quedamos con todo el grupo —ironizó Jara.

—Además, yo no la he invitado —dijo rápido—. Ha sido ella.

—¿Ella? —Jara abrió los ojos con incredulidad.

—¿Te sorprende? —rio él—. Me ha dicho que quiere darme las gracias por toda mi ayuda.

David cogió el otoscopio para revisar los oídos de Platón. Jara, que estaba junto a la mesa sujetando al gato, cambió el tono de voz.

—David, ahora te hablo en serio. Sara me cae genial, conecto con ella y sé que podemos llegar a ser amigas, pero —lanzó un suspiro— me preocupa que te encariñes demasiado. Ella no quiere

quedarse aquí, tú también lo sabes, y no quiero que te rompa el corazón.

David siguió a lo suyo, tratando de disimular. «Ya tarde», pensó.

—Eso no va a ocurrir —respondió mientras examinaba los dientes y las encías de Platón.

—Deja al gato y mírame.

David detuvo por un momento la exploración.

—No te preocupes —respondió él.

—Te conozco desde hace demasiado tiempo. Eres más blando de lo que aparentas, aunque no quieras reconocerlo.

David elevó las cejas, como diciendo «es inútil seguir».

—Vale, mamá. Haré lo que digas —bromeó.

—No te burles de mí —le reprochó dándole un manotazo inocente.

David acabó de atender a Platón y dio por concluida la visita, pero no consiguió echar a Jara de la consulta hasta que le prometió que iría paso a paso.

—Y mándame un whatsapp.

—Que síííí —respondió, a la vez que le ponía una mano en el hombro para guiarla hacia la salida.

Cuando se marchó, David resopló: «Hostia, qué persuasiva puede llegar a ser», pensó mientras se sentaba en su silla.

***

—No es una cita —repetía Sara mientras buscaba su bolso, que había dejado por ahí tirado. Pero la verdad es que estaba tan nerviosa como si lo fuera.

Llamaron a la puerta y al abrir encontró a David sonriendo con cierto nerviosismo.

—¿Lista?

Ella asintió, se sentía contenta. No iba especialmente arreglada, sobre todo porque nunca imaginó que necesitaría ropa «especial para salir con alguien», y en su maleta, más allá de unos vaqueros, camisetas y algún jersey, solo encontró un top de tirantes y un *blazer*.

A David le pareció que estaba guapísima. Se había dejado el pelo suelto y sus ondas naturales le caían sobre los hombros; un mechón le rozó la cara cuando pasó a su lado.

—Adelante, sube —dijo él.

David pensó que la maltrecha Toyota, con un montón de trastos en la parte trasera, no era lo mejor para llevar a una chica a cenar por primera vez. «Que no es una cita», repitió mentalmente.

—Gracias —respondió Sara y se subió de un salto al asiento. Ella miró a los lados, encontró algo diferente en el interior.

—¡Has limpiado el coche! —exclamó de pronto, divertida.

—Qué va —dijo él haciendo un gesto con la mano mientras lo ponía en marcha.

—Claro que sí, embustero —rio.

En la radio sonaba *Bed of Roses*.

—Me encanta Bon Jovi —dijo Sara subiendo el volumen.

—¡A mí también! —exclamó David con grata sorpresa.

—¿Sabías que esta canción es la confesión y el posterior arrepentimiento de su infidelidad? —comentó Sara.

David, sin soltar las manos del volante, se giró hacia ella.

—Yo nunca podría hacer algo así a una persona que me importa de verdad —dijo con firmeza.

—Ni yo. No merece la pena romper con el amor de tu vida por echar un polvo. Es mandar a la mierda todo por un instante de debilidad.

Los dos se miraron a los ojos en silencio mientras la Toyota recorría las últimas curvas antes de entrar en el pueblo.

El restaurante estaba en una céntrica calle y aparcar en la puerta era bastante complicado, de modo que optaron por dejar el coche más lejos e ir dando un paseo.

Al doblar la esquina, Sara enseguida supo cuál era el restaurante. Por fuera imitaba una cabaña en los Alpes. Tenía dos plantas; las ventanas y los dinteles eran de madera y de la fachada colgaban maceteros hechos con troncos viejos en los que había unas flores de Pascua de un rojo intenso. Un letrero de madera sobre la puerta anunciaba el nombre: «LE CAQUELON».

Nada más entrar, Sara recorrió con la vista todo el interior, entusiasmada con lo que veía. Era como estar dentro de un refugio de montaña. Las paredes estaban decoradas con antiguos objetos de alpinismo, como si fueran piezas de museo: piolets oxidados, crampones a los que les faltaba algún diente, alguna cuerda roída...

—¡Qué sitio tan encantador! Mira —dijo ella señalando unas raquetas de nieve—. ¡Y fíjate en estos cuadros! Están pintados al más puro estilo de Chamonix.

—¿Has visto los esquís? —preguntó David.

Sara negó con la cabeza.

—Ven.

Le puso suavemente la mano en la espalda y la condujo hasta una de las paredes del fondo, donde colgaban unos esquís de otra época, hechos en madera. Justo encima de ellos, el nombre del local coronaba la pared.

—«LE CAQUELON» —Sara leyó en alto—. ¿Sabías que ese es el nombre del recipiente donde se cocina la *fondue*?

—No tenía ni idea —respondió David.

A Sara se lo habían explicado cuando estuvo comiendo en un famoso restaurante de *fondues* en Suiza, pero no entró en más detalles.

Un camarero los acompañó hasta la mesa que tenían reservada y les ofreció la carta. Las especialidades eran las *fondues* y las *brasseries*. Sara empezó a leer:

—«Fondue Bourguignonne con ternera y cuatro salsas —pronunció en un perfecto francés—, Fondue de lomo de buey, Brasserie de ternera, Brasserie de solomillo...». ¡Qué rico todo! Escoge tú que conoces el sitio —dijo cerrando la carta de golpe.

—De acuerdo, lo tengo claro —repuso David, al tiempo que hacía un gesto con la mano al camarero.

Enseguida llevaron a la mesa una plancha de piedra para que se fuese calentando y no tardó en llegar la comida.

Charlaban en un ambiente distendido mientras fundían el queso y lo combinaban con las patatas y los embutidos o iban cocinando la carne a la piedra.

—¿Cómo acabaste aquí? —preguntó Sara poniendo más queso a derretir.

—Es una larga historia. —Él suspiró para dar más dramatismo al relato—. No. Es broma —rio—. Es simple y aburrido. De niño pasaba todos los veranos con mis abuelos y crecí rodeado de animales. Se puede decir que tengo una conexión especial con la naturaleza, necesito estar cerca de ella, me mantiene en contacto con mis raíces. —Partió un trozo de patata y se lo llevó a la boca masticando despacio—. Vivir en una ciudad me privaba de todo eso, de modo que cambié el ruido de la ciudad por el ruido del gallo, que me despierta de madrugada. —David soltó una risa.

Ella también se rio, imaginando al gallo cantando cuando aún no había amanecido.

—¿Y viniste solo? Me refiero a si estabas con otra persona.

Sara tenía curiosidad, le costaba imaginar que un chico tan especial no tuviese pareja.

—Perdona —dijo haciendo un gesto con la mano como si quisiera borrar la pregunta—. No quiero ser entrometida, es que —estaba escogiendo las palabras— me resulta difícil imaginar que alguien como tú no comparta su vida con nadie.

David se limpió con la servilleta antes de responder.

—Rompí con mi novia, con la que llevaba desde el instituto, por culpa de esto. No quiso dejar la vida urbana. Yo creí que teníamos más cosas en común de lo que luego resultó. Y ya ves. Me equivoqué.

Su voz no reflejaba tristeza ni rencor, se notaba que había pasado página y era feliz con su vida.

—Vaya, lo siento.

—Pues, yo no. —David sonrió y se inclinó un poco hacia adelante —. ¿Y tú?

—¿Yo?

—¿A qué le tienes miedo?

David no dio ningún rodeo, fue directo a la yugular. Sara desvió la mirada hacia la ventana.

—A muchas cosas —respondió tras un breve silencio—. ¿Por qué me haces esa pregunta?

—Prácticamente no sé nada de ti y es evidente que tampoco quieres hablar de ello. —David dejó a un lado el cubierto y apoyó los codos sobre la mesa—. Después de darle vueltas, he llegado a la conclusión de que quieres romper con tu pasado, solo que no de la misma manera que lo hice yo. Tengo la sensación de que quieres, pero no puedes.

Ella bajo la mirada hasta el plato, sin responder de inmediato,

jugueteó con el tenedor dando vueltas a un trozo de carne y lo apartó a un lado antes de volver a levantar la cabeza.

—Tengo miedo a no poder ser libre —confesó finalmente, muy bajito.

David puso su mano sobre la de Sara.

—No sé qué te atormenta, pero te prometo que haré todo lo posible para espantarlo.

El camarero llegó en ese instante con la carta de postres.

—El momento más dulce —dijo Sara suspirando aliviada por la interrupción. La situación comenzaba a ser delicada.

—Os recomiendo la tarta de nuez. Es casera.

—Pues no se diga más —dijo David un poco fastidiado. Estaba seguro de que Sara había estado a punto de sincerarse.

Compartieron el postre y conversaron sobre asuntos más superficiales hasta que solo quedaron ellos.

Toñi se acercó a la mesa esbozando una sonrisa. Llevaba su chaquetilla de cocinera remangada hasta los codos, con algunas manchas visibles, fruto del barullo en la cocina.

—¿Qué tal la cena, chicos? —Y le guiñó un ojo a David, que sonrió con un gesto de complicidad.

—Estaba todo delicioso —contestó él.

David se levantó de la mesa para saludarla con un par de besos, luego mirando a Sara hizo las presentaciones.

—Sara, te presento a Toñi. Es la dueña del restaurante y la responsable de que la comida esté a otro nivel.

—Me alegro de conocerte —dijo poniéndose de pie y dejando la servilleta sobre la mesa—. Me gusta mucho cómo está decorado tu local y ¡la tarta estaba espectacular!

Toñi sonrió aún más, satisfecha por los cumplidos.

Se entretuvieron un rato hablando de cosas del restaurante:

desde los platos que más éxito tenían hasta anécdotas detrás de la cocina. Poco a poco la conversación fue llegando a su fin.

—Será mejor que nos vayamos —propuso Sara con una sonrisa amable—. Imagino que esta gente quiere cerrar ya y descansar.

Sin mucha prisa, se levantaron arrastrando las sillas hacia atrás, que resonaran por todo el comedor.

—Me alegro de que hayáis venido —dijo Toñi.

—Volveremos pronto —prometió David.

Con un último gesto de despedida, Toñi les abrió la puerta y con paso tranquilo ellos salieron hacia la calle.

Llegaron a la casa rural riéndose como locos por algo que habían recordado durante la cena, cuando Sara tropezó de repente con el bordillo de la acera, justo al salir del coche.

—¡Cuidado! —David la sujetó de un brazo antes de que se cayera.

—¡Uuups! A esto se le llama una salida triunfal.

—Y eso que no has probado ni una gota de vino.

Los dos rieron.

—Gracias por la cena... y por salvarme —le dijo ella.

—Es un pack *todo incluido.* —Él mostró una gran sonrisa y se acercó un poco más.

Esta vez Sara no se apartó.

David inclinó su rostro hasta rozarle los labios y la besó despacio, lentamente, sabiendo que estaba atravesando un campo de minas.

Sara ya no pudo contenerse. Le pasó la mano por detrás de la nuca acariciándolo, y él la atrajo contra su pecho. Sus besos se volvieron más intensos, sus manos... Lo deseaba con todas sus fuerzas, pero estaba rota por dentro. Tenía tanto miedo de volver a confiar en alguien y que le volviera a destrozar el corazón, o lo que

era peor: a privarla de la libertad que tanto anhelaba.

«¿Qué estoy haciendo?», la pregunta le atravesó como una flecha y ella se separó.

—Para, para, por favor.

David se quedó paralizado.

—¿Qué ocurre? ¿He hecho algo mal?

Se produjo un silencio muy denso en el ambiente.

—No has hecho nada, el problema soy yo. No quiero que me odies —susurró muy bajito. Se le habían llenado los ojos de lágrimas —. Tú no.

—¿Odiarte? —David no comprendía nada.

—Mi vida es muy complicada y no...

—Sara. No. —Impidió que siguiera hablando—. Soy lo suficientemente mayor para tomar mis propias decisiones. Tú eres mi elección, me da igual todo lo demás.

—No entiendes nada, David. ¡No soy buena para ti! —alzó la voz, rompiendo a llorar.

David la miraba con los ojos vidriosos, se negaba a aceptar una derrota.

—La que no entiende nada eres tú —respondió con determinación, secándole las lágrimas—. Eres lo único que me importa, con eso me basta. Te quiero a ti.

Y entonces la tomó del rostro con firmeza y la besó de nuevo, lleno de deseo contenido. Sus labios se buscaron y sus lenguas se rozaron sutilmente. Ella respondió con la misma intensidad, aferrándose a su cuello y atrayéndolo más cerca.

Se separaron despacio y se miraron como si algo entre ellos, al fin, hubiese hecho clic.

Sara giró el pestillo de la casa y entraron sin parar de besarse. Lanzó su *blazer* al suelo, David le quitó la parte superior y ella le

sacó la camiseta por encima de la cabeza.

El torso de David quedó al descubierto, firme, fuerte. Los músculos se le marcaban con naturalidad bajo la piel; nada de músculos esculpidos a golpe de gimnasio, no creía que tuviese tiempo para esas cosas, y deslizó sus manos por sus brazos, acariciándolos.

Él le besó el cuello, siguió su recorrido más abajo hasta que hundió la cara entre sus pechos. Entonces la tomó en brazos y la levantó sin ningún esfuerzo, directo a la habitación; ella apoyó la cabeza en su hombro. La dejó caer con suavidad en la cama, sin soltarla del todo, sin poder parar de desearla. Se tendió sobre ella cubriendo todo su cuerpo; podía sentir su respiración jadeante, su aliento tembloroso contra su piel. ¡Cuántas veces había soñado con ese momento!

Los dedos de Sara se entrelazaban en el pelo de David, atrayéndolo hacia ella, como si lo necesitara para respirar. David se apretó más contra su cuerpo y el sutil roce de sus pezones lo hizo gemir de placer. Deslizó su mano hasta el interior de sus muslos y el deseo de Sara aumentó hasta convertirse en ansia, necesitaba a David.

Arqueó su espalda para recibirlo, pero él siguió recorriéndola suavemente con las manos y la boca. Sus labios se buscaron otra vez y entonces, con un movimiento firme, la envolvió con su cuerpo y entró en ella con lentitud, como si el mundo se detuviera. Sara se entregó por completo a él.

Durante un instante que pareció una eternidad, se quedó quieto, mirándola; luego comenzó a moverse sobre ella con un ritmo lento, constante, sensual, que los llevó directos al placer. Las manos de Sara se aferraron a su espalda, casi arañándola, al sentir cómo todo su ser se estremecía, uno dentro del otro, respirando al unísono. Él

lo sintió y la abrazó con más fuerza, no se apartó de inmediato, se quedó apoyado sobre los codos, con la frente tocando la de ella, mientras ambos recuperaban la respiración.

David la miró perdidamente enamorado, deslizó una mano por su mejilla y apartó un mechón de su cabello húmedo de sudor.

—Te quiero —le susurró al oído.

Sara le dedicó una sonrisa y le besó. Entonces David se tumbó a su lado, rodeándola con un brazo, y ella se acomodó enredando una pierna entre las suyas, sintiéndose protegida, segura de que nada malo podía ocurrir.

Capítulo 16

CONFESIONES

Olía a café recién hecho, café de verdad, no de esos que se preparan con cápsulas y cuyo contenido es de dudosa calidad.

Sara estaba sentada en un banco de madera apoyado contra la pared, envuelta en una mantita de lana y con una taza caliente en las manos. Era temprano y, aunque el sol ya había salido, la temperatura todavía era baja, y lo sería durante todo el día.

Se la llevó a los labios y cerró los ojos para disfrutar de ese sabor amargo y dulce al mismo tiempo.

—¿Ya te has levantado? —preguntó una voz a sus espaldas.

—Me gusta madrugar, pero no quería despertarte —respondió ella con una sonrisa—. ¿Quieres un poco?

Le tendió el café sin esperar respuesta. David se acercó despacio, tomó la taza y se sentó frente a ella.

Se miraron, cada uno recordando cómo habían pasado la noche abrazados.

Sara cogió todo el aire que pudo y lo soltó despacio intentando que él no notara que los nervios la comían por dentro. Tenía que ser sincera, los secretos no sirven para protegerte, te hacen más

vulnerable.

—Tengo algo que contarte —dijo ella.

David apretó el asa con tanta fuerza que los dedos se le entumecieron. Había deseado este momento con toda su alma: que le contase qué había detrás de sus pesadillas o de los sobresaltos cuando escuchaba un ruido. Pero de pronto le asaltó un pensamiento aterrador: ¿y si me dice que se va?, ¿qué esto se acaba aquí?

—No necesito saber nada, ¿recuerdas?

Pero ella no pareció oírlo. Lo miró con infinita ternura y suspiró profundamente.

—No sé por dónde empezar. Tú... solo escúchame.

—Está bien. —David se inclinó hacia adelante—. Empieza por cualquier parte, soy todo oídos.

Sara se quedó callada, escogiendo la mejor forma de decirlo. Se frotó las manos una contra otra, entrelazando y apretando lo dedos con nerviosismo mientras una de sus rodillas empezaba a rebotar inquieta, sin que pudiera controlarlo. David le posó la mano con suavidad, en un gesto silencioso para que se calmara. Ella respiró hondo antes de hablar.

—Estoy casada —murmuró.

Las palabras lo golpearon dejándolo sin aire. Sus ojos se abrieron de par en par y sacudió la cabeza en un gesto de incredulidad.

—Eso no... no esperaba oírlo —dijo con la voz quebrada por la sorpresa.

—Estoy casada con una persona horrible —prosiguió ella apretando los labios—. Obsesiva, controladora, incapaz de aceptar el final de una relación.

Hablaba acelerada, como si tuviera que decirlo todo antes de

arrepentirse, y las palabras se atropellaban unas a otras, fruto de la ansiedad. Estaba temblando.

David la observó en silencio, con la boca abierta, incapaz de articular sonido. Frunció el ceño y entrecerró los ojos, como si intentara asimilar lo que acababa de escuchar. Entonces, por primera vez, algo empezó a tener sentido y las piezas del rompecabezas encajaron.

—Dios mío, ahora lo entiendo. ¡Estás huyendo!

Sara bajó la mirada, avergonzada, o culpable, o las dos cosas. No por lo que había hecho, sino por no haber sido capaz de haber dado ese paso antes.

—Sí —reconoció con un hilo de voz.

Él le cogió las manos con firmeza, sin apretar, entrelazando sus dedos con los suyos.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—No podía, David, yo... no contaba con esto..., contigo. —Bajó la cabeza.

Él se tocó el cuello, nervioso, y tragó saliva. Ahora sí quería estar al tanto, no por curiosidad, tenía que saber a qué se enfrentaba.

—¿Estás en peligro? —preguntó con la voz contenida.

—No lo sé —respondió ella al momento—. Imagino que me estará buscando, que me encuentre es solo cuestión de tiempo.

—Entonces, aquí estaré yo para protegerte. No vas a poder evitarlo, por mucho que lo intentes. —Y la estrechó con fuerza entre sus brazos.

Se quedaron así durante un buen rato, en silencio, abrazados. David tenía otra pregunta:

—¿Te ha hecho daño? —Solo de pensarlo hacía que la sangre le hirviera a borbotones.

Sara se separó y lo miró fijamente a los ojos.

—El día que me marché de casa... —De forma inconsciente se llevó la mano al costado—. No me hice esta herida en el accidente. Antes de irme, tuvimos una fuerte discusión, una jarra de cristal rota acabó en mi cuerpo. —Terminó por admitir la verdad—. No sé si fue intencionado, pero lo cierto es que ya no importa.

El rostro de David se endureció al instante, la boca le tembló y cerró los puños sin advertirlo. Sintió cómo la rabia le subía por la garganta y se imaginó rompiéndole la cara al imbécil de su marido.

—Pero no solo existe el daño físico, hay un tipo de violencia emocional que se te mete aquí —dijo Sara apoyando un dedo entre las cejas—, que te bloquea, que te anula como persona. Jaime...

—¿Se llama Jaime?

Ella asintió.

—Jaime no entiende el «no». Para él amar implica posesión, control disfrazado de protección: «lo hago por tu seguridad», «por tu bien» —ella seguía hablando—. No necesita gritar, con un solo gesto sabes que hiciste algo que le disgustó, aunque no sepas qué. Tardé demasiado en darme cuenta y cuando dije basta se lo tomó como una provocación.

David se pasó una mano por la frente, intentando ordenar lo que sentía.

—Pero ¿por qué no te largaste sin más? —preguntó con la voz quebrada.

—Es lo que he hecho. —Ella lo miró con una media sonrisa antes de seguir hablando—. Pero, cuando un tipo así decide que le perteneces, no basta con irte, tienes que desaparecer como si nunca hubieras formado parte de su vida. Por tu bien.

Sara sintió que, por fin, podía respirar de nuevo, sin esa opresión en el pecho. Con dedos temblorosos le acarició la mejilla y se inclinó hacia él con lentitud, rozando apenas sus labios, fundiéndose en un

beso lento. Cuando se separaron, con solo un pequeño espacio entre ellos, David apoyó su frente contra la de ella.

—Estoy aquí, contigo —susurró él, con los ojos cerrados—. No voy a dejar que te vuelva a tocar.

Ella le atrajo hacia sí y le volvió a besar.

Ya no tenía miedo.

Capítulo 17

EN EL TALLER

Paco andaba liado con el Mercedes; quitaba y ponía tornillos, montaba una pieza, no encajaba, la desmontaba, y rebuscaba entre la montonera de cachivaches viejos que había quitado de otros coches, pensando en que podría aprovecharlos para otra ocasión.

—¿Quién me habrá mandado a mí meterme en este lío? —refunfuñaba cada vez que tenía que probar con otro recambio.

Llevaba más de un mes intentando reparar el coche. Claro, que la muchacha no le había metido caña; es más, ya no parecía tener prisa. Su mujer le había contado que, por lo visto, se había liado con el veterinario, o eso le habían dicho en el puesto de la verdura.

—Y luego está el tema de la electrónica de estos coches. ¡Que ya no sabes ni lo que llevan! ¡Son ordenadores con ruedas! —gruñía Paco con la cabeza metida bajo el capó—. Antes lo abrías y te encontrabas un motor de verdad, con sus tornillos y su carburador. Recuerdo que cuando era joven tenía un Seat Ibiza rojo, de tercera mano por lo menos, con más kilómetros que un vendedor de enciclopedias de los ochenta. Tenía que llevar en el asiento trasero una botella llena de agua, porque el muy cabrito se calentaba, y

tenía que mojar continuamente el radiador para enfriarlo y que no me dejara tirado.

—¿Con quién hablas, Paco? —preguntó, desde el fondo del taller, Cholo, su empleado.

—Con nadie, hablo en voz alta —respondió haciendo un gesto como si espantara una mosca.

—¿Quieres que te eche una mano?

—No hace falta, ya me basto solo.

El coche, lleno de luces y sensores que no paraban de pitar, lo tenía frito; y al final, con tanto trasiego, la batería había muerto. Había tenido que pedir el modelo original de la marca al concesionario de Huesca, y justo esa misma mañana había llegado el repartidor con el paquete.

—No pienso montarla hasta la tarde. No quiero que me arruine la comida —Paco no dejaba de renegar—. Este coche me tiene ojeriza, seguro que pongo la batería y me salta algún otro fallo.

Paco no faltó a su palabra: se marchó a casa tranquilamente a comer, confiando en que la parienta le hubiera preparado un buen puchero de sopa. Después de ver el telediario, regresó a la faena.

Miró de reojo el paquete que contenía la batería y luego avanzó hacia el coche, que lo esperaba ocupando el mejor sitio del taller, en lo que ya era «su plaza».

—Ha llegado el momento, amigo —dijo hablándole al coche y dando unas palmaditas en la puerta—. Vamos a comprobar si soy tan bueno como dicen.

El capó estaba abierto y la batería vieja ya estaba en el contenedor de reciclaje, de modo que solo era cuestión de hacer lo que había hecho un millón de veces. Sostuvo la batería entre las manos, comprobó los bornes y la posición, y la encajó con precisión

en su sitio, asegurándose de que no se moviera. Conectó los dos terminales —primero el positivo y luego el negativo— y los ajustó con una llave. Cuando acabó, cortó un trozo de papel de celulosa y se limpió las manos.

—Ahora solo queda reiniciar la centralita —suspiró.

Paco se dirigió a su oficina y cogió la tablet que tenía encima de la mesa.

Cholo se había pasado semanas investigando en internet, consultando foros y viendo vídeos acerca de cómo había que poner en marcha el coche después del cambio de batería. Incluso se había hecho con un escáner de diagnóstico, específico de la marca Mercedes.

—¿Cómo lo has conseguido? —le había preguntado.

—Mejor no quieras saberlo, Paco —le contestó riendo.

Con cierto nerviosismo, el mecánico conectó el escáner al puerto del coche, en el lado del conductor. Se secó el sudor con la palma de la mano y se subió la cremallera del mono antes de encender el aparato. Tras un par de equivocaciones, accedió al menú principal, seleccionó «Configuración» y se desplazó hacia abajo. Entre varias opciones pulsó «Restablecer equipo». Esperó unos segundos a que la luz dejara de parpadear y...

—*Voilà!* —exclamó con una sonrisa de alivio.

En la consola apareció el logo de Mercedes-Benz seguido de un mensaje:

«Reconfigurando sistemas. Espere».

Cholo, que se había acercado para ver cómo iba el tema, miró por la ventanilla.

—Se está reseteando... Uff, esto va a tardar la pera —dijo inflando los carrillos al tiempo que se rascaba la cabeza.

—Mejor dejamos que trabaje solo y luego volvemos —propuso

Paco.

Los dos mecánicos se alejaron del vehículo, que había comenzado a interactuar por sí solo, como si fuese Christine, el coche diabólico de Stephen King.

En su interior, todos los módulos electrónicos comenzaron a despertar uno tras otro; códigos, sensores, chips, y a recuperar de nuevo sus funciones.

Entonces, el bloqueador GPS, que había mantenido el coche en un apagón digital absoluto, emitió un clic, demasiado sutil para ser captado por el oído humano, y se desconectó.

Una luz se encendió en el panel del coche.

> Sistema GPS reactivado.
> Ubicación compartida con servidor remoto.

Silencio absoluto.

No hubo indicador externo de lo que acababa de activarse o, mejor dicho, de desactivarse. Pero en algún sitio, algo o alguien, recibió en ese instante la señal.

Capítulo 18

LO TENEMOS

Era demasiado temprano para que sonase el móvil; no podía ser alguien del trabajo, todavía no. Faltaba más de una hora para que la gente se pusiera en marcha y, ya se sabe, cuando uno es asalariado, si no pagan las horas extras, no se trabaja.

Jaime se levantó a tientas del sofá, con una resaca que resonaba en su cabeza como las campanas de la catedral. Atinó a ponerse de pie, tropezando con los zapatos tirados por el suelo. Tenía la boca seca y una sed que le quemaba la garganta; necesitaba beber algo con urgencia. «¡Pero basta de alcohol!», le gritó su mente, tratando de recuperar un poco de coherencia.

—Otra noche como la de ayer y mi cuerpo no lo aguantará —se quejó llevándose una mano a la frente y frotándose los ojos, en un esfuerzo por aclarar la mente mientras rebuscaba el teléfono entre los cojines.

Recordaba haberlo soltado nada más entrar en casa, aunque aquel recuerdo le llegaba borroso.

Llevaba toda la semana trasnochando; justo ahora empezaba a arrepentirse de eso de tomarse «solo una copa» después del

trabajo.

Y el móvil que no paraba.

Recorrió el suelo con las manos, palpando debajo del sillón; el pitido seguía, cada vez más cerca, hasta que lo encontró tirado debajo de la mesita auxiliar.

Se quedó mirando la pantalla para ver quién era el desgraciado que lo estaba molestando a esas horas. Por un momento se quedó extrañado al ver el contacto.

—«Ramón Duarte, director financiero Mercedes» —leyó en voz baja, entrecerrando los ojos.

Antes de descolgar, tragó saliva y carraspeó para aclararse la voz intentando sonar sobrio.

—¡Buenos días, Ramón! —contestó.

—¡Jaime, no te lo vas a creer! ¡Hemos encontrado el coche!

—¿Qué? —La cogorza se le pasó de golpe y la sorpresa le hizo tambalearse.

—¡Que hemos encontrado el coche! —repitió el hombre, eufórico.

—¿Dónde?

Jaime contuvo la respiración.

—Pfff..., ni idea. Lo que tenemos son coordenadas.

—¿Pero está entero? Quiero decir, ¿no lo han desguazado?

Hubo un breve silencio al otro lado. Ramón dudó un segundo, antes de responder, como eligiendo bien las palabras.

—Parece que está, al menos, en una sola pieza. ¿En qué condiciones? Eso no lo sabemos, Jaime. Lo importante es que ya está localizado.

—¿Cómo lo habéis conseguido?

—No lo sé con detalle —respondió Ramón encogiéndose de hombros—. Me llamaron del Departamento de Seguridad

Informática; teníamos activado el servicio de localización remota, tras tu consentimiento.

—¿Y...?

—Nuestros informáticos tenían indicaciones de revisar todos los días el servidor. Uno de esos que ni nosotros sabemos dónde está, pero seguro que en algún lugar entre Stuttgart y la nube —rio—. Por alguna razón, el módulo del GPS estaba desconectado. Y no sabemos por qué, pero ha empezado a transmitir su ubicación. La estamos interceptando desde aquí, mediante la cuenta del concesionario.

—¿Y estáis seguros de que es el mío?

—Sí, sí —afirmó con rotundidad—. La información que nos enviaron lo confirma.

—Perfecto —susurró con una sonrisa torcida dibujándose en su cara.

Jaime apretó el móvil con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos y por un momento sintió crujir el plástico entre los dedos.

—Ahora le digo al informático que te pase todos los datos. Así puedes hablar directamente con la policía.

—Vale. Que me los mande cuanto antes. Te estoy muy agradecido, Ramón.

—No tienes nada que agradecer. Solo mantenme informado.

—Así lo haré.

Colgó. Se quedó inmóvil mirando al teléfono, intentado procesar la noticia. Era demasiado bueno para ser vedad.

Jaime apretó la mandíbula, pensando en todo el tiempo que llevaba buscándolo sin esperanzas. Y ahora, como si nada, volvía a estar en el mapa.

Algo no encajaba.

Capítulo 19

NO ESTÁS SOLA

Sara estaba en la cocina, enredada con el cajón de los cubiertos. David lo tenía hecho un desastre: había mezclado las cucharillas de postre con las cucharas grandes, los tenedores revueltos con algunos cuchillos, y no daba con el abridor.

Se encontraba en su propio mundo, ordenando todo de forma casi compulsiva, cuando David apareció sin hacer ruido. Se acercó por detrás y, sin previo aviso, la rodeó por la cintura y le besó el cuello.

—¿Qué haces? —preguntó deteniéndose en seco, un poco sorprendido al ver el lío de cacharros en el que andaba metida.

Sara soltó de golpe los cubiertos, dándose la vuelta con una mezcla de sorpresa y culpa.

—Perdón. No quería... —murmuró—. Lo siento, no es mi casa, no debería de tocar tus cosas.

David la tomó de las manos con dulzura, notando un leve temblor en sus dedos.

—No es eso —repuso—. Esta también es tu casa, pero no tienes que tener todo bajo control.

Se le endureció la mirada y percibió que había algo más en ese gesto de necesitar el orden. Luego en voz baja, casi tensa, añadió:

—¿Qué te ha hecho? —preguntó con rabia contenida.

—A él no le gusta el desorden —respondió casi en un susurro—. Si algo no está donde debe, lo nota. Siempre lo notaba.

—Ya no estás con él, no tienes que seguir cargando con ese peso.

Sara se dejó caer en sus brazos buscando refugio y él la recibió con cariño. Lentamente se incorporó, con los ojos vidriosos, intentando sonreír, pero le temblaron las comisuras.

—Lo sé —respondió ella—. Pero a veces mi mente se olvida.

—Entonces, te lo recordaré cada día —dijo David acariciando suavemente su pelo.

—Es enfermizo, lo hago de forma inconsciente y no sé cómo pararlo.

—Ahora, yo voy a curarte, aunque me lleve la eternidad —murmuró tomándola de la barbilla para darle un beso largo y profundo—. Pero tengo miedo de que no llegues a confiar en mí.

—No digas eso —murmuró cuando se separaron—. Sabes que sí lo hago.

Ella se mostró sorprendida por sus dudas, él tenía que entender que necesitaba tiempo para ir curando poco a poco. Respiró hondo y le cogió de la mano.

—Te he preparado algo de comer —dijo recuperando cierta calma mientras lo llevaba al salón.

El fuego de la chimenea estaba vivo, las llamas soltaban un agradable calor y olía a madera quemada.

Quería darle una sorpresa a David antes de que llegara a casa y, a duras penas, había encendido la chimenea usando los troncos que se guardaban apilados en el jardín. Con unas piñas secas había

hecho la base y, encima, los palos más finos, sin apilarlos, para que prendiesen mejor. «Soy de ciudad», pensó orgullosa de haberlo conseguido.

Los ojos de David se desviaron hacia la chimenea un segundo antes de volver a fijarse en ella, muerto de amor.

—Tengo hambre —le dijo él arrugando la nariz con una sonrisa pícara—, pero de ti.

Sara soltó una risita. Se puso de puntillas, tomándolo del rostro con firmeza, y lo besó, sin reservas, con calma. Su lengua buscó la de él, jugó, provocó. Sus labios se encontraron de nuevo, con más necesidad.

—Pues comamos —contestó ella.

David la sujetó por la cintura, acercándola más, y volvió a besarla con intensidad.

Sara deslizó la camiseta hacia arriba y la dejó caer al suelo mientras él la desnudaba, despacio, recorriéndola con la mirada sin apartarse de sus ojos. Con los labios fue descendiendo por su abdomen, explorando con precisión cada centímetro de su piel. Se detuvo en la herida de su costado, trazando con la yema de los dedos la delgada línea de la cicatriz y la tocó con rabia contenida.

Desnudos ante el resplandor de las llamas, David la contempló un instante, luego se inclinó, besándola en la clavícula, en los pechos, en el vientre; el roce le arrancó un suspiro, mitad placer, mitad rendición.

—Sara —susurró—, no sabes cuánto he deseado estar aquí contigo.

La leña crepitaba y el calor que desprendía el fuego no era comparable con el que sentían por dentro. Sara recorrió su cuerpo despacio con la lengua y luego lo besó profundamente, un beso largo, húmedo, que dejaba claro que no le importaban las

consecuencias de sus actos.

David respondió con hambre y necesidad. La tomó por la cintura haciéndola girar hasta quedar debajo de él, sobre la alfombra mullida y cálida por la cercanía del fuego.

Ella cerró los ojos, apoyó la cabeza en su hombro mientras su cuerpo se curvaba sutilmente hacia él, dándole paso con un suave gemir. Comenzó a moverse, primero con lentitud, sus caderas marcaban un ritmo pausado y sensual, deliberado, buscando el punto exacto donde el placer nacía y crecía. David la observaba desde arriba, los labios entreabiertos, sin prisa por detenerla.

Cada movimiento era profundo, despacio al principio, luego más intenso, más salvaje. Sus cuerpos se buscaban con deseo, con respiraciones entrecortadas. Él jadeó contra su cuello mientras Sara se aferraba a sus brazos. El placer la envolvió como un terremoto. Primero en su vientre, después en su pecho, luego en todo su cuerpo. Lo sintió dentro de ella, latiendo, tenso, entregado. Sus alientos se mezclaron, sus bocas se buscaron entre gemidos suaves, temblando juntos.

Él cayó sobre su pecho, aún jadeante. La rodeó con ambos brazos y cerró los ojos, hundiendo la cara en su pelo, respirando su olor, su calor, sin querer soltarla.

Se tumbó junto a ella, todavía sudando y con el pecho agitado, mirando al techo con los ojos abiertos. En el aire todavía se palpaba el deseo consumado. Poco a poco sus respiraciones fueron recobrando su ritmo natural.

Sara se giró hacia David, sus muslos seguían entreabiertos, rozándole la cadera, piel con piel.

—Hace mucho tiempo que no me sentía así —dijo Sara apoyando su cabeza sobre el torso desnudo.

—Yo tampoco —respondió él besándola con ternura.

Permanecieron así, enredados y silenciosos, durante una eternidad.

***

Esa noche, David había organizado una cena en su casa para Fermín, Jara y Silván, a quienes consideraba sus mejores amigos. Sara había insistido en preparar ella misma la comida a base de picoteo: platos sencillos, pero ricos. Se había pasado toda la tarde en la cocina y, aunque cansada, estaba feliz.

Ahora que lo suyo con David era oficial, la cena no era solo una reunión de amigos; para ella, era el inicio de una nueva etapa: ser uno más en esa pequeña familia que habían formado todos ellos.

El timbre sonó y Sara se quedó petrificada, como si Medusa la hubiese atravesado con sus ojos.

—¿Son las nueve ya? —preguntó.

—Ocho y cuarenta —contestó David, con tranquilidad mientras se dirigía a abrir la puerta.

Fermín llegó primero, con una botella de vino espumoso, de esas que él guardaba para las «ocasiones». Y esa ocasión había decidido que era hoy.

David le saludó con unos golpecitos en el hombro.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó—. No te he visto ser puntual en la vida.

—Bueno, hoy es un día histórico: mi mejor amigo tiene novia —respondió Fermín mientras le daba una colleja en la nuca.

Al poco rato llegaron Jara y Silván cargando una tarta de queso que ellos mismos habían preparado.

Esta vez fue Sara la que salió a recibirlos. Los tres se abrazaron en la entrada como si no se hubiesen visto en mucho tiempo,

aunque apenas habían pasado unos días desde la última vez.

Media hora después estaban todos enfrascados en una absurda conversación acerca de si los gatos entendían el leguaje humano. Sócrates, que dormitaba plácidamente junto a la chimenea, pareció oírlos, abrió los ojos y tras un suave ronroneo se volvió a dormir. «¡Estúpidos humanos!».

La cena resultó divertida, con bromas, anécdotas y recuerdos de algunos momentos que habían vivido. La mesa se había quedado con restos de comida, copas a medio beber y alguna servilleta arrugada tirada por el suelo. Hacía rato que habían cenado, pero nadie hizo amago de irse.

Reían.

Y entonces, sin venir a cuento, Silván abrió la boca:

—¿Os acordáis cuando pensábamos que Sara andaba metida en algo raro?

Todos se callaron. Jara le lanzó una mirada que, de haber sido cuchillos, lo habrían degollado en el acto.

—¡Silván! —Ella le dio una patada por debajo de la mesa para que se callara.

—¿Qué? ¡Si todos lo pensamos! —protestó Silván.

Sara se quedó quieta, con una sonrisa a medias.

—¿Algo raro cómo qué? —preguntó mordiéndose el labio sin darse cuenta.

David se removió en la silla, un poco irritado por lo bocazas que podía llegar a ser su amigo.

—Yo qué sé... —Silván se quedó cortado, con la sensación de haber metido la pata—, un mal rollo, asunto de drogas o dinero.

Nadie rio. En el aire flotaba esa sensación de incomodidad de la que ninguno sabía cómo salir. Entonces Sara inspiró profundamente para tranquilizarse.

—Bueno... —comenzó—. Ya que sacáis el tema..., quizás es el momento de contaros la verdad.

Soltó su vaso y apoyó la mano en su mejilla mirándolos en silencio, esperando que alguno reaccionara. Todos la miraron atentos.

—Acabo de salir de una relación complicada —dijo al fin.

«Demasiado complicada para soportarlo», pensó.

Jara se inclinó sobre la mesa, con gesto preocupado:

—¿Cómo de complicada? ¿Del tipo «lo dejamos y seguimos siendo amigos» o de «vete a la mierda y no vuelvas a llamarme»?

Sara se movía nerviosa en la silla, cruzando y descruzando las piernas mientras se tocaba el pelo una y otra vez.

—Del tipo... «o conmigo o con nadie» —dijo bajando la mirada.

Percibió que se miraban entre sí, intentando disimular la sorpresa, y David notó una punzada, mezcla de celos y cólera, al pensar en Jaime.

—Qué cabrón —murmuró Fermín.

David acarició suavemente la pierna de Sara bajo la mesa y ella le devolvió la mirada. Tenía un nudo en la garganta, pero estaban todos callados, esperando a que continuara, de modo que Sara respiró hondo y siguió hablando con determinación:

—Al principio caí en una dependencia emocional; me decía que no podía dejarle, que no podía vivir sin mí, pero me controlaba todo, y yo sabía que no era un amor sano.

Ella sintió un momento de debilidad y bajó la mirada.

—Después vino la culpa: «si me dejas, vas a arruinar mi carrera y todo lo que he hecho por ti». Eso fue casi lo peor —apretó los labios antes de continuar—: Luego te das cuenta de que no puedes iniciar un proceso de divorcio porque no tienes dinero ni acceso a los papeles. No es solo una razón la que te impide marcharte, es una

combinación de aislamiento, desgaste, miedo. Y al final lo que te queda es huir.

Notó que el estómago se le cerraba como si alguien lo apretara hasta dejarla sin aliento, y ella se estremeció al sentir que David le cogía la mano.

Jara, que había escuchado sin interrumpir, se levantó y rodeó la mesa para abrazarla. Unos gruesos lagrimones le corrían por las mejillas.

—Sara, es horrible. Eso no es querer a alguien. Es una prisión.

—Lo sé —susurró con la voz quebrada—. Pero no va a poder conmigo.

—Gracias por confiar en nosotros. Ya no estás sola —dijo Fermín.

—Y, si en algún momento necesitas algo, nos lo dices, ¿vale? —añadió Silván—. Tampoco queremos agobiarte ni ser de esos que están todo el día dando consejos de mierda.

Sara sonrió realmente agradecida. Algunos ojos se posaron en David, que, sin poder evitarlo, apretaba la mandíbula con fuerza en un intento de contener su cólera.

—No os he contado esto para daros lástima —dijo Sara—, sino para que entendáis por qué actué como lo hice—. Su voz era ahora más firme, más directa—. Y por qué insistí en marcharme.

Se volvió hacia David, lo miró con ternura, y le dedicó una media sonrisa.

—Sé lo mucho que lo queréis —dijo apretándole la mano—. Y sé que no queríais que sufriera por mi culpa.

Los cuatro la miraban con una mezcla de respeto y admiración. No era fácil decir todo lo que estaba diciendo y, sin embargo, seguía entera, sin derrumbarse en un mar de lágrimas, sin dramatismos. Lo había hecho de forma natural, como alguien que ya se ha cansado de huir y está dispuesta a afrontar lo que se le venga encima.

—Te queremos, Sara —dijo Fermín.

—Yo también os quiero, chicos. Espero que me perdonéis.

Se dieron un abrazo todos juntos, emocionados y con la promesa de ayudarla a recuperar su vida.

Capítulo 20

¡POR FIN!

Se agarraba al volante de su deportivo blanco mientras se alejaba de la ciudad a toda velocidad, cruzando los semáforos en lo que él llamaba un «rojo tierno»: ese instante exacto en que acaba de pasar del naranja al rojo y, aunque tu mente te diga que no pasa nada, la ley ya te multa.

Jaime pisó hasta el fondo el acelerador para no tener que frenar en el siguiente semáforo que acababa de cerrarse y cogió el desvío hacia la autovía. Sintió cómo el coche respondía sin apenas esfuerzo, rodando sus más de cuatrocientos caballos sobre el asfalto, de cero a cien en poco más de tres segundos, indiferente a los radares.

Esperaba llegar de madrugada, sabía que a esas horas no encontraría por la zona ningún hostal donde caerse muerto, pero no le importaba. Prefería conducir a pasar otra noche sin pegar ojo. Dormir era una pérdida de tiempo, y no podía permitírselo.

Ahora que sabía dónde estaba el coche, era cuestión de horas saber dónde estaba Sara.

Tampoco tenía la certeza de que ella estuviera allí, pero su mente le decía que sí, por puro instinto.

—Estará allí, no tengo dudas.

Había introducido las coordenadas en el GPS, pero no por necesidad, las tenía grabadas a fuego en su cabeza:

42.670212, 0.072981.

El navegador marcaba un destino en algún punto perdido en el Pirineo aragonés.

—¿Qué cojones haces en medio de la nada, Sara? —escupió en voz baja.

Desde que recibió el informe técnico del área de seguridad, lo había leído tantas veces que podía recitar de memoria todos los datos.

Por supuesto, no fue a la comisaría; bastante carga tenía ya con la milonga que les contó acerca del robo. Tuvo que echarle imaginación para dar detalles de dónde fue, a qué hora y los mil datos que tuvo que improvisar.

Y total, los asuntos de pareja se arreglan en casa. Ya pondría todo en orden cuando la encontrase.

Jaime mantenía la vista fija en la carretera con las manos tensas sobre el volante. No sabía exactamente qué iba a decirle. Bueno..., sí.

—Te perdono, Sara.

Lo dijo en voz alta, imaginando la escena.

—Estoy dispuesto a olvidar todo lo ocurrido y empezar de cero.

Esa era la única idea que le rondaba por la cabeza mientras ponía la radio a todo volumen.

Condujo durante horas por la autopista hasta que el GPS le indicó que debía tomar la siguiente salida.

El deportivo recorrió unos cuantos kilómetros más antes de que la carretera se volviera más estrecha, casi sin arcén y con la línea

divisoria borrada por los años y la falta de mantenimiento.

Jaime se percató de la señal de curva peligrosa:

«Precaución. Velocidad máxima: 30 km/h».

Miró de reojo el cuentakilómetros, marcaba ochenta. Redujo la velocidad justo al entrar en la curva.

Tarde. La rueda trasera pisó la tierra suelta del arcén. El coche se quejó y Jaime tuvo que corregir rápido la maniobra para no salirse. El corazón se le subió a la garganta.

—Ufff, por los pelos —exhaló, dejando escapar todo el aire de sus pulmones.

Continuó el camino, esta vez con más precaución. El coche avanzaba despacio, la oscuridad lo envolvía todo, las inmensas copas de los árboles apenas dejaban pasar la luz que proyectaba la luna.

—¡Maldita carretera! —gruñó entre dientes—. Ni un cartel, ni una señal. ¡Joder! ¿Dónde estoy?

La batería del Tesla ya empezaba a dar muestras de cansancio: un pitido agudo le avisó de que debía ir buscando un sitio para recargarla. Pero estaba ya cerca, según el GPS en cualquier momento debería encontrarse con algún cartel.

Justo al salir de la curva, el rótulo apareció, como salido de la nada:

«ERMELLA DE LOS VALLES - 3 KM».

—Por fin. Ya queda menos para encontrar algo de civilización —masculló.

Entró en el pueblo rodando despacio, tenía aspecto fantasmal; ni un alma, ni un ruido, tan solo la luz de las farolas formando charcos amarillos en el suelo. Todo estaba dormido.

Echo de nuevo un vistazo al navegador, estaba cerca.

—Según esto, tengo que continuar todo recto novecientos

metros y luego girar a la izquierda. —Jaime hablaba en voz alta—. ¡Pero me saca otra vez fuera de la localidad! No lo entiendo.

Se quedó vacilando, sin saber si de verdad estaba en el camino correcto. Decidió hacer caso al aparato para ver adónde lo llevaba.

—«Ha llegado a su destino» —concluyó la voz del navegador al llegar a las afueras del pueblo.

Jaime detuvo el coche y se bajó. El motor se desconectó automáticamente al detectar que no había ocupantes. Durante unos segundos se quedó allí parado, contemplando lo que tenía enfrente.

Era un taller de coches, una nave industrial en hormigón gris con el tejado de chapa. Estaba rodeado por un patio cercado con una valla metálica, donde se amontonaban coches a medio arreglar. Todo tenía aspecto descuidado.

«Taller mecánico Ermella de los Valles».

—Muy original el nombre, no se han roto la cabeza.

Avanzó unos pasos hacia la entrada y se apoyó en los barrotes de acero de la puerta. Estaba cerrada con un candado. Tenía una chapa con el horario:

> Lunes a viernes: 8:00 a 14:00 / 16:00 a 19:00
> Sábados: 10:00 a 14:00
> Domingos y festivos: Cerrado

—Aquí estaré mañana a las ocho —sentenció Jaime dando media vuelta y regresando a su flamante Tesla.

***

Como se prometió, a las ocho Jaime se presentó en el taller.

La puerta metálica estaba abierta del todo para recibir a los clientes. Con paso decidido, se adentró entre la maraña de coches

viejos y chatarra hasta llegar a la entrada principal.

No vio a nadie.

—¡Hola! —gritó.

Estaba nervioso porque no sabía con qué se iba a encontrar y eso le inquietaba. De momento, solo estaba allí para tantear el terreno.

El taller por dentro era amplio y diáfano, en el centro había un foso para revisar los bajos de los coches, y de las paredes colgaban calendarios ya antiguos, con chicas en bikini posando de forma sugerente, alguna dejando ver más de la cuenta. Olía a gasolina mezclada con aceite de motor y uno de los fluorescentes que colgaban del techo se había fundido.

—¿Hay alguien? —gritó de nuevo, esta vez más alto.

Un chaval joven salió de una modesta oficina construida con paneles de pladur, que se habían quedado cortos antes de tocar el techo.

—¿En qué le puedo ayudar?

Jaime se dirigió hacia él, evitando pisar los charcos de grasa. «Solo falta que se me manchen mis zapatos Oxford de cuero», pensó.

—Estoy de paso y ando apurado con la batería del Tesla. Me preguntaba si tienen algún cargador donde pueda enchufarlo —dijo Jaime en tono amable—. Llevo ya varios kilómetros intentando encontrar una estación de carga y me temo que al final voy a quedarme sin batería.

Cholo sonrió de oreja a oreja. Por fin podría decirle a Paco que el cargador Wallbox, ese que instalaron el año pasado y cogía polvo, iba a usarse.

—Paco, no podemos darle la espalda a la tecnología. De aquí a

nada, todos los coches acabarán enchufados en lugar de repostando. Tener un cargador en la parte trasera nos traerá clientes. Ya lo verás —le insistía una y otra vez.

Y Paco, que era reacio a cualquier cambio, al final cedió, y para más inri el Estado le dio una subvención.

—Claro, amigo. Tenemos un cargador en la pared de fuera. ¿Qué coche tiene?

—Un Tesla.

Cholo alzó las cejas. ¡Vaya nivel estaba cogiendo el taller! En menos de dos meses ya habían pasado por allí dos auténticos cochazos. Miró de reojo al Mercedes GLS aparcado y sonrió satisfecho.

Ese gesto fue suficiente. Jaime se percató de que el chico había girado la vista hacia el fondo de la nave.

Entonces lo vio.

Allí estaba.

El corazón le dio un vuelco y las manos le empezaron a sudar. Toda la rabia, el miedo y la ansiedad se concentraron en un solo punto: su Mercedes.

Sus proporciones lo convertían en un auténtico gigante, con presencia y carácter, en medio de la mediocre flota que abundaba por allí. En la parrilla frontal, la estrella de tres puntas, bien centrada, brillaba bajo la luz del fluorescente. No hacía falta saber mucho de coches para notar que costaba más que todo el taller junto.

—¡Uau, vaya cochazo! —exclamó Jaime caminando apresuradamente hacia donde estaba.

—Sí —repuso Cholo—. Impone, ¿verdad? Tiene una bestia por motor, casi quinientos caballos de potencia, acelera de cero a cien en

cinco segundos.

—¡Increíble! ¡Con lo que debe de pesar! —Jaime le pasó la mano por el capó, como si saludara a un amigo que no ve desde hace años—. ¿Está averiado?

—Ya no —dijo Cholo, con una media sonrisa.

—¿Qué le pasa? —Jaime seguía insistiendo. Cómo odiaba a la gente que le tienes que sacar la información con sacacorchos.

—La dueña tuvo un accidente.

—¿Un accidente? —Jaime arqueó las cejas, sorprendido.

—No, no, pero está bien —le tranquilizó Cholo, al ver que se alteraba—. Se salió de la carretera la noche que tuvimos la dana, justo en la Curva del Susurro. La verdad es que el coche quedó hecho un cristo.

A Jaime se le amontonaban las imágenes de aquel día en la cabeza. Como un *flashback* recordó la pelea que habían tenido, cómo ella se había largado y cómo le perdió la pista.

—Ah, o sea que lo habéis arreglado —dijo aliviado.

—Sí, mi jefe y yo —hablaba con orgullo y con la satisfacción de alguien que ha hecho un gran trabajo—. Hemos conseguido dejarlo como recién salido de fábrica. Le dijimos que era mejor llevarlo en la grúa al concesionario de la marca, pero ella dijo que no, que se fiaba de nosotros y que no le importaba esperar.

Jaime daba vueltas alrededor del coche, buscando algún detalle que le pudiera dar algo de información.

—¿Y cuándo vendrá a recogerlo? Si el coche fuera mío no lo dejo ni loco. ¿O es que no vive por aquí?

—Haces muchas preguntas, amigo, y yo tengo que volver al trabajo —respondió Cholo, ya cansado de dar tantas explicaciones—. Será mejor que te diga dónde está el cargador.

Jaime torció la comisura de los labios, pero se dio por satisfecho

con los datos que había conseguido. No era mucho, pero suficiente para hacerse una idea.

Aunque no podía asegurarlo, algo le decía que Sara estaba cerca. Quizás no allí mismo, pero sí por los alrededores. Se había quedado sin coche y en un pueblucho como ese, donde apenas pasaba el autobús, sin ruedas no se iba a ningún lado. Como mucho, habría conseguido que alguien la llevara a algún sitio cercano. Pero no podía haberse esfumado.

«No puede haber ido muy lejos —murmuró para sus adentros con una rabia contenida—. Si cree que puede esconderse es que no me conoce».

Estaba cada vez más cerca de encontrarla.

Capítulo 21

PAPELES

David llevaba un rato despierto. La luz, aún débil, que entraba por la persiana a medio subir, apenas iluminaba la habitación.

Estaba en la cama desnudo, tumbado de lado junto a Sara, observando cómo dormía. Bajo la fina sábana, se dibujaba su silueta marcando cada curva de su cuerpo. El cabello le caía desordenado sobre la almohada y su respiración era lenta.

Estaba tranquila. Esa noche había vuelto a tener otra pesadilla; había comenzado a agitarse con nerviosismo y a murmurar palabras ininteligibles. Él se había limitado a abrazarla, y ella, dormida, se acurrucó en sus brazos.

Rozó con los labios uno de sus hombros desnudos y sintió un escalofrío de placer. El recuerdo de esa noche todavía lo tenía intacto. Sara moviéndose sobre sus caderas, con los pechos subiendo y bajando en cada movimiento, acompasado con su pelo que le caía hacia delante, como si fuera una diosa griega. Había murmurado su nombre entre jadeos y un suspiro entrecortado que se le escapó al borde del delirio. Ella le tomó de las manos, las entrelazó con las suyas y apretó los muslos, acelerando el

movimiento, sin detenerse, con el aliento desbocado, con un vaivén constante, tan hipnótico que le hacía olvidar quién era. Fuera de esa cama no había nada, solo ella sobre él, dentro de él, y la certeza de que le hacía perder la razón.

«No voy a seguir imaginando el resto o no podré salir de la cama», pensó sonriendo para sus adentros, sintiendo un calor por todo el cuerpo.

Se deslizó bajo las sábanas sin hacer ruido. No quería despertarla. No quería apartarse de su lado. Solo ansiaba recorrer su espalda desnuda, que lo llamaba como el canto de una sirena.

Tanteó con las manos el suelo, hasta que dio con su pantalón de deporte, y se fue al cuarto de al lado.

Mientras se dirigía a la habitación contigua, suspiró con resignación.

—Ahora me toca pelear con esa montaña de malditas facturas que me están esperando.

Encendió la luz del despacho y se quedó allí de pie, como si estuviera ante la habitación del terror con un ser maligno dispuesto a poseerle.

Tenía una mesa de escritorio contra la pared, que soportaba una torre inestable de carpetas y una pila de papeles, que él sospechaba que se reproducían como conejos cuando no miraba.

Se frotó la cara con las manos, dejando escapar un suspiro cargado de derrota, y avanzó hacia la mesa.

—Yo no soy contable —protestó dejándose caer en la silla—. Soy un simple veterinario. Lo mío es meter termómetros por el culo, evitar quedarme sin un ojo cuando tengo que vacunar a los gatos y convencer a los chihuahuas de que mi brazo no se come.

Cogió un puñado de recibos sujetos con un clip, absorto en sus cosas, cuando notó una mano en su espalda. Se giró despacio,

encontrándose con la sonrisa cálida de Sara.

Se había puesto su vieja camiseta de Nirvana, esa que la noche anterior se había perdido debajo de la cama. Le quedaba demasiado grande, las mangas casi le llegaban hasta los codos y era tan larga que le cubría parte de los muslos. El cuello amplio dejaba entrever su hombro desnudo y, debajo, nada más. El contraste entre su piel y el algodón gastado la hacía irresistible.

—¿Te he despertado? —preguntó David.

—Me pareció que te peleabas con alguien —respondió ella divertida.

—¡Oh! ¿He hablado en voz alta?

—Sí. Y has dejado claro que lo tuyo son los termómetros —respondió sin poder contener la risa.

David se rio medio avergonzado.

—Tengo que presentar los impuestos este mes y no sé por dónde empezar. ¡Todos los trimestres lo mismo!

Sara miró de lado la abultada carpeta de la que asomaban varios papeles. La cogió y, justo antes de abrirla, preguntó:

—¿Puedo?

David se encogió de hombros y le hizo un gesto con la mano, al tiempo que se recostaba en la silla.

—Adelante, si te atreves.

Sara echó un vistazo al contenido de la carpeta y después la cerró con decisión, dejándola de nuevo sobre la mesa.

—Puedo ayudarte —soltó con la mirada desafiante.

David levantó la vista y puso cara de «no me lo creo», con sonrisita incluida.

—Estudié Economía —dijo Sara, al fin—. Y tengo un máster en Contabilidad y Finanzas.

David estalló en una carcajada, no porque se estuviese burlando

de ella, sino porque no se podía creer su suerte. Pero, de forma repentina, le asaltó la inseguridad: ¿y si era demasiado buena para él?, ¿y si algún día se cansaba de ese pueblo donde no podía crecer profesionalmente?

Ella volvió a besarle y el miedo se esfumó.

—Madre mía, qué buen partido eres —bromeó, al tiempo que la atraía hacia su torso desnudo—. Inteligente, maravillosa, guapísima...

—Tonto —susurró ella.

—Bésame —suplicó él.

Y Sara se inclinó sobre su boca, dejándolo sin aliento.

—¿Dónde trabajabas? —preguntó cuando al fin se separaron.

Él notó que desviaba la mirada con tristeza.

—No trabajaba. En cuanto acabé el master, Jaime y yo nos prometimos y después nos casamos.

David no quería presionar con preguntas; sabía que las heridas tenían que curar poco a poco. A él también le dolía saber cómo la había tratado: autoritario, frío, dominante; y la vena del cuello se le hinchaba al imaginarlo. Pero Sara siguió hablando con voz firme, como quien ya no teme a nada.

—Tuve una oferta muy buena, pero Jaime... Ya sabes. Necesitaba, una vez más, tener el control sobre mi vida.

Miró a David y se encogió de hombros. Él se frotó la nuca, como siempre hacía cuando estaba preocupado, esta vez conteniendo la rabia.

—Eres fuerte, Sara. Mucho más de lo que crees. No por todo lo que has soportado, sino por la valentía y el coraje de ponerle fin.

Ella habría seguido hablando sin parar, vomitando cómo había sido su vida de mierda y lujo a la vez, pero el móvil de David los interrumpió. Él se levantó y fue corriendo a cogerlo, no fuera a ser

una urgencia.

—Era Paco —dijo David nada más colgar—. Ya tiene el coche listo, podemos pasar a recogerlo cuando queramos.

—Bien —respondió ella sin mucho entusiasmo.

—Si quieres, puedo encargarme yo cuando termine en la clínica. Aprovecho que tengo que ver a Silván y le digo que me acerque al taller.

—Por mi genial. Así podré dedicarme todo el día a tus papeles.

Se recogió el pelo en una coleta y cogió un taco de facturas para empezar a ordenarlas por fecha.

—Trato hecho.

David sonrió y sus ojos se encontraron con los de ella en una chispa de complicidad.

Fuera todo estaba en calma, o eso parecía.

Capítulo 22

EL COCHE

El coche era un auténtico tanque. No lo recordaba así el día del accidente; ni siquiera se había fijado. En ese momento, su única preocupación había sido sacar a Sara de allí.

Ahora, viéndolo desde esa perspectiva, cuando el susto ya había pasado, tenía claro que esa máquina tan imponente y robusta le había salvado la vida. No era de esos coches que, al primer golpe, se deforman como papel de aluminio y te dejan atrapado. No. Era de los que aguantan, de los que resisten hasta el último aliento de metal solo para proteger a sus ocupantes. Un auténtico guerrero con escudo.

Daba gracias a Dios de que su estúpido marido le hubiese comprado un coche de esa clase. Era lo único que, el muy cabrón, había hecho bien. Al pensarlo, se aferró al volante con tanta rabia que las manos se le pusieron rojas.

Pisó el pedal con ganas y la respuesta fue inmediata: el coche salió disparado de forma silenciosa, con una fuerza que le lanzó contra el asiento.

—¡Uhuu! ¡Madre mía! —gritó de emoción.

El frenazo fue casi instintivo.

—Colega, me temo que estas carreteras de Ermella se nos quedan pequeñas. Tendremos que buscar un circuito donde te puedas desatar —dijo hablándole al coche con camaradería, deslizando su mano por el asiento de cuero.

El panel frontal lo tenía fascinado: se extendía de un extremo a otro, sin botones, todo táctil, y sabía que a través de la voz respondía a comandos, pero esa opción estaba configurada para el tono de Sara, de modo que no pudo probarlo.

—Esto no es un coche, es una nave espacial —dijo admirando el conjunto de leds que recorría todo el interior.

Bajo la consola central, donde estaba el reposabrazos, había una tapa deslizante. Al abrirla encontró los portavasos y varios puertos de carga, entre otras cosas. Pero lo que más le llamó la atención era el cacharro que había conectado a la toma de corriente de doce voltios. A simple vista parecía un cargador rápido o algún tipo de adaptador Bluetooth.

—No sé —se dijo poco convencido—. Le preguntaré a Sara para qué sirve.

Cuando llegó a casa, David seguía eufórico. Sara continuaba con la contabilidad y ni se movió cuando escuchó girar la llave. Entró en la habitación y la besó en la mejilla.

—Estoy casi acabando —respondió cuando él preguntó cómo iba —. ¿Ha quedado bien el coche?

—Ha quedado perfecto, Sara. ¡Vaya pepino! ¡Cómo corre! —explicaba emocionado—. ¡Le rozas el acelerador y parece que va a despegar!

Ella le miraba divertida. Sabía muy bien cómo iba el coche.

—¿Le has dado el dinero a Paco?

—Claro.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que muchas gracias. Se quedó petrificado cuando le di el sobre con los billetes —relató David—. Me dijo que con una transferencia habría valido, pero yo le respondí que mi novia acababa de atracar un banco —rio con ganas.

«Novia». En la mente de David, la palabra sonó prometedora. La había usado a propósito, con la intención de provocar una reacción en Sara, y ella se había puesto roja como un tomate.

—¿Cómo se te ocurre decir eso? A saber luego lo que se rumorea por el pueblo —repuso con resignación.

David sabía que no le molestaban aquellas bromas. Era una muestra más de lo fuerte que era y de que estaba decidida a que su pasado no la atrapara.

Le había contado, sin esconder nada, de dónde había salido aquel dinero y le mostró su pequeña cajita:

—Estas son las únicas joyas que me he quedado. Para mí son muy importantes —Y le había enseñado varias piezas modestas, como unos pendientes y una medalla de oro.

David estaba en la cocina, acabando de preparar una ensalada de espinacas con queso de cabra y pera, cuando de repente se acordó del cachivache que había conectado en el coche.

—Sara, una pregunta —gritó desde la cocina—. Es simple curiosidad, es que no lo había visto nunca. ¿Para qué sirve una especie de cargador que llevas conectado a la toma de doce voltios? El que está en el reposabrazos.

La reacción de ella fue inmediata. Se incorporó de golpe, arrastrando la silla, y fue corriendo hacia la cocina. Desde el marco de la puerta le preguntó alterada.

—No lo habrás tocado, ¿verdad?

Él negó con la cabeza, sorprendido por ese tono que no era habitual en ella.

—¿Seguro que no lo has desenchufado por error? ¿Lo has manipulado? —Seguía acosándolo a preguntas. No parecía enfadada, sino asustada.

—No. Solo lo vi. Ya está.

Sara salió corriendo a la calle, hacia donde estaba el coche aparcado. Él fue tras ella, con las manos pegajosas de pera limpiándoselas en el pantalón sin darse cuenta.

—Sara, ¿qué pasa?

Ella abrió la puerta del conductor, deslizó la tapa y suspiró aliviada al ver que el *jammer* seguía allí conectado.

David se acercó despacio y, al fijarse mejor, se dio cuenta de que aquel aparato no era un simple cargador de móvil. La alegría que sentía por el coche se esfumó de golpe reemplazada por una inquietante señal de alarma.

—¿Qué es esto? —preguntó serio.

Tardó unos segundos en responder.

—Esto... es mi salvavidas —contestó mientras señalaba el dispositivo.

—¿Cómo que tu salvavidas? —dijo David con la sospecha de que, una vez más, aquello tenía algo que ver con Jaime.

Ella le sostuvo la mirada un segundo, se apartó el pelo de la cara y luego miró hacia otro lado.

—Es para para que él no sepa dónde estoy.

Aquello le golpeó. Levantó las cejas, sin poder ocultar su cara de sorpresa mientras se pasaba la mano por la nuca.

—Qué hijo de puta —murmuró—. Otra vez él.

Cada vez que su nombre aparecía en una conversación, salía a la

luz una nueva atrocidad sobre su carácter.

—Lo siento. Tendría que habértelo contado antes, pero me daba miedo que pensaras que exagero o que estoy loca. —Se retorcía las manos sin darse cuenta con una ansiedad difícil de disimular, con la sombra de David pensando que le ocultaba más secretos.

—No, no. Después de todo lo que te ha hecho no creo que exageres. Es que..., joder. —Tragó saliva sin saber qué más decir.

Se inclinó dentro del coche, acercándose esta vez, para examinar mejor los detalles del extraño cacharro.

—¿Qué hace exactamente?

Sara se tomó unos segundos antes de responder. ¡A ver cómo se lo explicaba sin que sonara a película de James Bond!

—Bloquea señales de GPS, móviles, ¡qué sé yo! —Se encogió de hombros, hablando con calma, sin dejar de tocar el borde de la tapa deslizante del coche, abriéndola y cerrándola—. Es un inhibidor. El tipo que me lo vendió dijo que era el mejor, pero solo lo tengo configurado para bloquear la señal del navegador del coche.

David parpadeó intentando procesar la información.

—¿De dónde lo has sacado?

Ella se mordió el labio. ¿Cuánto más iba a durar el interrogatorio? En realidad, no le molestaba que David la friera a preguntas; le daba miedo imaginar lo que estaría pensando.

—Si quieres saber dónde se compra... —respondió Sara al fin—. No se adquiere en el sentido tradicional; se consigue en el mercado negro. Es ilegal, está prohibido —hablaba en voz baja, como si estuviese revelando un secreto.

La frase le atravesó. David tensó la mandíbula, apretando los dientes, y se pasó la mano por el rostro desencajado. La simple imagen de verla moviéndose por barrios sórdidos y haciendo tratos con tipos peligrosos le puso la piel de gallina. Podía haberle pasado

cualquier cosa.

—Mira, David —ella continuó hablando al observar que sus gestos pedían detalles, aunque no los expresara con palabras—, cuando estás en una situación límite, una *de verdad* —dijo con rotundidad, marcando las palabras para no dejar dudas—, y tu vida depende de encontrar una salida, buscas hasta que la encuentras.

Hizo una pausa y respiró hondo. Por un nanosegundo, fue como si retrocediera en su propio DeLorean, directa al instante en que cerró el trato.

—¿Que no llamas a las puertas más deseables? Vale. Ni siquiera sabes quién está al otro lado. Pero créeme, cuando no tienes alternativas acabas haciendo lo que sea.

David no pudo evitar pensar que Sara había adquirido los conocimientos de un auténtico delincuente. Se apoyó en una piedra que había junto a él, pensativo. Demasiada información para asimilar de golpe.

—Entonces, ahora mismo solo funciona para fastidiar el GPS, ¿no?

—Exacto —respondió ella sin dudar—. No llevo ningún dispositivo rastreable: ni móvil, ni reloj inteligente, ni tablet, ¡ni siquiera tarjetas de crédito! Me aseguré de dejar todo en casa. Bueno, todo menos el coche.

—¿Y por qué justo el coche? Me refiero a ¿por qué no valoraste otras opciones?

—¿Te has parado a pensar lo complicado que es desaparecer usando otro medio de transporte? —Sara lo miró fijamente, para ella todo era más claro—. Un billete de avión o de tren se rastrea en segundos. Todo queda registrado: nombre, pago, destino, cámaras. Con el coche tengo control, me da independencia, no dependo de horarios o rutas marcadas. Si necesito irme ahora, me voy y listo. El

único problema era la señal de GPS, y sabía que Jaime la usaría para seguirme.

David escuchaba con atención, como si le hablaran en otro idioma, intentado cuadrar todas las piezas.

—¡Ah! —exclamó—. Creo que ahora lo entiendo. Así que no *hackea* ni se mete en sistemas, ¿no?

Sara negó con la cabeza, paciente.

—No, solo interfiere las señales.

David seguía perplejo.

—Vale, entonces... —estaba buscando las palabras para describirlo—, es como si alguien pusiera la radio a todo volumen y no puedes hablar porque nadie te escucha.

—Eso es, se trata de un ruido digital —sonrió. Por fin, David lo había pillado.

Él se quedó un segundo en silencio, impresionado y alarmado de que existieran herramientas tecnológicas capaces de hacer eso.

—Ni tan siquiera sabía que se fabricaban cosas como esta —murmuró aún incrédulo.

—Ni yo —respondió en voz baja—. Hasta que lo necesité.

David permaneció callado, repasando los detalles en su cabeza. Se levantó para mirar de nuevo el aparato a través del asiento del conductor, con una mezcla extraña de respeto y recelo. Era pequeño, ridículo a simple vista, y escondía un poder más grande de lo que podía imaginar. Intentó tocarlo, por instinto, pero Sara le atrapó la mano al instante.

—No lo toques —su voz tembló—. Es que... tengo miedo a que se desconecte y que el navegador comparta nuestra ubicación. Y eso es malo. Muy malo.

El silencio se volvió tenso. Sus palabras revelaban un profundo temor que la hacía vulnerable, y eso lo desarmó.

—Estoy asustada —confesó al fin, bajando la cabeza.

—Ey..., mírame.

—Estoy aquí —dijo posando una mano en su mejilla—. Y no voy a dejar que te encuentre. Te prometo que no te volverá a hacer daño.

Cerró los ojos con fuerza y él la atrajo hacia sí.

—¿Y si me encuentra?

—Entonces me tendrá a mi delante, esperándole.

La abrazó y la besó con tanta fuerza que se le cortó la respiración.

Pero lo que David no sabía era que Jaime ya estaba allí.

Capítulo 23

AL COMPLETO

Jara estaba de pie frente a la puerta del ayuntamiento. A su lado, Sara, con los brazos cruzados e inclinada sobre el tablón de anuncios, lo observaba en silencio. Habían quedado para tomar un café aprovechando la hora de descanso de Jara, que trabajaba como administrativa cerca de allí. Las dos contemplaban con curiosidad un cartel colgado en el tablón.

—«FESTIVAL A LUMBRE D'AS LEYENDAS» —Jara leyó en voz alta, acercándose un poco para ver mejor; se había dejado las gafas encima de la mesa.

Sara ladeó la cabeza.

—¿Qué significa?

—«A la luz de las leyendas» —respondió Jara, sin apartar la vista del cartel—. Es un festival que organiza el ayuntamiento desde hace años. Trata sobre las leyendas locales, esas que siempre nos han contado desde niños: criaturas mitológicas, espíritus del bosque, brujas.

Levantó los brazos y empezó a dibujar en el aire líneas y curvas, haciendo figuras invisibles.

Sara la observaba divertida, contagiada de su entusiasmo.

—Durante unos días, el pueblo se transforma —prosiguió—. Hay talleres, representaciones teatrales, música en la plaza y rutas nocturnas. Incluso algunos vecinos se disfrazan para contar historias por las calles.

—¡Ah, qué chulo! Apuesto a que el pueblo se pondrá hasta arriba de gente.

—Ni te lo imaginas. —Jara hizo un gesto exagerado con la mano —. Sobre todo familias. Es una forma de mantener vivas las tradiciones populares, pero también supone un empujón económico para el pueblo.

Sara sonrió intrigada.

—Pues ya sabes; este año no me lo pierdo.

—Y yo me encargaré de que tengas sitio en primera fila —dijo guiñándole el ojo.

Sara señaló de nuevo el cartel apuntando con el dedo unas letras.

—¡Mira! A las diez, «INAUGURACIÓN DEL MERCADO MÁGICO Y RINCÓN GASTRONÓMICO». Y luego pasacalles y una ruta teatralizada por el bosque.

—Podemos quedar por la tarde —propuso Jara entusiasmada—. Vamos al concierto de música celta-aragonesa y después vemos la Danza de las Bruxas.

—¿En qué consiste?

Jara puso voz misteriosa y alzó las manos moviendo los dedos como si diera forma a un hechizo.

—Es un ritual ancestral. Las bruxas del Pirineo hacen una danza mágica para invocar a la primavera. Bailan en círculo, rodeadas de humo y sonidos del bosque. El fuego no es real, claro —añadió—, solo luces y niebla, pero te envuelve tanto que parece de verdad.

—Uauu —exclamó Sara, sin poder ocultar la euforia—. Me muero de ganas de verlo.

Las dos se quedaron unos segundos en silencio, contemplando la ilustración central, que mostraba a varias figuras encapuchadas entre la niebla, danzando bajo una luna de color naranja en un bosque oscuro.

Sin decir nada más, sonrieron y reanudaron el camino hacia la cafetería.

De repente, Jara se detuvo al pasar frente a un pequeño local con un letrero que decía «Se alquila».

—¡Mira, Sara! —exclamó tirando de su mano con entusiasmo.

Ella parpadeó desconcertada.

—¿Qué pasa?

Jara trataba de buscar un huequito entre el papel que tapaba los cristales para ver el interior.

—¿No te lo imaginas? —dijo yendo de un lado a otro del escaparate—. Una oficina perfecta para ti. ¡Tu despacho de contabilidad aquí mismo!

Sara se tapó la boca con los dedos para no dejar escapar una risita. Sintió un cosquilleo de duda y emoción a la vez: la idea era tentadora, pero al mismo tiempo le producía vértigo.

—¿Tú crees que un negocio así funcionaría? ¿Aquí?

—No te van a faltar clientes —aseguró rotunda—. Este es un pueblo turístico y la mayoría tienen negocios. Todos se quejan de lo mismo: son incapaces de llevar ellos solos los impuestos.

Sara se pellizcó el labio mientras la idea empezaba a cuajar en su cabeza, aunque le provocase la sensación de estar saltando al vacío.

—¿Te imaginas lo que supondría para ellos tener una oficina aquí mismo, al lado de casa? Comodidad, confianza, cercanía.

—Nunca se me habría ocurrido —murmuró Sara alzando las cejas.

Jara continuaba hablando, con la nariz pegada a la ventana y las manos alrededor de los ojos formando un túnel para ver mejor.

—Mira a David. Está como niño con zapatos nuevos desde que te ocupas de sus papeles.

—Es verdad —rio Sara con una mezcla de orgullo y satisfacción.

David se había encargado de gritar a los cuatro vientos que ella era licenciada en Economía y experta en contabilidad, así, resumiendo con sus propias palabras.

Y lo cierto es que la propuesta de Jara resultaba coherente. ¿Por qué no? Podría montar su propio negocio, empezar desde cero, en el sentido más amplio de la palabra, y ser, de una vez por todas, independiente. El corazón le latió un poquito más rápido.

—Piénsalo —susurró Jara como si pudiera leerle la mente.

Se alejaron de allí caminando sin prisa mientras seguían charlando animadamente de sus cosas.

Al doblar la esquina pasaron junto a la posada del pueblo. Era una casona antigua de piedra, restaurada hacía unos años, aunque fiel a su historia. Tenía pocas habitaciones, pero todas con encanto: suelos de madera natural, cortinas bordadas a mano y balcones estrechos con apenas espacio para asomar los pies.

Dentro, un hombre frente a la recepción, de espaldas a la calle, captó la atención de Jara. Era joven y estaba bien vestido; su sola presencia desentonaba con el ambiente rural de la zona. Llevaba un traje a medida y sus zapatos Oxford de piel relucían sin una mota de polvo.

En la mano sostenía la llave del coche con el logotipo de la marca: una T plateada incrustada sobre el fondo negro brillante. No era la típica llave cuadrada de otras marcas; de hecho, ni siquiera

parecía una llave. Era una réplica en miniatura del propio vehículo. Un niño la habría confundido con un juguete si no fuera porque era demasiado elegante y minimalista.

Las chicas pasaron por delante del ventanal y Jara volvió a mirar de reojo al hombre, que discutía con la recepcionista. Parecía insistir en alquilar una habitación, pero desde fuera se veía cómo la mujer negaba moviendo la cabeza y gesticulando con las manos para dejar claro que estaba todo al completo.

Jara pensó que, si aquel tipo buscaba alojamiento para ese fin de semana, lo iba a tener complicado.

Capítulo 24

DESESPERADO

La recepcionista, con una sonrisa amable que ya empezaba a desdibujarse, negó con la cabeza.

—Señorita, vuelva a comprobar si queda alguna habitación libre —insistió Jaime—. Estoy dispuesto a pagarle el doble si hace falta, pero necesito quedarme en esta zona.

La mujer lo observaba con curiosidad. No era habitual ver en la posada a este tipo de clientes: trajeados y sin compañía. La mayoría eran parejas buscando una escapada romántica o senderistas con botas de montaña cargados con abultadas mochilas.

—Lo siento mucho, señor —dijo con paciencia—. Tenemos todo reservado desde hace meses. Este sábado se celebra el festival A la Luz de las Leyendas, y la gente no quiere perdérselo.

—No me interesa el festival. Estoy aquí por otros asuntos.

—En ese caso, señor, insisto: no hay disponibilidad.

Jaime hizo una mueca de fastidio, se pasó la mano por el pelo, un gesto que repetía cuando empezaba a perder la paciencia, y miró a su alrededor como si buscase una solución.

—Perfecto. Festival, leyendas, cero habitaciones —murmuró con

sarcasmo dejando escapar un suspiró de frustración. Al fin, dio media vuelta sin decir ni gracias.

Se dirigió hacia su coche aparcado en una zona alejada del centro. La puerta se abrió sola al detectar su presencia; se dejó caer en el asiento y cerró los ojos en cuanto su cabeza tocó el respaldo.

No quería regresar al hostal de carretera donde se alojaba desde hacía ya tres noches. No soportaba el olor a gasolina de la estación de servicio que tenía a escasos metros, ni el ruido constante de los camiones maniobrando. Además, tenía que hacerse con ropa nueva, no podía seguir con el mismo traje durante más tiempo. Lo que debía ser una escapada de un par de días se estaba alargando demasiado.

El retumbar del móvil en la chaqueta lo sacó de sus pensamientos. Lo desbloqueó y vio una lista interminable de llamadas perdidas del trabajo. Se frotó los ojos en un gesto de desesperación.

«Esto se me está yendo de las manos y todo por culpa de ella. Solo quiero recuperar mi rutina, pero la muy... me lo está poniendo difícil», pensó apretando la mandíbula.

Sus manos se cerraron alrededor del volante y dejó caer la cabeza, harto de no conseguir resultados. Abrió de nuevo la aplicación de Mercedes Me y marcó la solicitud para conocer la localización del coche. Accedió con desgana, sin esperar novedades, aguardando a que la ubicación parpadeara fija en el taller.

Pero esta vez fue diferente: el coche se había movido. Apenas unos metros, un movimiento sutil, pero lo suficiente para helarle la sangre.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó con un júbilo contenido.

Se irguió en el asiento como impulsado por un resorte y amplió el mapa con los dedos.

—Sigue estando en este pueblo.

Sin perder un segundo, pulsó el botón de arranque, dio marcha atrás de forma brusca, y el coche salió disparado, haciendo silbar las ruedas. Giró el volante con decisión y se lanzó en dirección hacia donde estaba el icono.

Durante el trayecto el paisaje fue cambiado poco a poco. Atrás habían quedado las calles estrechas del pueblo, que ahora se habían convertido en una zona de vegetación más frondosa, con casas aisladas entre árboles altos y la montaña alzándose imponente detrás.

Se inclinó, para ver mejor a través del parabrisas, con la vista fija en la ladera. A muchos les habría parecido un sitio idílico para desconectar, incluso para vivir. Para él, todo lo contrario.

—¿Pero qué mierda de sitio es este? —protestó chasqueando los labios cuando el navegador le indicó que entrara en un camino de tierra.

El deportivo avanzaba lento, esquivando los baches que se había formado con las últimas lluvias. Al girar la curva se encontró con otra casa más. Era grande, de una sola planta, rodeada por una amplia explanada de grava y tierra prensada que hacía las veces de aparcamiento.

El exterior estaba forrado de piedra y el tejado era de pizarra. Un amplio porche de madera rodeaba la parte delantera y unos amplios escalones conducían a la puerta principal.

Ni rastro de su coche. Sin embargo, volvió a conectar la aplicación y vio que el punto seguía parpadeando allí mismo. «¿Pero dónde?», pensó mirando a su alrededor.

Se bajó del coche y cerró la puerta despacio para no hacer ruido, solo el crujido de la grava al andar rompía esa calma. No había nadie.

Subió por las escaleras y se asomó por una de las ventanas que daba al porche. Dentro vio un gato que bebía agua junto a un comedero lleno de bolas de pienso.

Volvió a salir de la *app*. Tal vez necesitaba actualizarse para mostrar la ubicación en tiempo real.

—Nada. Sigue igual —murmuró frunciendo el ceño sin dejar de mirar la pantalla.

Bajó de nuevo por la escalera para inspeccionar el exterior. Se acercó al lateral de la casa deslizando los dedos por la pared de piedra, fría, áspera, y caminó hasta la parte trasera, donde el terreno descendía hacia un pequeño arroyo, apenas visible entre la maraña de árboles. El murmullo del agua no lograba ocultar el ruido de las ramas y hojas a su paso.

Al rodear la esquina trasera, un brillo metálico captó su atención. Se detuvo en seco.

Allí estaba. Su coche. Lo habían aparcado bajo un tejado de chapa como si quisieran ocultarlo.

Jaime se quedó en el sitio, intentando controlar la respiración, recorriendo con la vista la zona que había a su alrededor y buscando cualquier indicio de actividad.

De Sara, ni rastro.

No debía permanecer allí más tiempo, alguien podría llegar y darse una situación muy incómoda. Él era de los que preferían tener un plan. Tenía que marcharse, al menos por ahora. Después ya vería.

Se incorporó para sacudirse el polvo y estirarse la camisa arrugada. Era consciente de que después de tres días con la misma ropa mostraba un aspecto desaliñado y lo que buscaba era pasar desapercibido.

De modo que regresó hasta su coche y condujo por el mismo

camino de tierra por el que había venido. Pasó junto a los mismos árboles, las mismas casas dispersas, pero ahora le parecía todo diferente.

Llegó hasta una zona comercial. El bullicio de la gente yendo de un lado a otro, que caminaban distraídos cargados con bolsas, mientras él avanzaba esquivándolos, le suponía una molestia.

Tuvo que atravesar varios pasillos hasta dar con una tienda de ropa deportiva. No era su estilo, pero precisamente era lo que buscaba: discreción. Cogió unos pantalones cargo, una sudadera *oversize* con capucha y unas zapatillas Nike. Entró al probador y corrió la cortina.

Se estudió frente al espejo con su nuevo atuendo, mirándose de arriba abajo, girando el torso.

«Fantástico. He pasado de ser un ejecutivo de alto nivel a parecer un delincuente de barrio», ironizó.

Cuando salió era otra persona.

***

El camino estaba igual que antes, todo seguía en su sitio; sin embargo, para él, el ambiente se había vuelto hostil.

Antes de llegar a la pista de tierra que conducía a la vivienda, se desvió en un cruce y avanzó por un sendero poco transitado, casi oculto por la maleza.

«Bordearé la zona a pie. Tardaré unos minutos, aunque no estoy lejos».

Se abrió paso con dificultad entre los arbustos, esquivando ramas que se le enganchaban en la ropa y le arañaban la cara. Al fin llegó a un claro desde el que divisaba la construcción casi en su totalidad: el porche entero y un lateral. Se sentó junto a un árbol

enorme que debía de tener al menos doscientos años.

Y esperó. No tenía prisa.

Esperó una hora, o dos; el tiempo apenas transcurría.

Y entonces escuchó algo: el ruido de un motor que se aproximaba. Era una *pick up*, una Toyota de esas que están hechas para atravesar cualquier terreno y responder en todo tipo de situaciones. De gran tamaño, algo tosca, con la parte trasera oculta por una lona que protegía la zona de carga. Estaba cubierta de polvo y, en los laterales, se apreciaban varios arañazos.

Un tío que tendría su misma edad se bajó, cruzó el porche y desapareció tras la puerta, con un maletín en la mano.

Jaime sacó el móvil y, con un ligero temblor en los dedos, activó el *zoom* de la cámara para captar los detalles del hombre, pero no tuvo tiempo, enseguida se esfumó.

Continuó moviendo la cámara del teléfono de un lado a otro. Enfocó a la matrícula de la camioneta y mantuvo el *zoom* fijo hasta memorizarla.

El tipo no tardó mucho en volver a salir. Se montó de nuevo en el coche y se alejó.

Jaime permaneció atento a cualquier movimiento, ansioso por ver a Sara aparecer de un momento a otro. Estaba convencido de que el coche no estaba allí aparcado por azar. Sin embargo, la casa continuó vacía.

Estaba anocheciendo y el frío le calaba los huesos, pero no se movió hasta que empezó a tiritar y a sentir los músculos entumecidos.

Se puso de pie sacudiéndose la tierra de los pantalones y echó un último vistazo hacia el porche.

—Será mejor que regrese antes de que me congele —susurró—. No quiero perderme en estos bosques.

Lejos de desanimarse se alejó satisfecho del lugar.
Iba por buen camino.
Ahora solo tenía que localizar esa camioneta.

Capítulo 25

A LUMBRE D'AS LEYENDAS

El sábado, el pueblo amaneció irreconocible, parecía otro. Las calles estaban decoradas con cintas y banderines que se movían con el viento, dándole a todos los rincones un aire festivo y alegre.

En la plaza habían levantado un pequeño escenario de madera para dar los conciertos y otras actividades que se iban a celebrar. A su alrededor, el mercadillo ya estaba en marcha, con varios puestos que ofrecían productos artesanales y que se extendían también hacia alguna de las calles paralelas, donde se podía ver alguna exposición de esculturas y cuadros con la temática de las leyendas.

Jara avanzaba entre la muchedumbre con Sara a su lado. Mientras se dirigían hacia uno donde vendían jabones naturales, los chicos se habían quedado haciendo cola en la barbacoa.

El aroma a incienso, aceites y cuero curtido que venía del puesto de bolsos se mezclaba con las risas de los niños que corrían por la plaza.

—No pensé que sería tan grande y que habría tanta gente —comentó Sara maravillada—. Y ese señor va disfrazado de... ¿cabra?

Jara soltó una risa.

—De rebeco, para ser más exacto —corrigió—. Es el Basajauru, el guardián ancestral con forma de rebeco que protege nuestros bosques y guía a los excursionistas perdidos. Aunque, sinceramente, si además patrullara para espantar a los imprudentes, ya sería perfecto —bromeó con ironía.

Sara rio.

—¿Y tú crees en esas cosas?

Jara se encogió de hombros.

—Me gusta creer que hay algo de verdad en las historias que cuentan, todas nacen de algo real. —Se acercó a un puesto a oler una vela aromática—. Y, sobre todo, forman parte de nuestra tierra.

Un sonido de gaitas interrumpió la conversación. Bajando por la calle principal, una comparsa avanzaba con ritmo alegre. Tras ellos, un hombre vestido con un traje negro y naranja y una máscara con forma de pico comenzó a relatar una historia en voz alta. La gente se detuvo a su alrededor escuchando atentamente.

—Mira, Sara. Este es el Causamóns, protector de los cielos. Esta leyenda te va a encantar. Representa al Quebrantahuesos, un ave que se alimenta de huesos. Si ves uno, dicen que tendrás un buen año.

Sara la miró divertida.

—Vale, pero, si esta noche tengo pesadillas a causa de todas estas criaturas, te echaré la culpa.

Las dos rieron al tiempo que se arrimaban al grupo de espectadores. Escucharon con atención como el Causamóns narraba su historia en voz baja, haciendo pausas para darle un aire misterioso y batía las alas para escenificar y dar más realismo a la leyenda. Los niños lo miraban fascinados con la boca abierta.

Al acabar, la gente aplaudió con fuerza.

Poco a poco los aplausos cesaron y entonces las chicas continuaron su camino hacia el puesto de jabones que estaba al final del callejón.

Avanzaban, abriéndose camino entre la gente y curioseando en las diferentes casetas que iban encontrando. Se pararon en una de dulces y licores hechos con hierbas del campo.

—Espera, Sara. Quiero preguntar cuánto vale esa botella de hidromiel.

Su amiga intercambió unas palabras con el tendero y cuando acabó siguieron andando. Un poco más lejos, Sara vio otro puesto que atrajo su atención.

—Vamos a ver ese de allí —dijo señalando el que tenía un cartel en la parte superior: «EL BOTIQUÍN NATURAL - INFUSIONES, JARABES, CATAPLASMAS».

Al cuidado había una mujer, ya de avanzada edad, vestida acorde con la temática de la feria: falda larga y vaporosa a juego con la blusa, unos enormes pendientes de aro y los dedos llenos de anillos. Solo le faltaba el pañuelo en la cabeza para que su apariencia fuese la de una auténtica gitana romaní.

Tenía los productos expuestos en una mesa plegable cubierta por una colorida tela. Varias cajas apiladas servían de mostrador para dar mayor visibilidad a todo.

Sara observaba detenidamente los frasquitos de cristal, etiquetados con letra rústica:

«Té de pasiflora - Para el descanso y el estrés».

«Saúco - Alivia la fiebre».

«Regaliz - Suaviza la garganta. Mejora la tos».

—¡Vaya, qué interesante! —exclamó Sara sin apartar la vista de todo lo que tenía frente a ella.

La mujer las miró con un gesto de ternura.

—Chiquillas, ¿qué buscáis? ¿Un remedio para el cuerpo o para el alma?

Las dos amigas se miraron sonriendo.

—Nos vendría bien un poco de todo —contestó Jara con un suspiro—. Pero hoy me llevaré ese anillo con la piedra azul; el que tiene ahí —dijo señalando un expositor.

Sara seguía embobada recorriendo el puesto con la vista. Colgados del techo por una fina cuerda pendían varios atrapasueños, tejidos en forma de red. Las plumas de diferentes colores se mecían con el aire de un lado a otro.

—Me hace falta uno de estos —murmuró pensando en las pesadillas que aún la despertaban algunas noches.

Al fondo, en una cesta de mimbre, había varios saquitos de tela de yute sin etiquetar y que ocultaban su contenido.

—¿Alguno sirve para alejar las malas vibras? —preguntó Sara apuntando a la cesta.

—Tengo varios —contestó la mujer—. Deja que busque.

La mujer rebuscó entre los saquitos y sacó uno.

—Llévate este; contiene ruda y romero. La ruda es una planta protectora muy potente y el romero protege de las malas energías.

Sara extendió la mano y la mujer le entregó el saquito, cerrándole los dedos con firmeza alrededor del pequeño bulto. Al contacto, la mujer entrecerró los ojos y sintió una corriente helada que le trepó por el brazo. Fue tan rápido que ni siquiera tuvo tiempo de apartarse.

—Niña, ten cuidado —susurró mirando a Sara fijamente—. Hay presencias que no se ven, pero que acechan. —La mujer se quedó callada un momento—. Esto te lo regalo.

Sara sintió un vuelco en el estómago, no pudo evitar pensar en Jaime.

—No, por favor. Dígame cuánto le debo —pidió, algo incómoda con la situación.

—No es nada —respondió la mujer—. Ahora, marchaos y disfrutad de la fiesta.

Sara guardó con cuidado el saquito y se alejaron poco a poco del puesto.

—¿Qué habrá querido decir? —preguntó Sara.

Una punzada le atravesó el pecho al recordar de nuevo a Jaime.

—Bah, no hagas caso —contestó Jara restándole importancia—. Está interpretando el papel de hechicera misteriosa.

Sara no estaba tan segura. Quizás para Jara era parte de la diversión, pero para ella la intuición rara vez le fallaba y, aunque no lo dijera, ella creía en esas cosas de brujas. Giró la cabeza una vez más hacia el puesto y vio que la falsa romaní continuaba mirándola.

—Puede que tengas razón —dijo Sara encogiéndose de hombros.

Jara le dio un pequeño codazo para desviar sus pensamientos.

—Venga, vamos a buscar a los chicos.

Sara esbozó una tímida sonrisa, intentando disimular su preocupación, y volvieron a colarse entre el bullicio de la gente.

Los encontraron apoyados en la barra del chiringuito sujetando unos platos de cartón en una mano y, en la otra, unas cervezas. Habían pillado unos montaditos de chorizo y lomo a la brasa que olían deliciosamente.

—¿Dónde os habíais metido? —preguntó Silván.

—Venimos de buscar suerte —dijo Sara arqueando los labios.

—O de espantar la mala —añadió Jara.

Ellas intercambiaron una mirada de complicidad.

—¿Y los jabones? —preguntó Silván.

Ambas compartieron una sonrisa.

—Nos hemos olvidado por completo —respondieron casi al

unísono estallando en risas.

Los dos hombres se miraron entre sí, sin articular palabra, en un gesto de «¿tú entiendes algo?». Pero desviaron la conversación hacia otro asunto.

Al fondo se escuchaba la música de un grupo folk que tocaba en la plaza. Las voces y las risas se mezclaban con las canciones y el humo de la brasa. El ambiente era divertido y Sara se relajó pensando que nada malo podía pasar estando rodeada de sus amigos, aunque no conseguía quitarse esa pequeña presión en el pecho, constante, como una alerta.

Era ya de noche y la plaza estaba abarrotada de gente. Se habían encendido las bombillas y los banderines de colores brillaban con más intensidad. Los niños se movían en corro, vigilados por sus padres, que bailaban cerca de ellos, mientras un grupo de abuelos observaban, sentados en el banco de piedra, cómo se divertía la gente.

—¡Aaarriba esas manoooos! —gritó el cantante, y la gente empezó a dar palmas saltando sobre sus pies.

La banda acabó su cuarta canción y esta vez el ritmo se volvió más lento.

David rodeó la cintura de Sara desde atrás y ella dejó que su cabeza descansara sobre su hombro. Él respondió acercándose más, besándola en el cuello y dejándose seducir por su perfume. La temperatura subió entre sus cuerpos. Cada roce con la piel, cada caricia, era una mecha encendida.

Comenzaron a bailar despacio. David la giró con suavidad y apoyó las manos en sus caderas. Sara se dejó llevar con pasos lentos y le rodeó el cuello con los brazos.

El mundo pareció detenerse en ese instante y dejó de pensar en todo lo demás. Solo estaban ellos y la música, que en sus oídos ni

siquiera sonaba fuerte; como si alguien hubiese bajado el volumen al pueblo entero.

La canción terminó. Los aplausos estallaron a su alrededor, de fondo. Pero no se movieron. Siguieron abrazados, como si el grupo siguiera tocando.

Sara se puso de puntillas y acercó su rostro al de David, que se inclinó hacia ella, sin prisa. Sus labios se rozaron con cierta timidez antes de fundirse en un beso profundo.

Al separase, se miraron a los ojos, sonriendo. Y solo entonces se unieron a los aplausos con un leve retardo.

Los músicos parecían a punto de hacer un descanso; dejaron a un lado los instrumentos y se dispersaron para beber agua. En un arrebato, David se escabulló del grupo y trepó hasta el escenario.

Se acercó al cantante e intercambió unas palabras con él, que divertido asentía con la cabeza.

—¡Escuchad todos un momento! —gritó con micrófono en mano —. Aquí, mi amigo —dijo señalando a David con sonrisa pícara— quiere dedicar una canción a una persona muy especial.

Desde el público, se oyeron murmullos, risas y silbidos, expectantes ante lo que iba a ocurrir.

—Será mejor que hable él mismo.

El vocalista le palmeó la espalda y le pasó el micrófono.

Sara, que hasta ese momento no había prestado atención al escenario, se giró para ver qué se estaba cociendo. Y en ese instante lo vio allí arriba, con el micrófono temblando en su mano.

Jara y Silván estaban desternillándose de risa a su lado.

—¿Pero qué hace ahí? —preguntó Sara en voz alta.

David empezó a sudar y a pasarse la mano por la cabeza.

Ella lo miró con una ternura repentina; siempre se mostraba tan seguro que verlo así, tan vulnerable, la descolocó.

—Yo... esto se me da fatal. Pero si no lo digo reviento.

—¡Ánimo, suéltalo ya! —Se escucharon gritos al fondo.

David resopló y el ruido sonó amplificado por mil, como una ráfaga de aire tan fuerte que algunos se taparon los oídos.

—¡Perdón! Yo... —volvió de nuevo a la carga y respiró hondo— he conocido a una mujer especial que me ha cambiado la vida —dijo al fin—. Estar con ella me hace mejor persona. Quiero que sepa lo mucho que me importa.

La gente rompió en aplausos. Sara se llevó las manos a la cara, muerta de la vergüenza, pero conmovida a la vez. Algunas miradas se volvieron hacia ella y notó cómo se convertía en el centro de atención.

David continuaba sujetando el micrófono, animado por los gritos.

—La próxima canción es para ti, Sara —anunció—. Te quiero.

Un foco recorrió las caras buscando entre el público a la afortunada, hasta que se detuvo en Sara. Y entonces David entregó el micrófono al guitarrista, que lo observaba sonriendo. Saltó fuera del escenario y corrió hacia ella, que lo esperaba con ojos vidriosos, desbordada por la emoción.

—Te quiero —volvió a repetir David en voz baja cuando estuvo frente a ella.

—Te quiero —le respondió arrojándose a su cuello.

David estalló de alegría y sin poder contenerse empezó a gritar.

—¿Lo habéis oído? ¡Me quiere!

Sin pensarlo, en un arrebato de emoción, la levantó del suelo; ella, sorprendida, soltó un pequeño gritito y los dos estallaron en una risa descontrolada mientras giraban.

—Es la primera vez que te escucho decir que me quieres —le susurró David al oído, tan bajito que solo ella pudo oírlo.

—Hace tanto tiempo que no siento algo así que había olvidado

que existía esa palabra.

Decirlo en voz alta le resultó liberador y lleno de esperanza, como si una parte de ella volviera a despertar. Y las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas.

David la observó en silencio, un instante, y sin decir nada deslizó sus dedos con suavidad para secar las lágrimas. Luego, con una inmensa ternura, la tomó del rostro con ambas manos y la besó.

Se separó, la miró fijamente, como si estuviera intentando transmitir todo lo que sentía a través de sus ojos, y volvió a besarla.

Sabían que esa noche iba a ser mágica.

Pero, mientras reían, una figura se movía entre la gente, casi invisible. Sin acercarse, solo observando.

Ya avanzada la noche, el grupo se fue alejando de la plaza, ahora casi vacía, en dirección al aparcamiento. La mayoría de los puestos habían echado las cortinas y todo estaba recogido. En un banco cercano, una pareja se hacía carantoñas, ajenos a su alrededor.

Sara se quedó unos pasos por detrás de sus amigos, distraída leyendo un panfleto que había recogido del suelo.

De pronto, tuvo una sensación extraña, como si alguien la observara entre la oscuridad del callejón. Una corriente fría le recorrió el cuerpo y el corazón se le aceleró. Se giró, pero no vio a nadie, aunque juraría que algo se movió entre las sombras.

—¿Estás bien? —preguntó David retrocediendo para alcanzarla.

Ella asintió y reanudaron el camino, pero Sara no pudo evitar volver la vista atrás. Nada. Pese a ello, la sensación de que tenía unos ojos pegados a su espalda no desapareció.

Metió la mano en el bolsillo y apretó con fuerza el saquito de ruda y romero, deseando que desatara su magia. Nunca antes había necesitado creer tanto en una superstición.

Capítulo 26

TE BUSCO

El ayuntamiento había habilitado una zona de aparcamiento para el festival, en un terreno alejado del centro del pueblo donde se celebraban los espectáculos principales. Era un campo abierto, con el suelo de tierra y lleno de vallas metálicas que, en teoría, tenían la función de delimitar las zonas de estacionamiento.

A lo lejos se vislumbraban los farolillos y banderines de colores colgados de las farolas, aunque el alboroto de la feria no alcanzaba aquel descampado. Todas las calles del pueblo estaban cortadas y no había otros accesos, que no fuese a pie, para llegar al centro. Así que todo el tráfico se había desviado hacia esa zona.

Jaime circulaba en caravana, inmerso en una corriente de coches que avanzaban lentamente en la misma dirección.

—Por fin —murmuró al ver a lo lejos las señales del aparcamiento—. ¡Qué gentuza! Cualquier excusa les sirve para reunirse. Si ahora cayera un meteorito los eliminaría a todos de una vez.

El Tesla llegó al último tramo, una zona donde ya no se guardaba el orden, y las filas habían dejado de existir por la falta de espacio.

—Esto es imposible —refunfuñó—. Si la gente aparcase con un mínimo de criterio, cabrían el doble de coches.

Tras varias vueltas encontró un hueco libre, entre una retama y un monovolumen destartalado, que sin duda había vivido mejores días.

—Genial, justo lo que quería —meneó la cabeza disgustado—. El estado de un coche es el reflejo de su dueño. Esperemos que no me arañen el Tesla.

Pero, como no había otro sitio, no le quedó más remedio que asumir el riesgo.

Jaime se bajó y cerró la puerta.

No tenía claro por dónde arrancar, pero sí lo que buscaba: una Toyota *pick up* y al tipo que la conducía. Así que decidió empezar por lo más obvio dadas las circunstancias: el lugar donde estaba reunido todo el pueblo.

—Si su camioneta está aquí, él tampoco debe andar lejos —pensó al observar la marabunta de vehículos—. Tiene que estarlo.

El aire olía intensamente a gasolina, mezclado con el polvo que levantaban los pies de la gente en el trasiego de ir y venir. Le provocó una tos seca, que no hizo más que encender su irritación.

Los coches estaban aparcados de forma un tanto caótica: algunos en doble fila, otros subidos en zonas de piedra con el riesgo de luego no poder salir.

—Pero qué más da. Lo importante es el circo que han montado, ¿verdad? —ironizó al pensar en lo ridículos que eran.

Inspiró hondo, soltó el aire con fuerza y se preguntó cuál era el mejor punto de partida. «El principio», pensó.

Decidido, avanzó entre la hilera de coches y comenzó a recorrer la zona más alejada de la salida.

No necesitaba un examen minucioso; de un vistazo podía

descartar modelos, pero le llevaría tiempo. Turismo, todoterreno, otro turismo, furgoneta... Nada.

—Estoy seguro de que estás aquí —repetía una y otra vez, sin detenerse ni un minuto—. No puedes esconderte de mí, hoy no.

Aunque todavía no era de noche, la luz estaba empezando a caer y decidió encender la linterna del móvil.

Estaba a punto de perder la esperanza cuando, de pronto, sus ojos tropezaron con la camioneta al final de un montículo. No la había visto antes porque un árbol de grandes dimensiones la ocultaba casi por completo.

Corrió hacia allí y al llegar se detuvo frente a ella examinándola. No cabía duda: era la Toyota que estaba buscando. El mismo color, las puertas laterales arañadas; todo coincidía. Sacó el móvil y comprobó la matrícula que anotó el día que estuvo en la casa.

Suspiró aliviado. Sabía que tenía razón, siempre la tenía.

Primera prueba superada. La siguiente iba a ser más complicada: encontrar al tipo entre cientos de desconocidos.

Se quedó un momento inmóvil, recorriendo con la vista el aparcamiento abarrotado. El ambiente festivo se intuía a lo lejos por el resplandor de las luces y el movimiento incesante de la gente.

Hizo una mueca de desagrado al pensar en lo que venía a continuación: el corazón del festival. Guardó el móvil en el bolsillo y echó a andar en dirección al centro, arrastrado por los que avanzaban entusiasmados hacia la fiesta.

El pueblo estaba atestado. Jaime no paraba de soltar un montón de improperios entre dientes, con evidente fastidio. Odiaba las aglomeraciones y más aún tener que esquivar a las personas que caminaban de un lado a otro sin prisa, deteniéndose cada pocos pasos en los tenderetes, que lo único que mostraban era bisutería barata y artículos con la etiqueta «artesanal».

Una peste a carne a la parrilla se mezclaba con olores penetrantes a hierbas secas y a incienso quemándose.

Jaime se frotó la cabeza con la mano, ya empezaba el dolor, y el ruido parecía clavarse en sus sienes.

Una señora pasó a su lado y sin querer le rozó con un enorme bolso que llevaba colgado del brazo.

—Disculpe, señor —dijo la mujer.

Jaime no contestó, se limitó a mirarla con desdén. La paciencia se le agotaba con cada minuto que pasaba.

Mientras caminaba entre el gentío, escudriñaba cada rostro, cada rincón que alcanzaba a ver. De repente, un grupo de hombres charlando entre risas captó su atención. Estaban de pie con unos vasos de cartón en la mano, bebiendo. Uno de ellos coincidía con la descripción del tío que buscaba, pero estaba de espaldas y necesitaba estar seguro de que era él. Así que se acercó por detrás y, como si hubiera perdido el equilibrio, fingió un tropiezo dejándose caer sobre su hombro.

—Perdona —dijo en tono amistoso, como si hubiera sido un simple accidente.

El otro se giró enseguida, volviéndose hacia él con un gesto de sorpresa. Jaime analizó sus rasgos al instante. No era él. El hombre, sin dar más importancia, siguió hablando con sus amigos; y Jaime, tragándose su decepción, continuó su búsqueda por el mercado.

Llegó hasta una de las calles donde habían instalado los puestos de venta. Los miró de reojo, sin entusiasmo, casi con desprecio.

Uno atrajo su atención, no por lo que vendían, sino por la mujer que estaba detrás del mostrador. Ella se le quedó observando sin pestañear. Tenía el aire de una gitana, pero sin llegar a serlo; se notaba que se había vestido así para dar más teatralidad al ambiente.

Jaime le sostuvo la mirada unos segundos, «¿qué coño mira?», pero se sintió incómodo y enseguida se alejó de allí con paso rápido. No tenía tiempo de tonterías.

—¡Vaya, lo que faltaba! —exclamó al toparse con una charanga que bajaba por una cuesta.

Tocaban alegremente las gaitas y tambores, y una persona recitaba una especie de poema acerca de unas criaturas protectoras de la naturaleza. Muy a su pesar, el desfile le obligó a detenerse y a esperar a que pasaran.

—¿Eso era un pájaro? Pero qué necesidad tiene la gente de hacer el ridículo.

Todo le resultaba caótico, el ruido le taladraba el cráneo. Jaime se abría paso entre la multitud, empujando y buscando huecos por donde avanzar; quería llegar hasta la plaza, su último destino.

«Sin duda, será la zona más difícil —pensó—. Demasiada gente apelotonada».

La música se escuchaba más alta a medida que se acercaba al centro. Era un hervidero de gente. Habían instalado un escenario donde un grupo de *hippies* cantaban canciones sobre la cultura y tradiciones de la región. La voz grave del cantante se acompasaba con los acordes de una guitarra.

En la plaza no cabía un alfiler: gente sentada en las escaleras que subían hacia la iglesia; otros en los poyos de piedra y los que tenían más marcha bailaban frente al escenario.

Las bombillas colgadas de las guirnaldas proyectaban una luz tenue y anaranjada que desdibujaba los rostros y hacía más difícil reconocer a nadie. El ambiente se sentía cada vez más pesado, como si se estrechara a su alrededor.

Jaime se quedó de pie en una esquina, en una posición más elevada que le permitía tener una vista panorámica de la plaza.

Entre tantas personas pasaba completamente desapercibido, casi como una sombra entre la multitud. Había sido un acierto comprar esa ropa informal.

Observaba con atención cada silueta: parejas abrazadas, un niño tirando de la mano de su madre, adolescentes tonteando con unas chicas... Sus ojos se deslizaban de un lado a otro, estudiando cada movimiento a su alrededor.

El ritmo de la música cambió y se hizo más lento.

—Vale, ahora toca canción moña —masculló entre dientes.

En el centro, el público comenzó a reunirse en parejas, atraído por las primeras notas musicales de una canción lenta que la banda empezaba a tocar. La escena de los cuerpos abrazados le recordó por qué estaba allí. El pensamiento de Sara lo golpeó como un mazo. Desvió la mirada hacia otro lado porque esas imágenes de gente enamorada le dolían como una herida infectada y no lo soportaba. Como si tuviera un interruptor, apagó la luz y se desconectó de ese momento.

Un estallido de aplausos lo trajo de nuevo a la realidad. Al fondo, alguien gritaba algo que no logró entender; otros silbaban, risas... Todos parecían un poco alborotados, algo estaba pasando.

De pronto, se oyó un resoplido nervioso de alguien que sujetaba un micrófono y se amplificaba brutalmente por los altavoces.

—¡Agh! ¿Pero qué ruido es ese? —protestó Jaime haciendo una mueca de fastidio.

Sus ojos se posaron en el escenario de donde provenía todo el revuelo. Pero no prestó atención. Apenas se detuvo unos microsegundos para ver que un espontáneo, en un alarde de valentía, se había subido allí y parecía querer decir unas palabras. No podía distraerse y se desplazó unos metros para seguir acechando.

El romántico del escenario seguía hablando, animado por los vítores del público.

—Por favor, que se lo quiten ya —susurró haciendo una mueca de desprecio mientras caminaba hacia la parte derecha de la plaza.

Y de pronto, como si hasta ese momento todo se hubiera dicho en otro idioma, sin comprender una palabra, escuchó a través de los altavoces un nombre, tan nítido, tan claro, que le atravesó los tímpanos como una aguja: «Sara».

Y después: «Te quiero».

Se detuvo en seco.

Sintió un peso repentino en el pecho y el corazón empezó a latirle tan fuerte que pareció que le iba a estallar. ¿Había oído bien? ¿Había escuchado el nombre de Sara? ¿Su Sara?

Se giró hacia el escenario buscando con la mirada al tipo del micrófono, pero ya no estaba.

—Calma —se dijo—. ¿Cuántas Saras puede haber aquí, en un día como hoy?

Pero algo en su mente le decía que no debía estar tranquilo. Se abrió paso a empujones entre la multitud, tenía que llegar a la zona cero cuanto antes.

—¡Oiga, tenga más cuidado! —le increpó un señor mayor, al que apartó bruscamente.

Jaime lo ignoró, ni siquiera se volvió. Aceleró el paso, esquivó a unas señoras y caminó como un autómata hacia el centro de la plaza. Estaba a punto de llegar, tan solo unos pocos metros y podría comprobar quién era esa «Sara».

Algo lo hizo parar de repente.

Jaime vio a un grupo de personas que aplaudían y rodeaban a una pareja que se estaba besando.

Su respiración se aceleró. Una presión en el pecho lo atravesó y

sin poder evitarlo se llevó una mano al corazón, como si temiera que se le pudiera parar. Sintió un calor sofocante que le subía por el cuello y, en cuestión de segundos, la cara se le encendió de furia.

—Sara... —susurró.

Era ella.

Al verla, apretó los dientes con tanta fuerza que los oyó rechinar y todo a su alrededor se redujo a un estrecho túnel, donde solo estaba ella. No era la imagen que esperaba encontrar; la de una mujer desvalida, suplicando perdón y rota por el dolor.

El pelo le caía alborotado por los hombros, tenía la cara sonrojada y le brillaban los ojos.

Estaba radiante, feliz.

Y estaba besándose con el mismo hijo de puta que él llevaba días buscando.

Jaime avanzó unos pasos en dirección a la pareja, con los nudillos tensos, sin parpadear; la mirada fija en su objetivo y ciego por la ira.

Los vio riendo, abrazados.

Algo se desató dentro de él, un impulso violento, un deseo irrefrenable de reventarle la cara a ese tío, de estamparle los puños contra los dientes.

A su alrededor el ambiente seguía siendo festivo aunque para él todo se hubiera vuelto negro. Las risas, el baile, chiquillos gritando y padres distraídos.

Una niña cruzó corriendo justo delante. Jaime, poseído por una cólera que le impedía frenar y detenerse, la apartó con el brazo. La pequeña cayó de bruces con un golpe seco y comenzó a llorar.

—¡Cuidado! ¡La niña! —gritó una mujer.

La madre corrió a levantarla.

—¿Qué hace? ¿No puede mirar por dónde va? —le recriminó.

Jaime se giró, furioso, gritándole:

—¿Y usted puede hacer el favor de ocuparse de su hija?

La mujer, sorprendida por la reacción, le replicó:

—¿Es que no ve que es una niña pequeña?

La gente empezó a formar un corro alrededor de ellos y de inmediato apareció el padre, un hombre corpulento.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó encarándose con Jaime.

—Este señor —señaló la mujer— ha empujado a la niña y encima dice que es culpa nuestra.

Jaime levantó las manos para tratar de calmarlo, pero el padre avanzó hacia él desafiante.

—No he dicho eso —respondió bajando la voz.

Algunos cuchicheaban a sus espaldas y Jaime supo que iba a meterse en un tremendo lío.

Reculó.

Entre sus planes no estaba el enzarzarse en una pelea con un desconocido. Su objetivo era otro.

Se le pasó por la mente disculparse, pero lo desechó al momento. Él nunca había sido bueno cediendo y la soberbia era más fuerte.

Alzó la vista y vio más allá que Sara seguía colgada de los brazos de aquel mamón.

Dudó entre correr hacia ellos y liarse a golpes o dar media vuelta y preparar un contraataque.

Eligió lo segundo. Nadie allí iba a ponerse de su parte.

Su abuelo solía repetirle una frase atribuida a Bonaparte: «Una retirada a tiempo es una victoria». Y esa idea le pareció la mejor opción. No era huir, era estrategia.

Dio unos pasos hacia atrás, sintiendo cómo la tensión le contraía los tendones, y las manos todavía le temblaban.

Se volvió, empujando a los que tenía alrededor, y desapareció por un callejón oscuro.

Había encontrado a Sara.

En un instante, la reconciliación que había imaginado se esfumó, arrastrando consigo la última esperanza de que regresara.

Ahora ella era un objetivo y nada lo detendría.

Capítulo 27

ACECHANDO

Los siguió por las calles manteniendo la distancia, lo bastante lejos para que no se dieran cuenta.

Observó cómo se despedían de otra pareja y cómo se alejaban en la camioneta.

Él también arrancó tras ellos, sin acercarse demasiado para evitar que Sara reconociera el Tesla.

Vio cómo dejaban la camioneta frente a la casa con la fachada de piedra y cómo se besaban en las escaleras antes de entrar. No quiso imaginar lo que harían en cuanto cerrasen la puerta, pero la visión lo atravesó como una puñalada.

Se quedó allí oculto entre los árboles, vigilándolos entre la oscuridad como un animal que acecha a su presa.

Estaba helado, sus manos y sus pies comenzaban a perder sensibilidad, pero no se movió, atento a cualquier movimiento.

El dolor que había sentido horas antes ya no existía, se había transformado en odio. Un odio a muerte.

No tenía ningún plan, no era capaz de pensar con claridad. Se quedaría allí toda la noche, esperando hasta que amaneciera y la

mañana trajese de nuevo actividad: una persiana, la basura..., cualquier cosa.

Y si, aun así, no pasaba nada, ya vería sobre la marcha.

Porque en algún momento ella se quedaría sola.

Tarde o temprano.

Nadie está acompañado las veinticuatro horas del día y, cuando ese instante llegara, él pensaba estar allí.

—Esperaré —dijo en voz baja—. Y entonces sabrás lo que significa que esté cerca.

El viento helado le atravesaba la piel, apenas podía mover los dedos agarrotados y no lograba mantener la concentración. Se le hacía eterno esperar.

Dentro de la casa, se fueron apagando las luces y todo quedó sumido en la oscuridad.

—No te preocupes; cuando te quedes sola, me encargaré de que no lo olvides —volvió a repetir en un susurro.

El frío y el agotamiento empezaron a derrotarlo. Antes de dormirse una imagen se apoderó de su mente: se imaginó deslizándose dentro de la casa, silencioso, aguardando el instante exacto en que ella estaría indefensa.

No era un plan todavía; era solo un pensamiento surgido de su locura, que le erizaba el vello y le aceleraba el corazón. No podía negar que la idea de estar tan cerca de ella de ese modo le resultaba excitante.

Se recostó contra el tronco del árbol, con las rodillas dobladas y el cuerpo encorvado hacia delante, como si intentara hacerse más pequeño para conservar el calor. Tiró de la ropa hacia sí para cubrir más superficie y escondió las manos bajo las axilas.

Poco a poco se fue quedando dormido con una sonrisa calculadora mientras revivía la imagen vulnerable de Sara, como un

adelanto de lo que planeaba hacer.

Ya queda menos. Y cerró los ojos.

Capítulo 28

ESTOY AQUÍ

Cuando Sara despertó, encontró junto a la almohada una nota con un corazón dibujado:

> «Voy al obrador de Ermella a por pan brioche. Tú te encargas del café».

Sonrió. David sabía que ella moría por ese pan esponjoso y ligeramente dulce con pepitas de chocolate. Casi podía oler la mantequilla recién horneada.

Se desperezó en la cama. Estaba desnuda, envuelta con las sábanas arrugadas a su alrededor. Con una sonrisa traviesa, recordó lo alocada que había sido la noche y revivir la declaración de amor de David la hizo sonrojarse de nuevo.

Aún tenía fresca la huella de sus caricias en la piel. Giró el rostro hacia el lado de la cama donde había estado y se había entregado a él sin reservas.

Apartó de su mente ese deseo que todavía le rondaba; se levantó, se puso los vaqueros y se enfundó en una camiseta blanca. No le dio más vueltas y se fue hacia la cocina.

Mientras echaba el café recién molido en la cafetera, oyó que la puerta de la calle se abría despacio.

—¿David? —preguntó desde la cocina.

Silencio.

Sara continuó despreocupada preparando el café. De pronto, sintió una presencia y el crujido de la madera la hizo girarse.

Se le disparó el pulso y el corazón le empezó a latir tan fuerte que pensó que le estallaría.

La jarra, esa que iba a llenar de agua, se le escapó de las manos y se estampó contra el suelo con un ruido brutal. Se quedó paralizada en el sitio y notó que le faltaba el aire.

—Ja... Jaime —atinó a pronunciar.

—Sara —musitó él.

Ninguno de los dos se movió.

—Deberías cerrar la puerta con llave —dijo él en voz baja—. Con la de veces que te lo he repetido.

Ella no dijo nada. Estaba aterrada. La sangre no le circulaba por las venas, sintió una punzada en el pecho y el estómago le ardía.

—¿Cómo te va? ¿Te trata bien la vida?

Jaime se acercó despacio, esbozando una sonrisa que no presagiaba nada bueno. Entonces ella comprendió que sus preguntas eran solo una trampa: él ya sabía todo.

—¿Te ha comido la lengua el gato?

Jaime disfrutaba viendo el pánico que provocaba en ella, saboreando cada segundo de su inquietud.

Y entonces su tono de voz cambió, saltando de la calma a la furia, como si algún ente lo hubiera poseído.

—¿No piensas contestarme?

Sara, temblorosa, no dejaba de mirarle, sabiendo que su prioridad era sobrevivir, no discutir ni provocarle. Él se acercó poco a

poco, con el rostro desencajado por la rabia.

—¿No vas a darme un beso? Hace tiempo que no nos vemos.

Él adelantó un pie y le agarró las muñecas con fuerza. En un gesto rápido, la empujó contra la pared, provocando que Sara se golpeara la cabeza. Entrecerró los ojos por el dolor.

Jaime acercó su rostro al de ella para besarla sin permiso, como si tuviera derecho, pero Sara apartó la cara en un gesto de rechazo.

—No —dijo ella con firmeza.

No podía, ya no.

—¿Qué te pasa? —le agarró la cara con una mano, forzándola a fijar la vista en él—. ¿Te doy asco?

Por un instante, la miró intensamente sin decir nada y entonces metió la lengua dentro de su boca, buscándola con ansiedad. Sara se revolvió.

—¡Suéltame! —gritó forcejeando.

Jaime presionó su cuerpo contra el de ella, que le sintió bajo la ropa tenso, duro. Cada minuto alimentaba su furia y la necesidad de controlarla.

—Déjame —susurró con la voz quebrada. Pero él no cedió, se apretó aún más.

—¿Habéis follado esta noche? —preguntó apenas audible—. No creo que esté a mi altura —se jactó.

Jadeaba; le acercó tanto la cara que podía sentir su aliento caliente, casi apestoso.

—Estás enfermo.

Sara rompió a llorar sin atreverse a mirarle.

—¿Lo habéis hecho? —volvió a preguntar gritando.

—No..., no —titubeó.

—Mientes..., puta —ahora le hablaba al oído, muy bajito.

Su voz iba y venía, de dulce a furiosa, como si tuviese un cable

pelado haciendo cortocircuito en alguna parte de su cabeza.

De pronto, sin avisar, en una explosión de enfado, levantó la mano y la abofeteó. Su cara giró bruscamente, sintió un ardor punzante que le subía por todo el rostro y la sangre empezó a brotarle del labio.

Jaime se quedó paralizado, ni él mismo era consciente de lo que acababa de hacer. En ese desconcierto Sara reaccionó, lo empujó con todas sus fuerzas y él se tambaleó, a punto de perder el equilibrio. Se movió apenas unos centímetros, lo justo para permitir que ella escapara.

Aunque le temblaban las piernas, no pensaba rendirse. No esta vez. Sara se abalanzó sobre el taco de cuchillos que había en la mesa. Trató de agarrar uno, con los dedos casi rozando el filo, pero, cuando su mano estaba a punto de coger el más grande, Jaime lo tiró al suelo de un manotazo. El cuchillo cayó con un sonido metálico que resonó en toda la cocina.

—¿Qué cojones haces? —chilló.

Forcejearon en el suelo.

Sara logró levantarse justo cuando oyó la puerta cerrarse, seguida de unos pasos que entraban en la casa. Escuchó el ruido de las llaves al caer en la bandeja de madera y después una voz tranquila desde la entrada.

—¿Sara? ¿Te has levantado ya?

—¡David! —gritó Sara angustiada.

Él dejó caer de golpe el paquete que traía en la mano y corrió hacia la cocina, presa del pánico, con el presentimiento de que algo iba mal.

Se topó con una escena dantesca, que le paralizó.

Jaime aferraba con una mano la muñeca de Sara, con la otra sostenía un cuchillo de grandes dimensiones. Vio que ella sangraba

por la comisura del labio.

David sintió un latigazo en la espalda y la piel se le erizó al instante.

—Estoy bien —dijo Sara, en voz baja, tratando de tranquilizarlo —. No te preocupes por mí.

Los tres se miraron.

Jaime, de pronto, con una expresión grotesca, soltó una carcajada que les heló la sangre.

—¿Así que tú eres el cabrón que se está tirando a mi mujer? — escupió, con los ojos inyectados en sangre.

David no se atrevió a hacer ningún movimiento, consciente de que dar cualquier paso en falso podría hacer que la cosa acabara muy muy mal.

—Suéltala —pidió con calma, dando un paso hacia ellos.

—¡No te acerques! —gritó Jaime furioso.

David retrocedió sobre sus pasos. La tensión en el ambiente era insoportable. Solo se oía la respiración entrecortada de todos ellos.

—Deja que se marche —suplicó de nuevo. Esta vez no pudo evitar que le temblara la voz—. Esto podemos arreglarlo entre nosotros.

Jaime se comportaba como un loco extremadamente alterado y peligroso.

—Tiene fácil arreglo —dijo ronco, de tensar tanto las cuerdas vocales—. Puedo cortarla en dos, como en el juicio del rey Salomón: mitad para ti, mitad para mí.

Acercó el cuchillo al estómago de Sara y la pinchó con la punta. Ella emitió un quejido ahogado.

—¡Nooo!

David se abalanzó sobre él en un intento de protegerla, pero Jaime dio un giro y esquivó el ataque. Rio descontrolado.

—Ella te gusta, ¿verdad? —se burló disfrutando del daño que provocaba.

David lo fulminó con la mirada. Tenía los ojos clavados en él, con un odio reprimido, los músculos tensos y los puños apretados con fuerza, a la espera de que cualquier chispa desatara el caos.

Sara estaba en medio de los dos, atrapada sin poder respirar, con el corazón latiendo sin control. Sus ojos se movían de uno a otro, sin saber cuándo iba a acabar esa pesadilla.

Entonces tomó una decisión: si fingía ceder y mostrarse sumisa, podrían ganar tiempo para escapar o engañarlo y ponerse a salvo.

—David..., voy a volver con él —dijo con un nudo en la garganta —. No debí marcharme. Nos merecemos otra oportunidad.

David la captó al instante. Jaime no se percató de su juego. Se giró hacia ella, confundido, sin saber si estaba siendo sincera o si solo intentaba manipularlo. Notó que se le tensaba el cuerpo y le rehuía su mirada, señales que no supo interpretar. Pero por encima de todo quería creerla.

Aflojó los dedos, que aún estaban alrededor de su brazo, como si no supiera qué hacer a continuación.

—¿Lo dices en serio?

Sara asintió llorando.

Jaime, todavía alerta, bajó despacio el cuchillo. Sonrió con la boca torcida, en un gesto de desprecio, y la estrechó contra su pecho para besarla. Ella apretó los labios conteniendo la repulsión. David apartó la mirada. La escena le provocó asco, pero se esforzó por no mostrarlo.

—No sabes cómo te he echado de menos —suspiró—. Vámonos, tenemos mucho de qué hablar.

La tomó por la cintura y la condujo hacia la puerta, pero David se interpuso en su camino.

—Espera. Llévate la cazadora —le dijo a Sara, tendiéndole una chaqueta.

—No —intervino Jaime adelantando la mano.

—Hace frío y solo lleva una camiseta —le increpó David luchando por controlar su furia.

Jaime accedió de mala gana y dejó que Sara agarrara la prenda que David sostenía. Por un instante fugaz, sus dedos se rozaron al cogerla, sin que Jaime se diera cuenta. Cruzó una mirada expectante con David buscando una señal, un gesto que le indicara qué debía hacer a continuación.

Salieron de la casa. Sara no se atrevió a girar la cabeza para ver el rostro desencajado de David porque si lo hacía no tendría fuerzas para seguir con su plan.

Ella se dejó caer en el asiento del coche con las lágrimas corriendo por sus mejillas, Jaime se sentó a su lado, con esa sonrisa arrogante que la hacía estremecerse.

—Fíjate —dijo acariciándole la pierna—. Soy capaz de hacer cualquier cosa por ti.

No respondió. Metió la mano en el bolsillo de su cazadora buscando un pañuelo y sus dedos se toparon con un bulto, un tanto extraño, que no recordaba haber puesto allí.

El coche arrancó sin hacer ruido, alejándose por el camino de tierra, con el sonido casi imperceptible del motor eléctrico.

David permaneció unos segundos más en el porche observando cada movimiento. El corazón le latía con una presión que casi le impedía respirar. En cuanto desparecieron, salió corriendo hacia su camioneta.

Capítulo 29

EN APUROS

David puso en marcha la Toyota, metió la primera sin pisar el embrague; la caja de cambios crujió. Estaba demasiado alterado.

Un segundo intento y las ruedas derraparon sobre la grava, levantando algunas piedras que golpearon la chapa.

Salió detrás del Tesla a todo lo que daba la camioneta, dejando una nube de polvo detrás.

Jaime no conocía la zona, de modo que para salir del pueblo no tendría más remedio que activar el GPS, que le llevaría directo hasta la autopista. Para los forasteros no existía otro camino, para los GPS tampoco. Para los que vivían allí había rutas alternativas: pistas forestales en mal estado que ningún navegador elegiría.

Con dedos temblorosos, marcó en su teléfono: 1...1... 2... Un operador respondió al momento.

—Quiero denunciar un secuestro —dijo visiblemente nervioso.

—Explíqueme lo que ocurre —pidió el operador en un tono tranquilo. Estaba entrenado para poder transmitir calma en momentos de mucha tensión.

David, con palabras que se atropellaban unas con otras, le contó

lo ocurrido.

—Está bien —respondió el operador—. Voy a derivar su emergencia a la Guardia Civil. Deje que se ocupen.

Pero David no podía quedarse sentado a esperar sin más. Colgó y siguió conduciendo por la carretera comarcal. Apenas recorrió quinientos metros, cuando giró en una salida no señalizada, y se adentró en un camino estrecho de tierra, de apenas un palmo de ancho, casi cubierto por la maleza.

Las suspensiones de la camioneta rebotaban en cada bache, y cada recta le permitía pisar el acelerador a fondo. Aunque circulaba demasiado rápido, no aflojó. Las ruedas traseras derrapaban y la cabina del coche culeaba en cada curva, haciendo que David tuviera que corregir el volante hacia el lado contrario.

Detrás de él solo se veía una densa polvareda que se pegaba a los cristales. Pero él sabía hacia dónde iba: debía llegar al cruce antes que ellos.

David sintió la adrenalina quemándole por todo el cuerpo mientras esquivaba ramas caídas y algún tronco que el viento había tirado, pero se negaba a soltar el acelerador.

Cada curva se cerraba más a su paso a medida que ascendía por la montaña. El latido del corazón le retumbaba en los oídos y sentía una fuerte presión en el estómago.

Cuando llegó arriba, el camino no presentaba mejor aspecto. El coche dio varias sacudidas tras pasar un bache y poco a poco empezó a descender por la pista forestal.

Según sus cálculos faltaban unos cinco kilómetros para interceptarlos antes de la salida a la autopista.

El teléfono tirado en el asiento del acompañante atrajo su atención al iluminarse la pantalla. Deseó que sonase y que fuese ella diciendo que estaba a salvo, pero no era Sara, sino una notificación

de una *app*. Lo volvió a mirar de reojo y bastó un segundo para retroceder al bendito instante en que le regaló un móvil a Sara.

—No lo necesito —dijo ella rechazándolo.

—Tal vez en algún momento quieras hablar con alguien —había insistido David—. Quédatelo.

Ella no veía la necesidad, aunque la realidad era que el aparato le traía recuerdos amargos de su vida anterior.

—Como quieras —aceptó él—. Pero al menos déjame enseñarte una función que tiene. Podría serte útil si alguna vez estás en apuros.

David cogió el móvil y activó «Emergencia SOS». Sara observaba con detenimiento cómo se movía por los diferentes menús hasta dar con la tecla.

—¿Y cómo se pone en marcha?

—Cinco pulsaciones al botón de encendido y automáticamente se inicia la llamada al 112.

David se lo mostró haciendo una prueba y, en la pantalla, apareció una cuenta atrás. Ella miraba con atención confiando en no tener que usarla nunca.

—Una vez que el contador llegue a cero se activa la llamada a Emergencias. Podrán escuchar lo que está pasando y enviar la ayuda.

Al final Sara se lo había quedado, sin entusiasmo, y, en cuanto David se giró, lo guardó en el armario sin intención de llevarlo encima.

De golpe, David pisó el freno y la camioneta derrapó unos metros antes de detenerse. El frenazo lo trajo de vuelta al presente.

Un zorro se cruzó en el camino. El animal se quedó quieto en medio de la pista mirando al coche; luego, como si nada, escapó corriendo.

David apenas notó que tenía los brazos agarrotados alrededor del volante, hasta que comprobó que le costaba moverlos. Respiró hondo y dejó que su corazón recuperase un poco el ritmo. Pero no mucho, no podía perder tiempo. Aceleró de nuevo.

—Sara, dime que te has dado cuenta de que he metido el móvil en tu bolsillo —dijo en voz alta, como si ella estuviera a su lado y pudiera responder.

Deseó que ya hubiera saltado la señal de auxilio. No era tonta. Era mucho más lista que el idiota de Jaime.

Al borde del colapso, cogió de nuevo el teléfono con una mano mientras con la otra sujetaba el volante. Esta vez marcó el 062.

—Guardia Civil —respondió alguien al otro lado.

David empezó a hablar tan rápido que el agente le tuvo que pedir serenidad. Cuando acabó, el guardia le puso al tanto de la situación:

—Ya nos han dado el aviso. —El hombre hablaba con un tono de voz grave y fuerte, y David se lo imaginó como un oficial de esos que imponen orden con su sola presencia—. Y también nos consta que se ha recibido una petición de ayuda desde un móvil.

David entrecerró los ojos.

—Gracias a Dios —murmuró.

—Emergencias escuchó parte de la conversación entre una mujer y un hombre en un coche —informó el agente—. Al parecer es un coche eléctrico y se está quedando sin batería. Tienen que parar en el siguiente punto de recarga.

El agente le comunicó que habían geolocalizado la llamada y creían que se dirigían al Área de Servicio de Castarviel. Una patrulla

iba tras ellos.

David sabía dónde estaba esa gasolinera.

En su cabeza trazó el trayecto que con seguridad estaba recorriendo el Tesla. Si tenía poca batería, el navegador activaría de forma automática la ruta más directa y él sabía cuál era.

Aceleró, dejando atrás la maltrecha pista forestal. Alcanzó el límite de la carretera principal, giró con fuerza y se incorporó de nuevo al asfalto con un chirrido de ruedas.

—¡Vamos, vamos! —repetía en alto mientras se inclinaba sobre el volante, en un gesto de adelantar a otros coches que circulaban más despacio.

—¡Déjame pasar, joder!

David se pegó al culo de un turismo que iba demasiado lento y, con un movimiento brusco, invadió el carril contrario, adelantando al coche en línea continua. El otro le respondió con un largo pitido, que se fue desvaneciendo mientras David se alejaba a toda velocidad.

Tomó la salida 42.

Un cartel indicaba: «CASTARVIEL - 10 KM».

—Estoy llegando, Sara —dijo en alto—. Aguanta un poco más.

Capítulo 30

SOS

Sara no abrió la boca. Permanecía en el asiento callada, mirando por la ventanilla. Ya no lloraba, sabía que de nada iba a servirle. Ahora era el momento de concentrarse y de pensar en cómo escapar.

Un tintineo metálico llamó su atención. Jaime había dejado el cuchillo bajo su asiento y, cada vez que lo rozaba con el pie, el sonido rompía el silencio del coche, agudizando la tensión que se respiraba.

De pronto, recordó el bulto en su bolsillo. Metió la mano con disimulo y lo tanteó sin que él lo advirtiera. Enseguida lo reconoció: era el móvil que David le había regalado. Ese que nunca llevaba encima y que dejaba guardado en el armario como si fuese un objeto inútil. Lo agarró con fuerza, conteniendo la respiración, sintiendo el pulso acelerado.

La charla de David sobre la función de emergencia llegó a su mente como un proyectil. Sara inclinó ligeramente el cuerpo hacia la ventanilla y cruzó las piernas para ocultar los movimientos de su mano dentro del bolsillo. Giró el móvil, despacio, y pulsó en un

movimiento automático cinco veces el botón de encendido, casi sin respirar.

Cruzó los dedos.

No oyó nada, no sintió ninguna vibración o señal que le indicara que se había activado la ayuda. Solo un silencio roto por las palabras asfixiantes de Jaime, que no paraba de hablar.

—Todo se arreglará cuando lleguemos a casa. —Como si bastara con eso—. Tendremos que contar la misma versión cuando nos pregunten dónde has estado. Llevas mucho tiempo fuera..., demasiado.

Sara lo escuchaba sin mirarlo, con la vista perdida en el paisaje. Respiró hondo, pero sin hacer el más mínimo gesto que pudiera alterarlo. Había aprendido que callar era la mejor defensa.

Jaime suspiró, cada vez más irritado por su silencio.

—Dime, ¿qué te da él? —preguntó de forma inesperada, sin apartar los ojos de la carretera.

Ella quiso responder: «Todo lo que tú no puedes darme; un amor que no controla, que no duele». Pero no se movió, siguió contemplando el horizonte, que pasaba desdibujado a toda velocidad a través del cristal.

Jaime giró la cabeza un instante hacia ella, esperando que hablara. Se aferró al volante y siguió conduciendo de manera mecánica, atrapado en un laberinto de oscuros pensamientos. Su cabeza no paraba de dar vueltas.

Por un lado, sentía que volvía victorioso con su trofeo bajo el brazo, como un guerrero que regresa a casa después de una dura batalla. Por otro lado, le atormentaba la idea de que su mujer hubiera estado con otro. No podía apartar de su mente imágenes obscenas, que le provocaban una ira incontrolable. Las uñas se le clavaron en el cuero del volante al imaginarla bajo otro cuerpo y, de

pronto, estalló su rabia contra el salpicadero.

—¿Qué haces? —le gritó Sara aterrada por su reacción.

Jaime respiraba agitado, con el pulso a mil por hora. La amaba, la odiaba, la necesitaba. Se sintió roto por dentro.

—Cuando lleguemos a casa... —repetía una y otra vez, sin acabar la frase.

Por un segundo, apartó la vista de la carretera para mirarla fijamente, tenía las pupilas dilatadas y los ojos muy abiertos. Apretó los dientes con fuerza y cerró la mandíbula hasta que no pudo soportar el dolor.

Ella sintió una punzada en el pecho. Jaime tenía esa misma expresión oscura que le delataba cuando estaba al borde de uno de sus ataques. Ese recuerdo la paralizó y las lágrimas, que tanto le estaba costando aguantar, se le escaparon de los ojos.

Un pitido largo y agudo sacó a Jaime de su locura. El Tesla lanzó el aviso: había que buscar un punto de carga lo antes posible.

El icono de la batería se iluminó en amarillo, advirtiendo que la capacidad estaba por debajo del 20 %. El coche entró en modo ahorro: desactivó la calefacción y limitó la potencia.

—¡Maldito coche! —exclamó golpeando el volante—. No puedo creer que tenga que parar. ¿Ahora?

Jaime se puso nervioso. Consultó de forma compulsiva cuántos kilómetros podía recorrer antes de quedarse sin carga, consciente de que cada minuto contaba para que el coche no se detuviera.

En la pantalla central, junto al mensaje de alerta, se mostraba un mapa con los cargadores más cercanos. Jaime seleccionó uno a 25 km, llegarían con un 10 % de batería si reducía la velocidad, de modo que continuó el trayecto más despacio hasta coger el desvío.

Sara contuvo el aliento. Una parada inesperada le daría una oportunidad, aunque fuera pequeña, de hacer algo, como dejar una

señal con el fin de que David supiera dónde estaba o, al menos, ganar tiempo. Lo que fuera.

Entraron al área del servicio. Jaime detuvo el coche dando un frenazo tan fuerte que el cinturón se le clavó en el pecho y se bajó dando un portazo. En cuanto la puerta se cerró, Sara no vaciló: estiró la mano hacia la pantalla táctil y tocó el icono del candado.

Clic.

Fue un sonido corto, sutil.

Y las puertas se bloquearon.

Jaime se volvió despacio, como si no entendiera qué había pasado. Vio que la llave del coche estaba dentro y la confusión se transformó en cólera.

Sara sacó el móvil de su bolsillo. En la pantalla un símbolo indicaba que la llamada seguía activa.

—¿Oiga? ¿Oiga? ¡Socorro! —gritó desesperada.

De pronto, algo impactó contra la ventanilla.

Fue un golpe brutal, luego el sonido del cristal resquebrajándose.

El teléfono se le escurrió de las manos y cayó entre los asientos. Sara se quedó paralizada, sin poder reaccionar.

Jaime embistió de nuevo y otra grieta cruzó toda la ventanilla, reflejando la luz de la pantalla central. El cristal vibró a punto de ceder.

Ella se encogió contra el asiento, con los músculos en tensión, anticipando el próximo golpe, que sabía que ya no sería contra el coche.

Capítulo 31

BASTA

La camioneta rodeó la parte trasera de la estación de servicio y se dirigió a la zona del túnel de lavado y de los puestos de carga eléctrica. David tenía las manos rígidas sobre el volante de tanto apretarlo.

—Tienen que estar ahí —murmuró con la voz quebrada por la tensión.

Al frenar, las ruedas derraparon sobre el cemento sucio, dejando dos marcas negras. En cuanto se detuvo, vio la escena.

Jaime sujetaba un extintor y golpeaba con furia la ventanilla del coche, con el sonido del metal resonando en cada impacto.

—¡Abre la puerta! —gritó.

David salió de la camioneta, tropezando con sus propios pies, desesperado, pero no llegó a caerse. Olía a detergente del túnel de lavado y algunas gotas de agua le salpicaron en la cara.

Corrió hacia ellos al mismo tiempo que Jaime cargaba de nuevo. Tenía la mirada fija en Sara, acorralada dentro del coche, tratando de protegerse del golpe. El cristal tembló hecho una red de grietas, pero aguantó la embestida. No le quedaba mucho tiempo.

Ella se pegó al respaldo del asiento y al girar la cabeza lo vio.

—¡David! —gritó aterrada.

—¡Quédate ahí, Sara! —ordenó—. ¡No salgas!

Jaime se volvió sorprendido y a David solo le bastó un segundo. Lo agarró de la sudadera y lo lanzó violentamente contra un cartel publicitario que ofertaba un 2 x 1 en desayunos.

El extintor resbaló de sus manos y cayó con un fuerte golpe metálico. Rebotó varias veces por el cemento antes de que la válvula de seguridad se partiera, liberando una nube blanca que se extendió en el aire. David se cubrió la cara con el antebrazo, evitando que el gas le entrara en los ojos.

Aturdido, Jaime trató de levantarse y David, furioso, lo agarró de nuevo. Su puño salió disparado contra el mentón de Jaime, descargando toda la rabia que tenía acumulada.

—¡Eres un hijo de puta! —gritó David fuera de sí.

Jaime se tambaleó por la fuerza del impacto, pero no se quedó quieto, inclinó la cabeza y escupió una mezcla de sangre y saliva.

—Te voy a matar.

Le dio una patada en la pierna y David se dobló por el dolor.

El ruido de la pelea atrajo la atención de algunos curiosos, que no se atrevían a intervenir o a intentar separarlos. Un empleado, nervioso, llamaba a la policía desde el interior de la tienda.

David se incorporó y arremetió contra Jaime golpeándolo en el abdomen. Él se dobló llevándose las manos al estómago, pero ninguno de los dos estaba dispuesto a poner fin a la pelea. Respiraban agitados, con fuerza, presas del odio mutuo que sentían.

Sara salió del coche, cerró torpemente la puerta y el cristal de la ventanilla estalló, cubriendo el asiento de pequeños fragmentos de vidrio.

—¡Quietos! ¡Basta ya! —les gritó a lejos, con la voz firme y

decidida, dispuesta a poner fin a ese caos.

David la vio avanzar, apartando la mirada de Jaime por un segundo. Levantó la mano para detenerla.

—¡Sara, vuelve al coche!

Jaime, sin aliento, recorrió con los ojos el espacio a su alrededor buscando algo con lo que defenderse. El olor intenso a aceite de motor lo atrajo y se percató de que había un expositor cerca del túnel de lavado. Entonces agarró con ambas manos una garrafa enorme, que apenas podía sostener.

—¡Te voy a partir la cabeza! —exclamó, escupiendo pequeñas gotas de saliva.

La levantó sobre su cabeza, pero el peso lo desequilibró. La garrafa voló fuera de su control, describiendo una trayectoria irregular hacia la derecha. David la siguió con los ojos y sintió una punzada en el estómago.

—¡Sara! —gritó.

Pero ella no tuvo tiempo de reaccionar, ni siquiera lo vio venir. El golpe fue fulminante, le alcanzó la sien y la hizo caer desplomada hacia atrás.

David corrió hacia ella y se arrodilló junto a su cuerpo inmóvil.

—No, no, no —murmuró con la cara desencajada.

Se inclinó sobre ella, rozándole el brazo con manos temblorosas tratando de mantener la voz firme, aunque apenas podía controlarse.

—Sara, mírame, estoy aquí —susurró desesperado.

Ella permanecía en el suelo, respirando con dificultad. Casi no se atrevía a tocarla, como si cualquier mal gesto pudiera empeorar su estado, pero necesitaba saber que seguía con él. A lo lejos ya se oía una sirena.

Jaime, con la cara cubierta de sangre y las manos apoyadas en

el suelo, observaba la escena paralizado, sin comprender lo que acababa de ocurrir.

—Aguanta, Sara —murmuraba David sin soltarle la mano—. Aguanta, por favor.

El ruido de la sirena se volvió más agudo, casi insoportable, taladrándole los oídos. Un minuto después el sonido se apagó de golpe, pero las luces de la patrulla seguían parpadeando de forma intermitente a su espalda.

Un coche de la Guardia Civil se detuvo a unos metros. Desde el interior, los agentes observaron a dos hombres heridos. Uno de ellos tenía la cara cubierta de sangre; el otro, con un corte abierto en la ceja, permanecía junto al cuerpo de una mujer tendida en el suelo.

Los dos agentes se bajaron de inmediato.

—¡Guardia Civil! ¡Quietos! —ordenó el más veterano.

El otro se acercó con rapidez a comprobar el estado de Sara.

—Está consciente pero desorientada —informó el guardia a través de la emisora—. Necesitamos asistencia médica inmediata.

Desde la central de radio, alguien respondió que la ambulancia ya estaba de camino. David, con la ceja sangrando, no apartaba la mirada de Sara. Notó que ella parpadeaba y contuvo el aliento.

—Ey..., estoy aquí —susurró—. ¿Me oyes? —preguntó tocando con ternura su rostro.

Sara abrió un poco los ojos y se llevó una mano a la cabeza por el dolor.

—Me... mareo un poco —respondió débilmente.

—No te muevas —pidió con suavidad—. Tienes que permanecer quieta hasta que vengan los médicos.

Ella levantó la mano para tocarle la herida de la ceja tratando de incorporarse, pero él se lo impidió besándole los dedos.

—Siempre sales hecho polvo.

—Estoy bien.

Seguía arrodillado acariciándole la cabeza, los brazos aún le temblaban y el corazón seguía acelerado. Había estado al borde de perderla y casi se vuelve loco.

—He tenido miedo, Sara —murmuró inclinándose sobre ella—. Pensé que no llegaba a tiempo.

Ella ladeó la cabeza y lo miró fijamente.

—Me has salvado —dijo con voz débil aunque firme.

Sara sonrió entrecerrando los ojos; estaba exhausta, pero estar con él la hacía sentirse segura.

David tragó saliva. La cólera por no haber hecho más se mezclaba con la necesidad de mantenerse fuerte. No podía derrumbarse. No delante de ella.

A unos metros, dos testigos explicaban a los guardias lo que habían presenciado. Uno de ellos gesticulaba mientras relataba cómo Jaime había golpeado el coche.

David volvió la cabeza y vio que arrestaban a Jaime, que sin oponer resistencia entraba esposado dentro del coche policial.

Justo en ese momento llegaron refuerzos.

Detrás la ambulancia.

Epílogo

Las risas y las charlas animadas se oían desde la calle. Un hombre mayor que caminaba por la acera con su bastón en la mano se asomó por la ventana con curiosidad.

Sara salió enseguida al verlo.

—Señor Pascual —lo saludó con una sonrisa—. ¿Cómo se encuentra hoy?

—Ahí vamos, hija. Tirando, que no es poco —respondió meneando la cabeza de un lado a otro, como si no le quedase más remedio que aceptar lo que viniese con resignación.

—Pase, por favor, y tómese una copita de vino y una tapa de jamón. Estamos de celebración.

Sara le puso una mano en el hombro y lo acompañó hacia dentro.

—Pues no te voy a decir que no —admitió, ya más animado.

Sara rio. Oficialmente, ya era una más del pueblo.

Al cruzar la puerta, el señor Pascual se quedó observando con admiración a su alrededor.

—¡Pero qué bien ha quedado! —exclamó al ver el local—. ¡Qué gran trabajo habéis hecho! Recuerdo cuando esto no era más que una cuadra medio derruida y guardaban aquí las cabras si nevaba. ¡Quién lo iba a decir!

Sara volvió a reír.

—Cómo cambian los tiempos, ¿verdad?

El local era pequeño pero acogedor. Se había respetado el suelo original de madera oscura, que contrastaba con la pintura en tonos grises y negros. De los techos asomaban halógenos en tonos suaves, que trasmitían calidez a la estancia.

En un lateral había una mesa alargada con un mantel que caía hasta abajo; sobre ella, bebidas y aperitivos para acompañar.

Era un día muy importante para Sara.

El local estaba lleno de gente. Vecinos del pueblo y amigos hablaban formando corros. El señor Pascual reconoció a casi todos y fue saludándolos antes de aceptar una copa de vino que David le ofreció.

—Yo prefiero el jamón —dijo el anciano.

David y Sara se miraron entre ellos sonriendo.

—Marchando —respondió él.

El señor Pascual, con su vino y su jamón, se acercó a un grupo y se quedó allí conversando con ellos.

David cogió por la cintura a Sara y la besó en la mejilla. ¡Estaba tan orgulloso de ella! Había cumplido su sueño: tener su propia empresa.

La puerta volvió a abrirse y esta vez aparecieron Jara y Silván. En cuanto se vieron las dos amigas, corrieron a abrazarse y permanecieron juntas, sin separarse durante un largo instante.

—Por fin —repetía Jara incapaz de contener la emoción—. Me alegro tanto por ti.

—Soy muy feliz —respondió Sara llevándola de la mano hasta la mesa, donde aún quedaban unos sándwiches y restos de una empanada de atún.

—Te lo mereces —dijo mientras se servía una Coca-Cola en un

vaso con hielo—. Después de todo lo que has pasado, verte así es una gran alegría.

Sara bajó la mirada, como si de pronto los malos momentos hubieran regresado de golpe. No contestó de inmediato.

—No ha sido fácil —dijo encogiéndose de hombros, sin querer dar más importancia al tema—. Ahora, solo me queda cerrar el último capítulo con Jaime. Espero que el juicio salga pronto y... ya está. Podré romper definitivamente con mi vida anterior.

—Entonces —dijo Jara sonriendo—, brindemos por eso.

Chocaron los vasos. Sara bebió con la mente en otra parte, enredada en imágenes que quería olvidar, pero que insistían en volver.

Habían pasado ocho meses desde la huida, los gritos y la pelea. El recuerdo no la atormentaba, aunque de vez en cuando se empeñaba en regresar a su cabeza para torturarla.

El pánico, el golpe, el hospital... Y después el desfile interminable de trámites: declaraciones, acusaciones, acuerdos que no parecían tener fin.

Jaime ya no suponía una amenaza. Se había sometido a tratamiento, respetaba la orden de alejamiento y los papeles del divorcio llegaron a través de un despacho de abogados. Todo estaba bajo control.

El cálido beso en la mejilla de David le advirtió que no era el momento de perderse en esos pensamientos.

—¿En qué pensabas? —preguntó él rodeándola con los brazos.

—En lo mucho que te quiero.

Sara se puso de puntillas y enredó los dedos entre su cabello. Lo miró sonriendo y lo besó hasta que lo dejó sin aliento, un beso que cerraba una puerta y abría otra.

Cuando se separaron, Sara miró a su alrededor y vio a todas

esas personas, que ya eran *su* gente, riendo, hablando, disfrutando y compartiendo *su* momento en aquel pequeño local que había levantado desde cero.

Dejó que esa foto se grabara en su cabeza, sintiendo las manos de David aún en su cintura y con la certeza de que, al fin, comenzaba algo nuevo.

Nota de la autora

> Lo más difícil es la decisión de actuar, el resto no es más que tenacidad. Los miedos son tigres de papel. Puedes hacer cualquier cosa que decidas hacer. Puedes actuar para cambiar y controlar tu vida; el proceso es tu propia recompensa.
>
> AMELIA EARHART

Durante mucho tiempo, la historia de Sara vivió solo en mi pensamiento. Ha sido un viaje silencioso, un secreto que guardé mientras trazaba, junto a ella, su plan de huida y su lucha por una nueva vida.

Esta novela nació de la imagen de una mujer sola al volante, con el corazón roto, descubriendo que, a veces, la vida tiene que descarrilarnos para que encontremos el rumbo correcto. El accidente de Sara y su encuentro con David son la prueba de que, incluso en medio de la oscuridad más profunda, siempre hay una mano dispuesta a rescatarnos, aunque sea la de un desconocido.

Estas páginas son para todas aquellas personas que se sienten atrapadas, que necesitan salir de su agujero y aún no se atreven a

dar el paso. Si eres una de ellas, quiero que este relato sea la señal de que no estás sola. Busca el impulso necesario, reúne todo el valor que habita en ti y lucha por tu libertad, cueste lo que cueste.

Espero que, al cerrar el libro, sientas la misma determinación que Sara. Gracias por darles una oportunidad a mis personajes, por sufrir con sus giros y por creer en los nuevos comienzos.

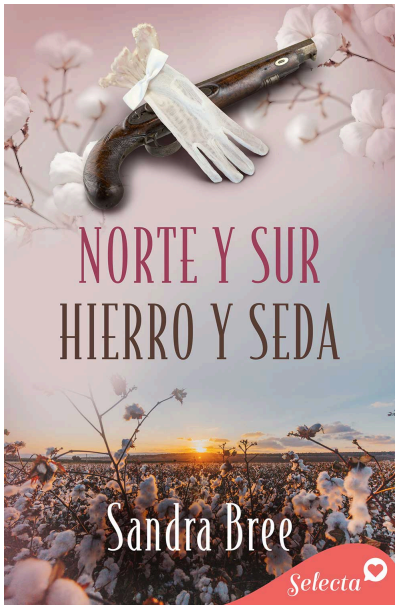
A ti, que has acompañado a Sara en su huida y has sobrevivido con ella a la tormenta, gracias por prestarle tu tiempo y tu corazón. Esta historia también es tuya.

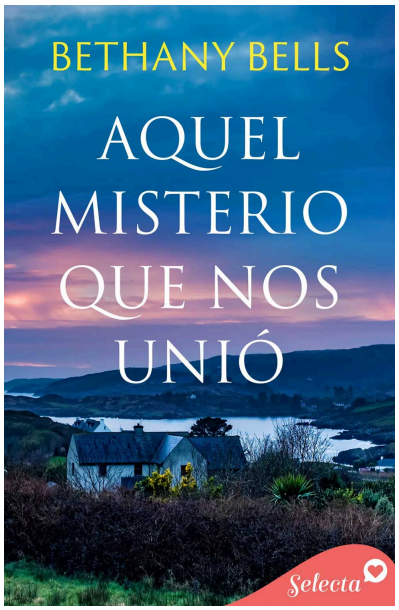
Si te ha gustado

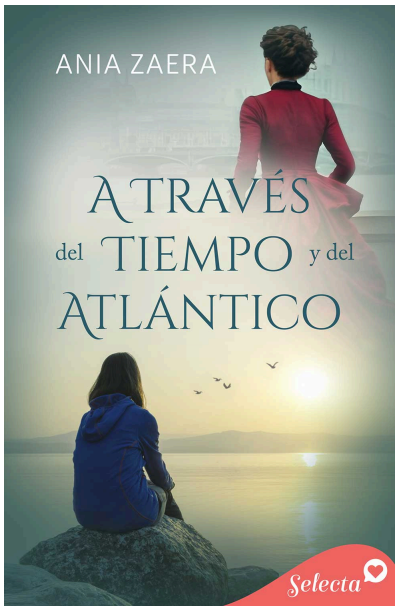
Huye

puedes disfrutar de estas






BETHANY BELLS
AQUEL MISTERIO QUE NOS UNIÓ
Selecta


ANIA ZAERA
A TRAVÉS del TIEMPO y del ATLÁNTICO
Selecta


Un amor reducido a cenizas
Les Waïl 1
MAR POLDARK
Selecta


EL LIENZO DE TUS SUEÑOS
MIRANDA KELLAWAY
Selecta


Cartas al viento de otoño
Eiko Baioretto
Selecta


Noa Alférez
Bajo el mismo AMANECER
Corazones Salvajes 1
Selecta

Cuando la única opción es escapar.

Una historia de huida, amor y supervivencia, donde una mujer lucha por recuperar su libertad mientras el pasado acecha con cada uno de sus pasos.



Sara, aparentemente, tiene todo lo que cualquier persona desearía: dinero, una buena posición social, un marido con una importante carrera profesional. Pero la realidad es bien distinta. **Vive bajo la constante vigilancia de Jaime**, su marido, un hombre obsesivo, controlador y emocionalmente dependiente.
Hasta que un día decide romper con su vida.
Con un plan perfecto y sin dejar rastro, huye.

Pero un temporal, una carretera desierta y un accidente lo cambian todo.
Herida, sola, al borde del abismo… aparece **David**. Un desconocido que no hace preguntas, solo la ayuda.
Mientras Sara se recupera, entre ellos empieza a surgir algo inesperado: confianza, deseo… **y la esperanza de empezar de nuevo**.

Pero su pasado no ha terminado con ella.
Su marido la está buscando. Y está más cerca de lo que imagina.
Ella solo quería desaparecer.
Ahora tendrá que decidir si está lista para pelear por su vida… o por su libertad.

Gema Montoiro es trabajadora social y escritora. Su experiencia en este ámbito le permite crear personajes humanos, con sus miserias y sus virtudes, y cómo abordan sus conflictos internos.

A lo largo de los años, ha escrito relatos cortos y manuscritos inéditos, siempre como una forma de descubrir otras vidas, vivir nuevas aventuras y romper con la rutina diaria.

Su estilo narrativo combina el romance con la tensión del suspense, creando giros inesperados y momentos de acción que atrapan al lector desde las primeras páginas.

HUYE es su primera novela, una historia cargada de suspense, acción, sentimientos y, por supuesto, mucho amor. En ella mezcla dos de sus géneros favoritos, el suspense y el romance, para crear una trama que mantiene la tensión hasta el final.



Edición en formato digital: marzo de 2026

© 2026, Gema Montoiro
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: María José Losada
Imágenes: shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10441-96-5

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Huye
Prólogo
Capítulo 1. Corre
Capítulo 2. No mires atrás
Capítulo 3. Coge mi mano
Capítulo 4. No me jodas
Capítulo 5. ¿Quién es ella?
Capítulo 6. Te vas a encontrar
Capítulo 7. Arréglalo
Capítulo 8. David
Capítulo 9. Sola
Capítulo 10. Amigos
Capítulo 11. GPS
Capítulo 12. Sin señal
Capítulo 13. Quédate
Capítulo 14. Sin ti
Capítulo 15. No tengas miedo
Capítulo 16. Confesiones
Capítulo 17. En el taller

Capítulo 18. Lo tenemos
Capítulo 19. No estás sola
Capítulo 20. ¡Por fin!
Capítulo 21. Papeles
Capítulo 22. El coche
Capítulo 23. Al completo
Capítulo 24. Desesperado
Capítulo 25. A lumbre d'as leyendas
Capítulo 26. Te busco
Capítulo 27. Acechando
Capítulo 28. Estoy aquí
Capítulo 29. En apuros
Capítulo 30. SOS
Capítulo 31. Basta
Epílogo
Nota de la autora
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Gema Montoiro
Créditos